



Autores José Inocencio Becerra Lagos

Gabriela Carrasquilla

Andrea Restrepo Hernández

Tito S. Martínez Alejandra Ovalle P. Paula Galansky

Editores Natalia Soriano Moreno

Rocío Cely

Nicole Bedoya Rodríguez Deiver Juez Correa Mateo Orrego Inés Kreplak







British Council Colombia

www.britishcouncil.co

Director British Council Colombia

Tom Birtwistle

Directora de artes

Sylvia Ospina

Gerente de artes e industrias creativas

Paula Silva

Coordinadora de proyectos de artes

Maria Juliana Tamayo

Autores - Convocatoria 2020

José Inocencio Becerra Lagos Gabriela Carrasquilla Andrea Restrepo Hernández Tito S. Martínez Alejandra Ovalle P. Paula Galansky

Editores - Convocatoria 2020

Natalia Soriano Moreno Rocío Cely Nicole Bedoya Rodríguez Deiver Juez Correa Mateo Orrego Inés Kreplak

Coordinadoras académicas

Marta Orrantia - edición Alejandra Jaramillo - escritura

Traducción

Lingua Viva Traductores Alfred Lake Aurora Solá Tiziana Laudato

.Puntoaparte

www.puntoaparte.com.co

Director de arte

Mateo L. Zúniga

Diseñador de marca

Andrés Álvarez

Coordinación editorial

Andrés Barragán

Diseño y diagramación

Adriana Villegas

Revisión

Juan Carlos Rueda Azcuénaga Juan Mikán

Producción editorial

.Puntoaparte Editores

ISSN: 2711-158X

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, dentro o fuera del territorio de Colombia, del material escrito y/o gráfico sin autorización expresa de British Council Colombia.

Presentación

Tom Birtwistle

El tiempo, inefabilidad y sorpresa

Marta Orrantia y Alejandra Jaramillo Morales

Circulación en las rotondas

Autor: José Inocencio Becerra Lagos Editora: Natalia Soriano Moreno

Parálisis del sueño

Autora: Gabriela Carrasquilla Editora: Rocío Cely

De este lado no amanece

Autora: Andrea Restrepo Hernández Editora: Nicole Bedoya Rodríguez

Dinosauria

Autor: Tito S. Martínez Editor: Deiver Juez Correa

128 162

La novena ola

Autora: Alejandra Ovalle P. Editor: Mateo Orrego

Constelación

Autora: Paula Galansky Editora: Inés Kreplak

Presentación

Tom Birtwistle

Director, British Council Colombia

stamos atravesando lo que es, quizás, el momento más extraño en nuestras vidas. 2020 nos obligó a darle un vuelco a la forma como hacíamos todo: la forma como salimos a la calle, como nos relacionamos con la gente que queremos, como estudiamos y trabajamos. Por supuesto, esta no fue una excepción para el grupo de doce jóvenes escritores y editores emergentes que iniciaron su viaje en la escritura y la edición a través del programa Elipsis del British Council en enero de 2020.

Cuando se encontraron por primera vez en el Hay Festival Cartagena, en ese momento ya veíamos titulares sobre el virus que asustaba al mundo, pero esa realidad aún se sentía distante y ajena, pues no había un solo caso confirmado en nuestro continente. El taller en Cartagena transcurrió como lo ha hecho desde el inicio del programa en 2015; todos reunidos en un salón con Marta Orrantia y Alejandra Jaramillo, las dos brillantes coordinadoras académicas del programa. Incluso nos acompañaron una escritora y una editora de Argentina, quienes viajaron a Cartagena para el encuentro y tenían programado regresar a Bogotá para el segundo encuentro en FILBo.

Cinco semanas más tarde, todo cambió rotundamente. La posibilidad de volvernos a encontrar en el marco de FILBo se deshizo, y todos iniciamos nuestras vidas en cuarentena. La continuación de Elipsis quedó en pausa, como quedaron en pausa la gran mayoría de los eventos culturales y artísticos a lo largo y ancho de Colombia, de América, del mundo.

Sin embargo, y afortunadamente para todos los que en este momento leen este libro, la escritura no se detiene. Estos doce jóvenes siguieron escribiendo y en septiembre pudimos hacer el segundo taller de Elipsis de manera remota: Marta y Alejandra cada una en un rincón distinto de Europa, y los talentosos escritores y editores participantes en este ciclo cada uno desde el rincón de Colombia y Argentina en el que se confinaron. La escritura siguió, y con ella inició el proceso editorial que culminó con la publicación de este volumen.

La pandemia confirmó lo que ya sabíamos, que cuando las puertas de nuestro mundo están cerradas, confiamos en el arte y la cultura como ventanas abiertas que dejan entrar el exterior y salir lo que tenemos por decir. Porque las artes alimentan nuestras mentes y nuestro espíritu de maneras que nos sostienen. Son esenciales para nuestra buena salud.

Elipsis es la columna vertebral del trabajo del British Council en literatura, y no podríamos estar más orgullosos de este programa. Sobre todo este año en el que la continuación del programa ha exigido la mayor fluidez, capacidad de adaptación y perseverancia por parte de todos los involucrados.

Me complace enormemente presentar la quinta edición de la antología del programa de escritura Elipsis del British Council y de todo corazón felicito a los doce talentos emergentes con los que tuvimos la fortuna de contar en 2020, el más extraño de los años.

El tiempo, inefabilidad y sorpresa

Marta Orrantia

Coordinadora editores

Alejandra Jaramillo Morales

Coordinadora escritura creativa

on este libro cerramos el quinto grupo de escritores y escritoras en formación del proyecto Elipsis. Este proyecto del British Council que hace seis años fue una intuición y que hoy es la concreción del tipo de acompañamiento que los jóvenes requieren para fomentar sus procesos de escritura, llega ahora a su quinta edición. Una gran alegría que celebramos pues hemos acompañado desde el inicio la formación, la escritura y la edición de estos cinco libros de cuentos.

De un lado está la experiencia cotidiana. La maravilla de encontrarnos con nuestros grupos de estudiantes, el proceso de lectura, de conversación sobre la literatura, la creación. Los diferentes momentos en que como parte del proceso de creación, se va haciendo el acompañamiento hasta llegar a los primeros borradores de los cuentos; continuar entonces con el proceso de formación de los editores para acercarse a esos textos, poder leerlos, comentarlos y darles forma. El encuentro entre editores y escritores, que es de una riqueza tremenda porque

nos muestra que la escritura es un proceso de permanente corrección y cooperación. Un proceso de ir hacia el fondo de lo que la primera escritura quiere decir para descubrir la particularidad mayor, el verdadero deseo narrativo que hay bajo las palabras que un escritor ha intentado poner, una tras otra, para construir un texto. Luego viene la experiencia de corrección que dura varios meses durante la segunda mitad del año y finalmente, el momento maravilloso en el que nos encontramos frente a un libro traducido al inglés. Libro que representa para los jóvenes escritores y los jóvenes editores un gran impulso en su carrera en la literatura y en el sector editorial.

En segundo lugar, queremos hablar de este libro, de este ejemplar que ustedes están abriendo en este momento. Desde el primer grupo con el que nos reunimos en el año 2015 en el Hay Festival en Cartagena, surgió la idea de que el trabajo que hiciéramos durante el año, la escritura del cuento que cada uno de los escritores en formación haría, tuviera un tema que le diera unidad al libro. Este año 2020, el tema elegido fue la experiencia del tiempo. Un tema abstracto, difícil, complejo, que nos implicó larguísimas conversaciones, dudas y muchas preguntas. ¿Era necesario pensar el tema del tiempo solo en términos de experiencia? ¿Había una necesidad técnica de la escritura para recrear esta experiencia temporal como una experiencia humana insondable, casi inexpresable? ¿Era el tiempo una materia narrable?

Los editores recibieron estos cuentos, al comienzo, con un poco de temor. Se preguntaban si habían encontrado la relación entre la temática del tiempo y la historia que cada escritor quería contar. Se preguntaban cuánto podrían corregir, editar, sugerir. Quién era ese autor con el que deberían dialogar durante el siguiente año. Así ha ocurrido desde 2015. Los muchachos se encuentran en Cartagena, y lentamente van conociéndose, van acercándose hasta que en la FILBo realmente se crea una amistad duradera y profunda, una colaboración inquebrantable, un sentido de equipo. Pero en esta ocasión, al regreso de Cartagena en 2020, el mundo terminó. La pandemia obligó a frenar todo y entonces el tiempo, como temática, adquirió un peso enorme y una cualidad ominosa. Tanto escritores como editores quedaron paralizados, sus

trabajos suspendidos mientras que el planeta y sus líderes pensaban cómo hacer para volver a poner en marcha la vida.

Fueron meses de dudas, de miedos, de tristeza. El aislamiento fue un paréntesis en el que todos contuvimos la respiración. Pero al exhalar, todos volvieron a sus textos, escritores y editores, con un sentido nuevo de lo que tenían frente a ellos. Transformados, ciertamente, aún sin saber cómo ni qué tanto. A la distancia se reestablecieron las relaciones interrumpidas, se fortalecieron y se volvieron complicidades basadas en una experiencia colectiva que, si bien no fue presencial, fue más fuerte que cualquier otra que hayamos tenido.

Así, los lectores y lectoras encuentran aquí un libro de seis cuentos, cinco de autores colombianos y uno de una autora argentina, invitada al proceso de formación a través del British Council Argentina. Cuentos que versaron sobre la inefabilidad del tiempo en la vida de los seres humanos. Tiempos paralelos, tiempos en espiral, tiempos detenidos, tiempos que se expanden hasta la obsesión, tiempos superpuestos. En fin, el tiempo marcándonos su imperiosidad y su sorpresa, tanto en la escritura de estos seis escritores y escritoras en formación, como en el proceso de edición con sus acompañantes.

Este libro es único. No solo por su temática sino por el proceso que lo concibió y las circunstancias en que se realizó. Así como es único cada uno de los libros anteriores de Elipsis, donde los autores y los editores han creado una simbiosis particular, que es a la vez un reflejo de su experiencia personal, de sus búsquedas individuales y del momento particular en el que se desarrolla la escritura de los cuentos. El proyecto de Elipsis es tal vez la prueba más tangible de que el proceso de escritura puede ser una experiencia colectiva. Lo dicen los editores en estas páginas y lo reiteramos nosotras aquí. Lejos de ser un oficio solitario, la escritura es un proceso que para completarse se beneficia y requiere de la creatividad del autor, la agudeza del editor y la curiosidad del lector. Es por esto que invitamos a los lectores y las lectoras a participar de la sorpresa de este nuevo ejemplar de Elipsis, hecho en el año en que el tiempo se detuvo.

Circulación en las rotondas



Natalia Soriano Moreno Editora

Para ser editor hay que saber caminar como sombra, aprender a estar detrás y entender que uno sigue el movimiento de otro.

Borges menciona que no hay nada más triste que comenzar algo que no nos dejará recuerdo alguno y Josué, un amigo poeta, me dijo: «cuando estés editando piensa en el autor, no en ti».

Elipsis fue un anochecer junto a la bahía en Cartagena, una nube con forma de cohete en el cielo y una luna naranja. Fue dejarme de lado a mí misma para escuchar las palabras de otro.

Natalia Soriano Moreno • Circulación en las rotondas

Quise trabajar con José porque dijo que pensaba escribir un texto que jugara con lo circular y eso me atrajo, porque me recordó a Borges. También porque esa idea se relacionaba con lo espiral, que es una figura que me interesa investigar desde lo literario. Ser editor es pensarse desde lo ajeno. Se necesita respeto y empatía para lograr entender lo que el autor quiere comunicar.

Lo primero que hice fue pensar que «Circulación en las rotondas» no era mi cuento, mi creación. Tenía que pedir permiso para entrar en la vida de Darwin. Debía entender cómo estaba estructurada la narración, por qué se repetía el suceso de la abuela, qué cambiaba con el desarrollo de los eventos, era importante comprender el mundo que José había construido para poder generar un dialogo. Fui una invitada que con cada una de las ediciones se ganó un espacio, se acercó poco a poco a cada uno de los personajes hasta el punto de sentir que dentro de esa circularidad también estaba yo. Tal vez el lector nunca sepa que Natalia también caminó por el texto, solo las palabras que José puso ahí recordarán que conversaron conmigo.

Durante el proceso acepté que yo no tenía poder de decisión sobre el cuento, solo era una consejera. José me escuchaba y pensaba qué tomar y qué no. Ser editor es aceptar que uno no es el otro, es quedarse en el si yo fuera tú, porque uno no es el autor. Uno solo construye caminos para el escritor, él decide si se queda inmóvil o si transita por el espacio más largo, más corto, más ancho o más curvo, y cuando elija, uno va detrás, caminando junto a él.

Ser la sombra de José me hizo preguntarme cómo desde la edición yo también podía crear. Yo llegué a un cuento que ya estaba construido, a un lugar de Boyacá que ya había sido explorado, a la vida de un taxista que ya estaba en movimiento, pero existían, como también dice Borges, unos silencios que yo podía habitar. «Circulación en las rotondas» me permitió jugar. Pude proponer otra estructura para el texto, construir nuevas imágenes cuando las que estaban no me parecían tan contundentes, y hacer preguntas detonadoras que le ayudaron a José a reformularse algunas cosas. Este proceso me enseñó a ser curiosa, ir al detalle y dudar todo el tiempo de lo que se me presentaba. Ser editora me mostró un nuevo espacio de pensamiento y creación.

Elipsis me ayudó a pensar la escritura como una colectividad. Al final, yo sentí que algo de «Circulación en las rotondas» se quedó dentro de mí. Fui la voz que se desprendió de José, que habla desde él, que gritaba y que se enojaba cuando ponía algo nuevo que complicaba la historia o no cambia algún detalle que seguía sin funcionar. Le agradezco a José por permitirme ser la sombra que iba detrás del taxi de Darwin, que seguía a la abuela y caía con Milcio. La sombra que una y otra vez caminó por el texto y se reconoció como parte de la circulación.



José Inocencio Becerra Lagos Autor

as horas de ese día eran para Darwin como calles de tránsito muy lento, sobre todo como esas calles de los barrios altos por donde a veces manejaba sin que hubiera nada que le moviera el interés. Ahí estaba, igual que siempre, con su figura barrigona frente al volante de uno de los taxis de su abuelo, repasando las razones que lo habían convertido en el rey de la vergüenza familiar. Uno a uno meditó sus errores y reincidió en la sensación de que la vida se le había derramado. Sin embargo, desde la madrugada supo que ese día era una oportunidad irrepetible: a mitad de la tarde, después de mucho tiempo, volvería a tener a Eliana a menos de un metro de distancia. Pero mientras eso ocurría, el día seguía muy lento, era una cascada de horas que no terminaba de caer.

Ahora que tenía tanto afán por hablarle, el tiempo no corría, las horas se estiraban como un caucho que le impedía llegar a ella, al parque de Juan Grande, a las cuatro. No pasó cerca de ese barrio en toda la mañana. Dejó para la hora de la verdad ese paisaje cerrado. Pasó y repasó otras calles, brillantes por la lluvia fugaz, solo o con pasajeros, en una automática semiactivación de los sentidos que le decía los rumbos y las rutas, y lo protegía de acelerar en exceso o de frenar bruscamente. Ni siquiera le importaba producir lo del día. Después de algunos recorridos, fue a almorzar a la plaza de mercado e hizo una breve siesta acodado sobre la mesa.

Cuando se despertó, se dio cuenta de que no había comprado nada: necesitaba algo con qué sorprenderla a ella y además darle al niño su primer regalo. Pensó que, dado el ingreso a un nuevo grado, sería de lujo comprarle unos tenis de marca con lucecitas en las suelas y, cruzando la zona de las yerbateras y las frutas, llegó a los apretados locales de ropa donde eligió unas zapatillas blancas, porque no había con luces, después de preguntar cuánto podría calzar un niño de casi cinco años que iba a entrar a primero. En la tienda de al lado le compró a Eliana chocolates porque sabía que le daría mucha vergüenza salir del taxi y cruzar el parque con flores en la mano. Los guardó en la misma bolsa de plástico en la que le habían metido los zapatos.

Cuando salió de la plaza y vio la miscelánea en medio de las pescaderías, recordó que debía renovar el seguro y aprovechó que aún tenía tiempo para fotocopiar la cédula y no dejar el trámite para última hora, como había hecho con todo lo que ahora sí le importaba. Entró. Dejó la bolsa sobre una mesa mientras sacaba la cédula de la billetera. Pidió dos copias ampliadas, dio un billete y se asomó a la puerta. Desde allí contempló a los coteros doblados bajo los bultos de papa que llegaban de Toca y de Belén. Se dio cuenta de que el día se había llenado de luz y de bochorno después de haber nacido entre la lluvia. Recibió el documento y los papeles, no contó las vueltas y regreso al taxi. Guardó las dos copias en el bolsillo trasero de la silla en donde estaba la tarifa de precios y se perfumó, como solía hacerlo después del almuerzo. Al dejar la colonia en la guantera, vio su viejo reloj dorado y se lo puso en la muñeca izquierda. Bajó el visor para que el sol no le diera en la cara y abrió las ventanas de adelante. Su peinado de gordo galán y bonachón seguía fresco, bien engominado.

Haría un par de carreras cortas más e iría directo al encuentro para parquear tranquilo y buscar las palabras con que iba a saludarla. Para salir a la avenida sin ir en contravía, tenía que hacer todo el rodeo por la manzana de la plaza. Prendió el carro y avanzó en una marcha lenta que desperezaba al motor. Pensó que el taxi llevaba mucho sin fallar y le agradeció

su buen comportamiento con una caricia en el tablero. Cuando terminó de dar la vuelta para poder tomar la décima, vio que una viejita le estaba haciendo la parada. Frenó. Ella dejó dos canastos de mercado y un bulto de harina en el piso y, acercando la cara a la ventana del copiloto, suplicó, con la voz cortada de tristeza:

—Mijo, haga el bien de acercarme hasta Santa Teresa porque nadie me quiere llevar.

Las arrugas se le caían sobre las cejas en esa cara redonda y preocupada. Un chal marrón le cubría los hombros. Apenado, Darwin tuvo que responderle:

- —Toca pagar el cupo, sumercé, y ahorita tengo afán. No alcanzo a ir a la Secretaría... Es por lo que Santa Teresa no le pertenece a Duitama.
- —Eso me han dicho todos, pero mi esposo se está muriendo en la casa y es como si a nadie le importara.

Pese a que el ruego de la señora sí le movía las fibras, intentó una última escapatoria:

—Los policías están antes de la glorieta y si paso sin el papel me parten.

Pero la anciana jugó con maestría:

-¿Señor?

Y a Darwin le pareció tan tierna esa sordera que no pudo decirle que no la llevaría. Salió y echó el costal y los canastos al baúl mientras se subía la señora. Luego abrió, se acomodó y aceleró.

—¿Qué tiene su esposo?

Prendió el carro y avanzó en una marcha lenta que desperezaba al motor. Pensó que el taxi llevaba mucho sin fallar y le agradeció su buen comportamiento con una caricia en el tablero.

—Es que él siempre ha sufrido del corazón y me llamó todo asustado que le dolían mucho el pecho y el brazo.

Cruzó las cuadras de María Auxiliadora rápidamente mientras pensaba, de nuevo, que su vida era un fracaso. El primer error en la lista era decisivo, aunque no había sido culpa suya: la expulsión universitaria. Se acordó de su mediocridad; de haber entrado con dinero y palanca porque el puntaje no le alcanzaba; de pasar las materias después de cursarlas dos o tres veces, aprendiendo muy poco y aprobando con creces los encuentros de jueves con chicha y aguardiente, plantado cómodamente sobre la banca de suplentes del equipo de rugby.

El hecho ocurrió al comienzo del séptimo semestre: al frente de su escuela de metalurgia rayaron el carro del decano por ambos lados con una piedra puntiaguda. Al principio nadie vio ni dijo nada y solo se rumoreaba que el vándalo era un tipo gordo de aquella escuela y que había escapado en bicicleta. Sin más detalles, el decano no tenía cómo ajusticiar al «agresorcito de mierda» que había estropeado su inmueble andante. No hubo repercusiones, hasta que la mañana del viernes siguiente (antes de la reunión del Comité de Facultad) la oficina fue inundada, por el umbral de la puerta, con unas cartas sin firma que inculpaban a Darwin López como el rayador fugitivo.

Agregándole al acusado algunos roces previos, el decano solo necesitó radicar un par de quejas y hacer una llamada para lograr que a Darwin lo expulsaran. Él no tuvo cómo defenderse y tenía tantos enemigos que le era casi imposible saber quién lo había incriminado. Se secó el llanto con ambas manos, echó algunos madrazos y se fue de la universidad sin pena ni gloria, tres semestres antes de ser profesional. Desde entonces, cuando se acordaba del incidente del Volkswagen repetía una de sus sentencias de vida: «uno es bueno hasta que lo cambian los demás».

Detrás de la clínica estaban tapando con recebo unos huecos y tuvo que girar por la derecha para meterse a las Américas por la carrilera, antes de la rotonda del ciclista.

—Aquí, aquí es donde tenemos que traerlo. Al hospital.

Cuando la anciana le dijo eso, se percató de que había cruzado un buen trecho de la ciudad casi sin darse cuenta.

- —Dios lo va a bendecir por llevarme.
- —Amén, señora. ¿Cómo se llama su marido?
- —Milcio. Cuando estamos bravos vuelve a ser Juan Milcíades... Y le pondremos su ruanita y su bordón para sacarlo.

Se comió el semáforo de la esquina de Hipinto S.A., al filo de que avanzaran los que llegan de Paipa, y cruzó toda la avenida de la cuarenta y dos como si estuviera en un videojuego. Al final de esa avenida, después del puente peatonal, estaba el remodelado parque de Juan Grande, con la primera zona de bicicletas públicas de la ciudad, la cancha con las líneas recién pintadas, las mallas nuevas y los paneles solares que le dan energía a las dos manzanas que arrinconan al parque contra la avenida y la quebrada. El afán era suyo ahora más que de la señora, pero no pudo evitar volver la cara hacia las gradas del parque cuando lo tuvo al lado. Nada. Aún no era hora.

- —¿Y sumercé cómo se llama?
- —...Y también le pondremos sus pantuflitas para que no sienta frío cuando lo reciban en urgencias.
- —¡Mierda!
- —¿Señor?
- —No, que se me quedaron, se me olvidaron... unos tenis.

Y posó la mirada un instante sobre el asiento de al lado, como queriendo traer con los ojos el regalo. El semáforo estaba en verde, pero no podía acelerar mucho porque el retén estaba cerca y era menos justificable el exceso de velocidad que la ausencia del cupo.

Su injusta salida de la universidad lo sumió en un estado de apatía tan profundo que engordó mucho, se excedió con las drogas y no quiso iniciar otra carrera ni conseguir trabajo. Se sentía agraviado, esperaba una carta dirigida a él con el trato de estimado señor, con nombres y apellidos completos, en la que comedidamente se le ofrecieran disculpas por el error procedimental por medio del cual lo habían echado como a un perro, de esa iglesia en la que era un feligrés promedio—ni obediente ni malo— y habría podido, aunque a rastras, graduarse de ingeniero. Como sus padres no estaban dispuestos a seguir malversando fondos en la pereza del «vago marihuano» en que se había convertido, en la alcoba le notificaron su segunda expulsión.

Sin casa y sin grado tuvo que lamerle las medias al abuelo para que lo recibiera como a un rey exiliado, pero el viejo zorro lo obligó a trabajar como los López y a vivir en arriendo en otro lado. Desde ahí, aunque no se quisieran tanto, el taxi fue su compañero y en su interior cometió el último error de la lista. Pero ahí, también dentro del taxi, estaba listo para enmendarlo. Sabía que si lograba concretar una buena charla con Eliana podría desembarrar sus culpas, alterar el camino andado para convertirse en un padre responsable, para crecer de una vez por todas y dejar atrás el remordimiento que lo carcomía tanto. Por ahora debía estar concentrado.

Avanzó un par de curvas y pasó por la zona de moteles, que parecían muertos de tristeza bajo el sol de la tarde; cruzó entre dos cerritos color de arena y ahí estaba el retén. Como se lo había imaginado, dos policías le hicieron señas con los brazos para que aparcara a un lado de la vía. Enderezó hacia el borde, cerca de la carpa donde una agente tomaba notas, y detuvo la marcha. Uno de los dos policías le pidió la matrícula del taxi, su licencia de conducir y el cupo. El otro miró a la viejita a través del vidrio

antes de hundir los ojos en el horizonte privado que le brindaba el celular. Darwin le entregó al primero los documentos y se puso a mirar por el retrovisor los tristes ojos de la abuela mientras esperaba la queja por la falta del cupo. Efectivamente, con una alegría de comparendo nuevo, el policía le preguntó por la papeleta de permiso y Darwin le respondió que era una urgencia, que no habían alcanzado a ir por el cupo porque el esposo de la pasajera estaba en peligro, allí, aquí no más, en Santa Teresa, le está dando un ataque al corazón y tenemos que traerlo al hospital, pregúntele a ella si quiere. Y la viejita apenas tuvo que asentir para que, desilusionado, el policía devolviera los papeles y el taxista volviera a acelerar.

Cruzaron la glorieta simplona, de pasto seco, sin dejar que nadie les quitara la vía, y avanzaron casi un kilómetro más antes de girar hacia una callejuela destapada. La viejita le indicó a Darwin una casa azul pastel, más sobresaliente que las otras, rezagadas detrás de ella, que parecían compartir su desembocadura en una chacra grande de un solo cultivo, con surtidores de máxima potencia. Mal protegida por una reja blanca, la casa estaba rodeada por un circuito incompleto y maltrecho de alambre de púas. A lo lejos, vio Darwin a tres campesinos trabajando sobre la tierra negra. Parqueó el taxi al frente de la verja, puso freno de mano y se bajó, abriéndole paso a la señora por la puerta izquierda. Ella salió y sacó de entre los pechos una bolsita de tela en la que estaban las llaves, mientras Darwin bajaba los talegos. Ya cerca de la reja metió una llave y, mientras la giraba, trató de cruzar con la mirada el frente de la casa sin obtener pistas entre las cortinas o en la puerta. La reja cedió, luego de un par de presiones y de un chillido, y Darwin quiso meterse por un lado o empujar a la señora en su lentitud para patear la puerta de la casa y saber qué estaba pasando adentro.

Darwin dejó el pequeño bulto y los canastos sobre las pestañitas de cemento que servían de andén de la casa. Con la segunda llave preparada, la señora abrió la puerta de madera. La imagen era rotunda: el viejito yacía sobre el sofá con la cabeza descolgada hacia el hombro izquierdo, como un pollito caído sobre la base de una caja, con el cráneo pesado y una impresión

de frío en el cuerpo que se prendía sobre las cosas que lo rodeaban. Los dos entendieron que era tarde. Darwin abrazó a la viejita y ella le devolvió el gesto con un apretón rápido y tierno, como si él lo necesitara más, y lo soltó para ir a vigilar los primeros minutos de muerte de su esposo. Le acomodó la cabeza haciendo posar la nuca sobre el borde superior del sofá, le acarició los pómulos y la parte de atrás de las orejas y le besó la frente. Con una cortina de agua saliendo por ambos lados de la narz, y sin decir una palabra, se perdió por un pasillo oscuro que estaba diagonal al sofá, en una esquina entre la muerte y la cocina. Darwin se santiguó tres veces, le hizo una venia leve al viejo mientras miraba su cuello elongado y comparó la yerta figura con la estampa de su abuelo jefe: bigote igual, igual de flaco, pero más moreno, aunque tal vez igual de muerto sobre su fortuna de carros y talleres.

La viejita en cambio era dulce como nadie, y Darwin pensó en eso sin dejar de mirar el cuerpo del muerto en pantalón de pana, mientras ella salía, igual de llorosa del mismo pasillo, con una ruana de lana oscura entre las manos para el frío del difunto. Le alzó la cabeza sujetándola por detrás y Darwin pensó que, pese a lo brusco que se veía, era en el fondo un gesto muy amoroso; lo irguió para bajarle la ruana por la espalda hasta dejarla bien desplegada alrededor del tronco. Le planchó con las manos la lana alisándola sobre los brazos y, cuando lo vio más protegido, sacó un billete y, ya sin lágrimas en la cara, se acercó al taxista para pagarle la carrera. Como si no se hubieran inventado las palabras, con un gesto abierto de la mano, Darwin la detuvo y le devolvió como un espejo el ademán del llanto. Le preguntó si podía hacer algo por ella, llamar a alguien, traer a alguien, pero la viejita era una maestra en negar y en asentir y, apretando los labios, movió la cara hacia los lados, le dio las gracias y lo acompañó hasta la puerta.

Darwin giró el cuerpo y se acercó al carro con suma lentitud mientras pensaba que no tenía ni idea cuánto tiempo había permanecido dentro de la casa. Sacó el taxi de la callejuela y entró a la avenida con el recuerdo de Eliana y de la cita. Miró el reloj. Si aceleraba no llegaría tarde. Andaba con el tiempo justo para devolverse a recoger el regalo y también para entrar en el mundo del niño e intentar regresar al de la madre. Esa posibilidad y

la visión del difunto le hicieron nublar los ojos. Se los restregó con el nudillo del índice derecho y pasó al otro lado del retén sin interesarle si había o no revisión policial en el camino de vuelta. Cruzó todo el brazo de carretera hasta el semáforo de entrada y, como ya lo había decidido, giró por Camilo Torres hacia Rancho Grande y San José, rebasando imprudente en la glorieta del cacique. Avanzó hacia la izquierda por la veinte, recién pavimentada, para enfilar el rumbo de regreso a la plaza. Hizo la u en la antigua estación del tren y fijó su atención en la papelería donde sacó las fotocopias. Parqueó a medias y corrió a golpear la vitrina para preguntar por su paquete. Antes de que la moneda tocara el vidrio, se asomó la hija de la tendera y le estiró la bolsa, sin que él dijera nada. Darwin le agradeció con la sonrisa, todavía húmedos los ojos, y salió disparado hacia el taxi.

A Eliana la había conocido en el fervor de una noche de juerga en su mes más alcoholizado, recién cumplidos los veintiuno y poco después de haber recibido el taxi. Era delgada, tenía unos rasgos muy finos, de los que Darwin no podía destacar nada en especial, y era un poco mayor que él. Su delgadez y su blancura lo animaron a proponerle un par de citas que ella aceptó y al final de la segunda terminaron ligados en la parte de atrás del carro, con una furia irresistible que nadie les interrumpió y que ninguno de los dos esperaba. Repitieron sus afectos un par de veces más en el apartamento de Darwin, y cuando ya habían puesto a prueba su frenesí, se dejaron de a poco, diciéndose —cuando se despidieron— que actuaban como el que sabe irse del casino al ganar.

Después de esas noches Darwin siguió trabajando por las mismas razones por las que lo había hecho desde el principio: ir a tomar los viernes y no dormir sin compañía por lo menos en una de las noches del fin de semana. Pero aunque la cosecha de sexo fue muy satisfactoria, una embarrada lo obligó a pensar otra vez en las nalgas de Eliana instaladas sobre el cuero nuevo del asiento de atrás: la había dejado embarazada. Eliana lo llamó y lo buscó, pero la reacción fue la misma: negar y echar madres. Ella no insistió. Le dijo que iba a abortar sin su ayuda y prometió que ya nunca más iba a buscarlo. Después de tanto, la fecha se rompía con el encuentro de esa tarde.

En la misma esquina estaba la viejita, con los mismos paquetes, haciéndole la parada. Aunque el auto iba lento, el frenazo pareció seco cuando se detuvo frente a ella.

Dejó la bolsa en el asiento de al lado y volvió a hacer el rodeo de la manzana para arrancar hacia Juan Grande. En la última cuadra de giro, tuvo que esperar algunos minutos a que una ambulancia terminara de montar en la camilla de atrás a un chico apuñalado. En medio de su impaciencia, se arrepintió de no haberle dado una propina a la chica de la miscelánea. Pero cuando la ambulancia aceleró para dejar abierto el camino, quedó frío: en la misma esquina estaba la viejita, con los mismos paquetes, haciéndole la parada. Aunque el auto iba lento, el frenazo pareció seco cuando se detuvo frente a ella. Darwin pensó que le daría menos miedo si el viejito de pantalón de pana, recién muerto, era quien le hacía la parada. Se puso pálido y levantó los párpados lleno de sorpresa. Se bajó del taxi y la inquirió:

- —Señora, ¿por qué está aquí?
- —Porque tenía que hacer mercado —respondió con tristeza—.

A Darwin le temblaban las piernas, hizo un mohín y dijo lo primero que se le ocurrió:

- —¿Cómo llegó tan rápido?
- —¿A dónde?
- —Aquí —respondió Darwin—.

No podía saberse quién estaba más confundido. La señora arrugó la frente y Darwin no supo si era de nuevo la sordera o si de verdad no sabía qué responder.

- —Vine aquí a buscar taxi, pero los que han pasado no me recogen.
- -- Mmm, ¿y adónde quiere que la lleven?

- —A Santa Teresa, haga el bien...
- —¡Pero si yo ya la llevé!

Y la viejita lo miró a los ojos dubitativa:

- —No le entiendo.
- -¡Es que ya fuimos!
- —¿No quiere que me suba?
- —No, no es eso. Es que... No sé. Es como si ya la hubiera visto hoy, ¿sumercé no siente lo mismo?
- —No, señor.

Como parecía sincera, Darwin recogió el pucho de harina y los canastos, y le abrió la puerta de atrás rápidamente. Abrió el baúl y acomodó el mercado igual que la primera vez, pero con la respiración agitada por la sorpresa. Palpó los bultos y desde afuera parecía la misma compra: frutas y verduras, y el costalito de la harina de hacer arepas. ¿Qué putas era eso?, se preguntaba mientras cerraba y se subía: ¿cómo había llegado hasta ahí? ¿Cómo había viajado tan rápido? ¿Alguien, usando a la viejita, se estaba burlando de él? Y mientras reanudaba la marcha, mirándola por el retrovisor, le dijo:

- —No entiendo lo que pasa.
- —Es que mi esposo me llamó. Siempre ha sufrido del corazón y está asustado porque el pecho y el brazo le duelen —al decirlo se tocó el lado izquierdo entre el seno y el hombro—. Entonces apure, por favor, para ver si podemos traerlo al hospital.

Esta respuesta es increíble, pero no parece cosa del diablo, que no da segundas oportunidades, pensó Darwin, y le agregó a su pensamiento la sensación de que alguien —un dios o un ángel del destino— lo estaba poniendo a prueba y de que la viejita podía lograrlo: así como él desandaría el mal camino, ella iba a poder llevar a su marido al hospital.

—Vamos pues —contestó—, y a pesar del mareo y del dolor de cabeza repentino, se masajeó la frente y se concentró en acelerar por el mismo camino que había utilizado antes.

Observó nuevos detalles en la avenida que antes no estaban o no había visto. Un Hombre Araña colgado en su tela sobre el brazo del árbol, dos niñas vendiendo galletas, un cartel con letras rojas sobre una cartulina con la historia de un desplazamiento forzado. No le interesaba. Tenía una misión, dos misiones, y las iba a cumplir. El tiempo le pertenecía y todo el mundo debía prestárselo para que no llegara tarde. Aquí, aquí es donde tenemos que traerlo, oyó de nuevo; la cara y los gestos de la abuela eran los mismos, idénticos a los de la primera pasada. Ahí le surgieron las preguntas a Darwin:

- —¿Cómo se llama su marido?
- —Milcio. Cuando estamos bravos vuelve a ser Juan Milcíades. Al llegar, vamos a ponerle su ruanita y su bordón para sacarlo.
- -¿Y sumercé cómo se llama? preguntó, con el dolor latiendo en la cabeza-.
- —Es que siempre vive todo friolento.
- —Debe ser muy bonita y calurosa la ruana —contestó, unos segundos después, Darwin—.
- —Sí. Se la regalé el año pasado.

- —¿Y ustedes tienen hijos?
- —Sí.
- —¿Y por qué no la llevan hasta allá a sumercé?
- —¿Señor?
- —Que por qué no la llevan ellos.
- —Porque no viven aquí... Y si vivieran no me llevarían.
- -¿Por qué?
- —Porque no les importamos —dijo mirando fijamente al retrovisor, con una firmeza brusca después de haber estado como ida mirando la ventana—.

Darwin pensó que eso le pasaba a él también, pero no sabía en qué lado de la relación ubicarse. Era al mismo tiempo el hijo indiferente y el padre olvidado. Se puso ansioso por la cita, por la compensación, por el error que ya cumplía cinco años. Había seguido su vida con un escrúpulo que temporalmente volvía para afligirlo: la había obligado a ir a abortar sola. Cuando la mortificación volvía — casi siempre dentro del taxi— se apaciguaba al pensar que un-alguien-sin-nervios no puede ser punzado por el dolor, ni ver llegar a la muerte, ni temerle. Enumeraba, para su alivio, los fetos que otros habían deshecho, diciéndose que era algo común y corriente, sobre todo a esa edad en la que ella, sin él, había ido a tramitar esas vueltas. Alguna vez la llamó para preguntarle cómo había sido, si había sentido dolor y cómo estaba, pero ella no le contestó. Después ese algo oscuro e invisible que sentía en alguna parte del cuerpo se le fue yendo y lo olvidó. Trató de seguir (con gastos e ingresos regulares) en su línea de vida igual que siempre: haciendo carreras y respondiéndole a su abuelo con horas de trabajo y porción de producido.

Entró en modo automático, inconsciente, ignorándolo todo sobre ella, hasta el día en que llevó a dos monjas a la biblioteca. Hizo la carrera sin entablar conversación y, al llegar, otro pasajero se acercó para pedir con insistencia una carrera. En ese sube y baja, Darwin reconoció a su diosa delgada caminando en el patio delantero de la biblioteca, con un niño muy bajito que iba sonriéndole a un cómic de Batman que llevaba en las manos. Un patio, una reja y una calle lo separaban y esa sola visión, incomodada por el afán del pasajero, lo puso a temblar. ¿Era su hijo? ¿No lo habían abortado? ¿Por qué nadie le dijo? Pero qué podía importarle, entonces y ahora, si había sido él quien quiso borrarlo todo y olvidar. Algo le decía que era su hijo. La estatura, la seguridad de los pasos, la chance de que tuviera letras el librito y él entendiera eran indicios tiernos de la edad que el niño podía tener. En la mente de Darwin coincidía con las fechas del caos, cuando no quería que naciera. Era suyo. Un punzón dulce y doloroso se lo decía dentro del pecho. No había forma de que ella hubiera cogido con otro y parido tan rápido después de abortar. Era de ella, se le parecía mucho. En su secuencia de corazonadas ya no le cabía que la relación fuera de niñera o de tía. Volvió a la biblioteca pero no la encontró. La llamó y la buscó pero no hubo respuesta. Nunca supo dónde era su casa. Llevaba años bloqueado en todas las redes, pero con un par de pesquisas obtuvo algo: tenían un conocido en común por medio del cual tal vez podría enviarle un mensaje de chat. Ese lejano «amigo» accedió a copiar el recado y hacérselo llegar. Con un par de bobadas decorativas que sobraban le preguntó si era su hijo. Ella le respondió que no, secamente. Después de la respuesta, Darwin no durmió bien y comió poco, sabía que era un no que le decía irresponsable pero no un no negador de los genes y la sangre: no porque no lo criaste, pero es tuyo desgraciadamente. Estaba sufriendo los castigos de su propia personalidad. Y así pasó un año en que fue la nostalgia y no la fiesta su forma de vivir. Rodaba por la ciudad gueriendo volver a verlos, pero nunca se repitió el primer encuentro.

Volteó a la izquierda al final de las Américas y aceleró. Era la hora de las busetas, pero supo evadirlas —como niño entre grandes— mientras paraban a dejar pasajeros o reñían cuerpo a cuerpo para recoger otros nuevos.

Avanzó muy dinámico, pero en Juan Grande hubo una pausa porque el trancón del semáforo era largo. Darwin quedó en el carril izquierdo y solo un par de cascos de moto le obstaculizaban la visión del parque: como un kilo delgado de azúcar, Eliana llegaba a sentarse en una de las bancas de madera cercanas a la cancha. Estaba muy bien arreglada y muy bella y, por encima del calor que ceñía los bordes del taxi y del olor a gasolina, esa visión era un oasis para Darwin: pensó que así de bello y arreglado se vería su hijo cuando grande, sintió que ya no estaba mareado, tuvo la esperanza de que estaría en la casa de Santa Teresa a tiempo, se tranquilizó porque recién llegaba Eliana, entonces podría ir y volver a tiempo, y... los pitos y los gritos le hicieron volver la cara hacia adelante y acelerar. El tráfico se había disgregado porque la mayoría de los carros giraba hacia el centro.

Ya más lejos de Eliana se pegó al montículo de pasto, adornado cada cinco metros por arbolitos embutidos en llantas de camión. Ignoró los moteles y rebasó rápidamente los cerros. Obediente una vez más, parqueó en el borde del retén policial. Los dos agentes estaban revisando delante de él la carga de un furgón y esta vez pidió los documentos la agente que antes había estado tomando notas. Se acercó a la ventana y Darwin no esperó a que le revisaran los primeros papeles para orientar la pantomima: todos mis papeles están en orden, pero no tenemos el cupo. Esta es una emergencia. El esposo de esta señora está allí en Santa Teresa muriéndose y necesitamos ir a salvarlo.

- —No se está muriendo —contestó la viejita, moviendo la cabeza—.
- —Perdón, perdón, tiene síntomas de infarto y llamó a la señora. ¿Cierto? —y Darwin vio a la abuela asentir con las mismas arrugas e inclinaciones en la cara de ¿hacía cuánto?, ¿una hora?, ¿media hora?, ¿cuánto hacía que habían pasado por ahí?— Ni el reloj dorado podría decírselo porque en ninguna de las veces que lo miró tuvo consciencia de los números que le medían el tiempo.

Ella le respondió que no, secamente. Después de la respuesta, Darwin no durmió bien y comió poco, sabía que era un no que le decía irresponsable pero no un no negador de los genes y la sangre.

- —Sigan, sigan, vayan —dijo la agente y Darwin le hizo caso—. Cuando pasó por un lado del furgón pudo ver la sorpresa de los dos policías que lo reconocieron al instante. Por el retrovisor de la derecha se dio cuenta de que dejaron ir al camionero y se acercaron a la agente.
- —Ya habíamos pasado por aquí ¿no se acuerda? —la señora no lo miró—. Pensarán que estamos jugando a dar vueltas y a mentir. Como si fuera placentero.
- -Ya vamos a llegar.

Y, efectivamente, ya se alcanzaba a ver la entrada de la callejuela sobre la que había que avanzar algunos metros para que apareciera la casa azul. Darwin no esperó indicaciones y se apresuró a meter el taxi en donde había estado antes.

- -¿Cómo sabía el camino? preguntó la dueña de casa-.
- —Corra sumercé por la ruana y dejamos el carro girado para no demorarnos al salir —y la viejita se puso activa—. Darwin moría de ansiedad por saber qué iban a ver al interior de la casa.

El taxi paró, se abrió la puerta trasera, el bolsito salió del pecho, las llaves vieron luz, las farolas del carro quedaron mirando a la avenida, se abrió la reja, unos pasos siguieron a los otros. Picado por la duda, Darwin giró la mirada hacia el campo: diagonalmente y muy al fondo, los tres campesinos hacían visera con la mano para tapar el sol y mirar hacia la casa. Así los dejó Darwin porque la viejita ya estaba girando la llave. La mano arrugada movió la madera con una lentitud exasperante. El taxista, alto detrás de ella, miró primero: don Milcio estaba tirado en el piso con la cabeza recostada sobre el brazo izquierdo. La viejita vaciló como si fuera a caerse de lado y Darwin alcanzó a sostenerla extendiendo ambas manos, terminó de empujar la puerta y le sirvió de apoyo hasta dejarla sentada en el sofá. Estaba pasmada. Darwin volvió a mirar el cuerpo. Deseó tocar

el pantalón de pana y escuchó que la señora le pedía que lo alzara. Sintió mucho temor, pero lo agarró de las axilas para sentarlo en el sofá, como a un muñeco que está en un lugar que no le corresponde. No le pesaba, pero temía que se le desbaratara entre las manos.

Cuando lo dejó sobre el mueble le levantó la cabeza como había visto la primera vez. Tuvo ganas de ir a buscar la ruana, pero le pareció muy imprudente. Se sentó en medio de los dos agotado. Miró a la señora, la abrazó, añadió un beso en la frente y otra vez fue lo mismo: él era quien lo necesitaba. Quería hablar, quería contar lo que acababa de ver, pero. ¿cómo? ¿Cómo decirle a la misma señora o a Eliana o a cualquier nuevo pasajero algo que ni él mismo entendía? Giró para concentrarse en el difunto y se fijó en todos los detalles: el color de la piel, la ropa, la temperatura del cuerpo... No era engaño. A pesar de que se viera aturdido por una magia inaudita, algo le decía que don Milcio sí acababa de morir... Por segunda vez. Entonces se le ocurrió que podía suceder de nuevo. Lo estaban encerrando en algo que no terminaba de entender, pero él quería seguir indagando a tientas en lo oscuro. Se levantó de un salto, no esperó el teatro de la ruana y la plata y dijo, como cualquier nieto que sale de la casa: ya nos vemos. No volteó a mirar la reacción y otra vez recogió sus pasos hacia el taxi.

Ya no tenía tiempo de ponerse a llorar. Se subió y a toda marcha sacó el carro de la callejuela. Llegó en menos de nada a la rotonda y, borrosos, se le pasaron los carteles de los tres pueblos a los que se dirigen las patas de esa araña redonda. Se encarriló hacia Duitama sin soltar el acelerador, ante el miedo de los carros cercanos que lo veían hacerse pequeño, regateando entre los carriles, como una máquina maciza que no se dejaba ganar los espacios ni sacar hacia atrás. Los niños miraban ojiabiertos la velocidad del amarillo, los demás chillaban por él o lo madreaban y a Darwin se le ocurría que estaba saliéndose del tiempo, que su avance podría romper los vidrios de cualquier cronómetro que quisiera medirlo, igual que los del semáforo que ya alcanzaba a ver con dos colores encendidos que lo

fueron obligando a soltar la tensión del pie suavemente, de a poco, hasta dejar la nave controlada en un nivel regular con el que podía girar perpendicularmente hacia la plaza. Evadió particulares y busetas, reconoció en la glorieta del cacique a un par de taxis compañeros a los que no alcanzó a saludar ni a corresponder sonando el pito. Hizo el mismo recorrido porque no había una opción más rápida. Los semáforos previos a la Dorada y la congestión hacia el centro lo desesperaron, pero nunca lo detuvieron. En la veinte arrasó poniendo en riesgo a unos niños que montaban triciclo y que quedaron atrás llorando por el trueno del carro.

El taxi era un ruido, visible para pocos, que se expandía por el sector. Darwin bajó la velocidad y se pegó a la hilera de carros parqueados para pasar en contravía una cuadra que le ahorraba otras tres. Se santiguó frente a la iglesia y miró con fe el techo de cuero gris del taxi, como pidiendo el deseo del último cumpleaños de su vida, y terminó de hacer el cruce ilegal. Paró en la esquina donde ya había recogido a la viejita dos veces y esta vez se sorprendió de no verla. No sabía qué hacer. Solo hasta esa pausa se acordó de Eliana y de su hijo. Ni siguiera miró el reloj, sentía que aún podía llegar y justificarse con esta historia de la muerte del viejo. ¿Le contaría que hizo dos vueltas o solo una? Una era lo suficientemente trágica y era muy creíble. Miró los tenis bajo la bolsa y sonrió. Tenía que ser una señal toda esa vuelta repetida. Él no estaba viejo y sí alcanzaría a cambiar las cosas. Con un poco de empeño podría ser un buen padre y volver a hacer parte de la vida de Eliana. Cuando miró su propia mano tocando la suela de los tenis y los chocolates —ya derretidos por el sol— se acordó de que había cargado al muerto y la quitó bruscamente para ponerla en el volante. Miró al frente y sintió un corrientazo en el pecho cuando vio que la abuelita estaba en el andén contrario tratando de cruzar la calle. Llevaba con esfuerzo un canasto en cada mano, y atenazaba el costalito de harina entre los dedos y la manija del canasto de la mano derecha.

El taxi era un ruido, visible para pocos, que se expandía por el sector. Darwin bajó la velocidad y se pegó a la hilera de carros parqueados para pasar en contravía una cuadra que le ahorraba otras tres.

Aunque seguía dudando, con la cara llena de sorpresa, se dejó mover por el instinto. Salió, dio las buenas tardes, agarró el costal y recibió uno de los canastos. Abrió de afán la puerta de atrás y se sentó sobre su mando. Cerró la puerta, empujó la bolsa del regalo hacia el piso y colocó el canasto y el costal en la silla del copiloto. La señora subió por la derecha, puso el canasto al lado y cerró. Darwin giró el taxi con destreza para cambiar de ruta. Pensó que si hacía la carrera en la otra dirección, devolviéndose por donde entraba a la ciudad y a la plaza, podía cambiar el desenlace.

- -¿Para dónde vamos? preguntó Darwin-.
- —Para Santa Teresa, por favor... ¿Gira para pagar el cupo?
- No, creo que hoy no hay retén. Vamos por la avenida de Camilo Torres.
 Hay menos trancón.
- —Bueno, pero apúrese por favor que es una emergencia.
- —¿Por qué? ¿Qué pasó? —curioseó terminando la cuadra de la iglesia para oír la respuesta—.
- —Es que mi esposo siempre ha sufrido del corazón y me llamó todo asustado porque el pecho y el brazo le dolían.

El taxi se hizo flecha otra vez por la veinte en el sentido contrario.

- —¡Vamos a salvarlo!
- —¡Dios quiera!

Los huecos le reducían un poco la velocidad, pero él trataba de no menguarla bajo la planta firme que no dejaba de oprimir el pedal. Entró a la calle de los camiones de acarreos, parqueados sobre el pasto, detrás del cerro, y giró para pasar por al lado de la capilla de San José. Dejó pasar dos carros y entró sin nervios en la avenida obligando a un ciclista a apretar los frenos y bajar ambos pies. Otra vez tuvo al frente la rotonda del cacique Tundama rodeado por un círculo de plantas de lirio (pocas con flores), alineadas como cabecitas de niñas con el cabello verde peinado en palmeritas. Ganó la rotonda y aceleró sin que la pasajera dijera una palabra. Esa avenida de bares y de fábricas le haría ganar unos minutos.

- —¿Y cómo es su esposo, señora?
- —Siempre ha sido muy tierno. Tiene su bigote y es flaco. Era profesor.
- -¿Cuántos hijos tienen?
- —Seis.
- —¿Y están cuidándolo a él o viven con ustedes? —sabía la respuesta, pero quería ver si se repetía, mortificarse al oírla una vez más—.
- —No. No les importamos.
- —¿Y cuántos años llevan juntos, con su esposo?
- —Cuarenta y siete o cuarenta y seis. Ya ni me acuerdo.

Darwin había sentido un ahorro en el desplazamiento. A una cuadra del semáforo de la salida hacia Tibasosa, pensó que si aguzaba la vista podría saber si Eliana aún estaba sobre la banca del parque esperándolo. Eso hizo de líder en la hilera, al frente y debajo de la luz roja. Se levantó un poco del asiento y miró hacia Juan Grande. Detrás del desorden de un partido de básquet la vio cruzada de brazos, con una mueca de puro fastidio en la cara. Pensó que podría bajarse mientras había cambio de color. Dejar a la abuela. Pasar la avenida de la cuarenta y dos y gritarle con todas sus fuerzas que hiciera el bien de

esperarlo, que estaba en una urgencia, que lo necesitaban —como nunca en la vida— y que ya iba a volver a hablar con ella, a planear el primer día con su hijo, a recuperar su viejo romance, a decidir si vivirían en el llano, donde había ido a parar ella, o acá, y si sería por aparte o juntos, que le diera ¿cuánto?, ¿media hora más?, ¿una hora más?, antes de irse otra vez de la ciudad.

No podía perderse el diálogo después de tanto haberlo esperado. En los tiempos de búsqueda había intentado contactarla otra vez por medio de aguel a guien los dos conocían: ¿te puedo enviar dinero mensualmente?, déjame conocerlo, ¿cómo se llama?, ¿cómo es? Pero nada, el orgullo acerado desde hacía tanto no cedía. Un año después de que Darwin hubiera visto al niño, el amigo-intermediario le informó que toda la familia se iba para Villavicencio: ella, el niño y los que no fueron sus suegros. No hubo cambio en su gesto. En el fondo sentía que era positivo que el enigma ya no estuviera en la ciudad, pero le dolía mucho que aún fuera un acertijo irresoluble. Su propia certeza de que era su hijo lo hacía sentirse viejo: había otro detrás de él, en la carrera de la edad, que correría de niño a joven e iba a empujarlo hacia el carril de los adultos. Sin embargo, el mismo niño que lo hacía sentirse viejo podía ser la causa de su renovación, esta carrera le había servido para darse cuenta de su lentitud, de su modorra para vivir y hacer las cosas.

Eliana volvía a Duitama por el entierro de la mamá de una amiga. Dos días antes llamó a Darwin para que fuera a verla a ese que había sido su barrio. Un traspié económico de ella le abría la puerta de contacto, la opción que había esperado tanto. El motivo esencial, y en realidad el único que había esbozado en la llamada, era que tenían que hablar del niño y de sus aportes económicos para el ingreso a primer grado. Así de seriamente le respondía que sí era el padre, le cambiaba la vida y lo ponía a imaginar los detalles del niño: su cara blanca, el gel que le endurecía el cabello, la sensación del uniforme recién planchado, sus dedos pegando plastilina sobre la figura del papá en

el croquis de una familia, los mismos apellidos de Eliana en su renglón de la lista, su pulso palpitante escribiendo papá en una plana para aprender la pe o los ojos mirando a esos padres llaneros cargar en los hombros a sus compañeritos, llevarlos de la mano camino a casa o montarlos sobre la barra de la cicla —con la maleta en la espalda—en el resguardo de los brazos.

Y en medio de tanto imaginar, de nuevo lo movieron los pitos. Dejó de mirar hacia donde estaba Eliana y se concentró, esperanzado en salir de la ciudad y llegar a Santa Teresa antes que la muerte. Por tercera vez pasó tan cerca sin poder detenerse, pero esa no era una derrota. Había que llegar a ver el abrazo vivo de los dos abuelos para ser redimido, para que ese logro lo salvara de seguir sin rumbo en la vida. Se pegó nuevamente a la berma central, con los arbolitos en las llantas, y una vez más pisó chancleta. Pasó la empresa de cervezas, los moteles, viró en los cerros y siguió imparable, sin reducir la velocidad y desganado de frenar cuando los brazos de cualquier autoridad se lo exigieran. Con más insistencia, la agente volvió a pedirle que parara, pero Darwin siguió por el carril interior, mirando fijamente a la agente, sin desacelerar, y ganando rápido la siguiente curva sin saber si iban a seguirlo o no y sin que la señora dijera nada. Para distraerse empezó a hablar:

- —Apenas lleguemos hay que alistar las pantuflas y ponerle la ruana para sacarlo rápido hacia el hospital.
- —Sí, señor —dijo, con una tristeza honda—.

Darwin eligió la misma pata de la araña y, llegado al ramal, se adentró en la callejuela, rodeada de pinos y hecha de recebo. Terminaron de recorrerla y, tan pronto como los dos voltearon la cara para mirar la casa, vieron a don Milcio desplomarse frente al andén gris, como un espectáculo que los había esperado. La caída era contundente pero los dos se bajaron y corrieron a abrir las puertas para ver cómo estaba. Temblorosa, la señora sacó las llaves de la bolsa y se las entregó a Darwin. Los tres agricultores

corrieron hacia la casa, aunque desde su posición no alcanzaban a ver al viejo. Darwin abrió la puerta de la reja y, mientras la señora se agachaba sobre su esposo, siguió derecho para abrir la otra puerta. Entró. Observó bien el piso, donde el viejo había caído la vez anterior, y se atrevió a seguir hacia la cocina y las piezas para mirar si había gemelos o alguna cámara escondida, si alguien se ocultaba para verlo temer o había un dios sentado prorrogando la muerte. Se cercioró de que la casa estuviera vacía. Salió. La señora seguía arrodillada llorando por el viejo. Darwin no se despidió y ni siquiera se acercó al muerto.

Cuando se subió al taxi llegaron los tres hombres, jadeantes, a donde la señora. Era notorio que querían perseguir a Darwin, pero habían sido interrumpidos por la impresión del cuerpo muerto. Dos, muy jóvenes, ayudaron a levantar a la mujer y el que parecía ser el padre se quedó mirando el polvo levantado por el taxi al salir. No tendrían ninguna respuesta, para qué perder tiempo preguntándoles algo, pensó Darwin. Y arrancó hacia las glorietas otra vez para perseguir otra chance. No estaba huyendo de nada, al contrario, pensaba con orgullo, se había entercado en llegar a tiempo y resolver ese asunto, que no entendía y que nadie iba a poder explicarle.

Raspó la callejuela con las llantas y lo mareó el paisaje verde. Era increíble que don Milcio se desplomara ahí, tan cerca de que lo recogiera el taxi, él mismo lo había tocado y lo había alzado y estaba igual de muerto que el suelo, igual de frío. ¿Cómo había regresado del pozo de la muerte? Salió a la carretera de doble calzada. Y la viejita... Igual de triste, después de tres muertes seguidas. ¿Qué mensaje le querían dar jugando con su tiempo? Y dale que dale, siempre hecho para caer en el fracaso. A velocidad máxima dio el medio giro en la rotonda, que estaba casi sola, y siguió, esta vez sí a lograrlo. Es que si el viejo hubiera mantenido la vista firme antes de caer, la esperanza de la ayuda cercana le hubiera alcanzado para sobrevivir, para que llegaran al hospital, lo trataran, y lo salvaran. Cruzó veloz de nuevo al otro lado del retén y se dio cuenta de que no estaban los dos primeros policías, se habrían ido en moto —pensó— y

seguirían derecho, creyendo seguramente que huía hacia Sogamoso. Era un chiste que ellos creyeran eso. Era un chiste lo que había hecho él mismo pasando con la misma excusa y con la misma señora. Pero no le importaba. Lo iba a hacer una vez más, lo iba a hacer hasta que pudieran salvar al esposo de esa viejita que no merecía la soledad. Pasó de nuevo la cervecera con el canasto de la silla de atrás volteado por la velocidad. Él iba a lograrlo, él mismo iba a arriesgar su vida, de ahora y del futuro, para salvarla: admitiría que sí había rayado el carro del decano, que no fue falsa ninguna inculpación. Iba a dejarse de niñerías y de mentiras, recuperaría la relación con los papás, dulcificaría la que tenía con el abuelo y se reivindicaría con Eliana y el niño. Había tomado malas decisiones pero aún estaba a tiempo de ser otro.

Viró en el inamovible semáforo sintiéndose agotado. No era la tarde que se había imaginado. Tal vez él no merecía ese mareo de ir de círculo en círculo. ¿Por qué justo ese día? Pero volteó la ficha y se dijo que no lo merecía por vil, no valía tanto como para salvar a otro. Ya ante el monumento de la Virgen del Carmen —glorieta diminuta del barrio— en Rancho Grande, contra cuyas rejas de colores había visto matarse a tantos jóvenes motoristas, se preguntó si no era él el culpable de que la ruta no tuviera final feliz. Si él se salía del juego la pareja de ancianos iba a poder ganar. Entonces lo cruzó otro taxi más brusco que el suyo y obtuvo la respuesta. Siguió bordeando los potreros vacíos que lo separaban del río Chiticuy y se preguntó si en algún lugar del mundo a alguien también le había pasado lo mismo, si a alguien le estaba pasando en ese instante. Dejó atrás una bomba de gasolina, un spa, un almacén, y no redujo la velocidad hasta la rotonda, donde se fijó en la flecha puntuda del cacique, enderezada contra el cielo, y siguió de largo. Cuando entró en la hilera de carros empezó a llover. Prendió el limpiabrisas. Tuvo hambre. Tuvo tedio. Le dieron ganas de hacer la u para ir derecho hacia Juan Grande. Pero ya no quería volver a abandonar a nadie, así que endureció la voluntad y, cuando la turba lo dejó libre hacia la izquierda, enfiló una vez más sobre la mejor pavimentación de la ciudad para acercarse a la plaza.

Cuando entró en la hilera de carros empezó a llover. Prendió el limpiabrisas. Tuvo hambre. Tuvo tedio. Le dieron ganas de hacer la u para ir derecho hacia Juan Grande. Pero ya no quería volver a abandonar a nadie.

Llegó a la estación del tren y vio al que iba a completar la estrategia: un taxista con cara de iguana y gafas atadas con cordón que tomaba tinto cerca de las ferreterías, a dos cuadras de la primera esquina de la plaza. Era de la otra empresa de taxis, pero no le importó, le gritó desde su asiento con un codo por fuera:

- —Oiga, hermano. Vamos a hacer una carrera. Le doy setenta mil si recoge a una viejita que va para Santa Teresa.
- —Uy, bueno. Hágale. —respondió, temblando la voz en cada sílaba, como si los nervios fueran su personalidad—.
- —Está allí en la plaza. No tenemos que reclamar cupo porque es una emergencia. Siga y yo voy detrás. En la esquina de la décima con veintidós —y esperó a que dejara el pocillo sobre la mesa y encendiera su carro—. Retrocedió un par de metros para quedar a un lado y dejarlo entrar a la cuadra. Cuando estaban hombro a hombro ambos taxis, le alargó el brazo con los dos billetes: es una viejita que lleva dos canastos, ¡pero tiene que ir a toda! Lo dejó adelantar y se pegó detrás, agitado, viendo cómo activaba el limpiabrisas.

Pasaron a media marcha las tres cuadras y ahí estaba en la esquina igual que la primera vez: con el puchero de tristeza en la cara, el pucho de harina y los canastos, encuzcada en sí misma para que la lluvia la mojara menos. La iguana se bajó, recogió el mercado y lo guardó en el baúl. Darwin vio que los labios diminutos de la viejita gesticulaban algo que él sabía de memoria. Ella misma se abrió la puerta atrás y el taxista arrancó: décima, clínica, las manos de las niñas recibiendo monedas, glorieta del ciclista en homenaje al mundial del 95, y el cabello corto y blanco de la señora, hospital, Hipinto, giro a la izquierda y un taxi casi anaranjado detrás de otro muy pálido yendo a salvar a un viejo. La lluvia era insistente y las llantas pasaban inseguras besando a medias la carretera negra. En la cuarenta y dos, la velocidad del de adelante se redujo, y Darwin lo arreó con una prolongada opresión del pito que los empujó a los dos a seguir el rumbo.

El sonido hizo que la viejita girara el rostro para ver quién le superaba a ella el afán y Darwin vio, mejor que en todos los ciclos de esa pesadilla redonda, los ojos profundos y oscuros de la vieja.

Una volqueta que se asomaba al centro de la vía para evadir algunos huecos le impidió seguir detrás de la iguana. De todas formas, Darwin prefirió mantener la distancia para evitar aquella mirada tiesa que podía recordarle algo a la mujer y modificar la situación para mal. El semáforo cambió a verde cuando pasaban por debajo del puente peatonal y Darwin alcanzó a girar la cara para confirmar que Eliana ya no estaba en Juan Grande, y que le figuraría hacer un viaje largo para que le volvieran a abrir las puertas de esa vida que ya deseaba, en la que iba a querer a Eliana así de tanto para que ella algún día tuviera la premura de ir a salvarlo a la casa de viejos de los dos, y para merecer un hijo al que le importara. El otro taxista no eligió el carril interior y salió de Duitama por la banda. Los curiosos se quedaron pasmados mirando la persecución.

Cruzaron velozmente por encima de la quebrada. A toda marcha terminaron de salir del borde urbano, pasaron por Bavaria y por los grandes moteles que empezaban a recibir a las primeras parejas de la tarde. Darwin decidió irse al lado del otro taxi y aceleró sin agüero hasta ponerse al mismo nivel. Sin importarle la impresión que podía causar en la señora, le gritó al otro taxista que no parara en el retén, que siguiera derecho hacia donde ella le indicara y que él frenaría para explicar la pasada. El otro asintió asustado, sabiendo que sí era una urgencia esa carrera, pero extrañado por la actitud de Darwin. Llegaron a la curva de los cerros y, por la forma en que la tomó, Darwin notó que la iguana no era tan diestro conductor como él. La lluvia no menguaba y los policías estaban muy juntos tratando de ganar calor debajo de la carpa. Nadie los detuvo y la iguana siguió obediente pegado a la berma, mientras que Darwin redujo la velocidad —solo un poco— para disimular que iba a hacer algún gesto de disculpa. No lo hizo y ese breve uso de la brida era como una burla para esa quardia que lo había visto pasar, sin permiso legal, tantas veces.

Como por inercia ante la merma de celeridad, el tablero del carro titiló, hubo un último brillito de luz en la aquia del combustible y Darwin, exasperado porque el taxi se estaba apagando, tuvo que orillarse, como si un brazo invisible se lo indicara. Los policías lo vieron todo desde el escampadero y —detrás de las arrugas de agua que caían sobre el cristal del panorámico— Darwin vio cómo el otro taxi se iba acercando a la rotonda, mientras seguía las últimas indicaciones para llegar a la casa azul. No iban a lograrlo. El taxi embocó hacia la línea de Tibasosa y en sentido contrario otro taxi, casi naranja, aceleró y rebasó con un movimiento peligroso a un Optra gris. La iguana se asustó cuando tuvo al otro tan cerca delante suyo y el suelo jabonoso no le perdonó el temblor sobre el volante. Le sacó el taxi hacia el borde, y un poste se comió la lata completa del copiloto con farola y asiento. El Optra frenó con cuidado antes de entrar a la glorieta, el taxi naranja siguió derecho —imperturbable— y Darwin, después de oír y mirar el accidente, se bajó para ir a ayudar a la señora y a la iguana; los policías fueron a lo mismo, y mientras caminaba bajo la lluvia que caía en diagonal, Darwin se dio cuenta, espantado, de que en la calzada paralela, a más de cien hacia Duitama, iba su taxi, con una repetición suya al volante mirando el reloj de oro, sin percatarse del choque que acababa de causar. Cuando se detuvo para mirarlo seguir en su acelere hacia la plaza, Darwin se preguntó cuántos canastos tendría ese otro dentro del taxi.

British Council 44 45

Gabriela Carrasquilla y Rocío Cely

Parálisis del sueño

Parálisis del sueño



Parálisis del sueño



Rocío Cely Editora

La experiencia del programa Elipsis ha sido una de las más valiosas que he tenido a lo largo de mi carrera profesional. No solo por haber tenido la oportunidad de viajar a Cartagena y asistir al Hay Festival, sino también por todos los aprendizajes que me dejó y las personas tan valiosas que conocí en el camino. En enero todo se sentía posible, emocionante, y contábamos los meses, los días y las horas para vernos de nuevo en la FILBo, para volver a compartir risas y emociones. Cuando inició toda esta situación de la pandemia, sentí que el tema que habíamos escogido (y que, cuando lo escogimos, se sentía extraño) tomaba mucho más sentido: el tiempo.

Desde ese momento hasta ahora, sin duda nos hemos pensado y repensado el tema del tiempo. La lentitud, la extrañeza y la particularidad de los meses que han seguido, además de los cambios que hemos experimentado en nuestra vida cotidiana, son un detonante

para la creatividad y por supuesto, para la escritura. A pesar de la incertidumbre sobre si el programa Elipsis iba a seguir o no, todos sabíamos y sentíamos que, de no hacerse, era necesario compartirnos los textos y no abandonar lo que nos había unido en un principio. Temíamos escuchar la noticia de que el programa iba a cancelarse y que seríamos la generación perdida de Elipsis, la generación fantasma.

Sin embargo, cuando las cosas empezaron a normalizarse un poco (dentro de lo que este virus infernal nos ha permitido), saltamos de alegría cuando supimos que íbamos a retomar el proceso de Elipsis y que pronto íbamos a poder tener en nuestras manos (o en nuestros correos), los cuentos que llevábamos tantos meses esperando para leer. Y es que, desde esa tarde calurosa cartagenera en la que cada uno de los editores seleccionamos a los escritores con los que trabajaríamos, se creó una expectativa enorme y una ansiedad inmensa por poder ver materializada esa idea que los escritores nos habían propuesto. Cuando escuché la idea de Gabi sobre los sueños y una suerte de realidad paralela, supe que quería trabajar con ella y así fue. Desde que leí la primera versión del texto, entendí que se nos vendría el reto gigante de trabajar a distancia y, además, de acompañarnos en el camino para lograr un cuento increíble.

Cada vez que recibía las nuevas versiones del cuento de Gabi entendía que estar en ese programa era, sobre todas las cosas, la ocasión perfecta para reafirmar lo que para mí significa ser editora: acompañar. Muchos creen que esta figura del editor corresponde a una persona desalmada, que corta y destroza

los textos y desprecia a los escritores. Y la verdad es que no. Para mí esta experiencia ha significado poder acompañar a Gabi en su proceso de escritura, tratar de entender sus intenciones, sus ideas, tratar de ingresar a su cabeza y poder comprender su texto. Como editora mi labor es, más que todo, ser una especie de traductora: entender e interpretar el texto de mi escritora para que sea recibido y acogido por los lectores. Y eso es lo que he tratado de hacer durante este proceso con Gabi; poder mostrarle que los editores no cortamos textos porque sí o que nuestra palabra es irrefutable. Por el contrario, le he demostrado durante nuestro proceso, y gracias a las enseñanzas de Marta Orrantia, que en un texto la prioridad siempre debe ser para el que escribe. Nosotros sugerimos, apoyamos y recomendamos, pero no nos metemos al texto para hacer y deshacer.

Disfruté mucho poder compartir este proceso con Gabi y poderla acompañar y ayudar en sus momentos de duda. Estar ahí para hablar de sueños, de narrativa y para poder demostrarle lo valiosa que es su escritura, junto con todo su potencial. La experiencia de Elipsis ha sido muy gratificante y me emociona poder demostrar, a través de este texto, parte de mi trabajo como editora.

Agradezco profundamente a Alejandra Jaramillo y a Marta Orrantia por tantas cosas aprendidas en tan poco tiempo y por creer en nosotros para ser una nueva generación de Elipsis.



Gabriela Carrasquilla Autora

I día que se encontraron, Helena comenzaba a sentirse cómoda en su nuevo apartamento. Cambiar de espacio era para ella una actividad familiar y siempre refrescante. Algo parecido a bañarse después de pasar un fin de semana entero en la cama. En todas las mudanzas había aprendido que se pierde algo para ganar algo más grande. Despojarse de lo viejo para hacer espacio a lo nuevo. Para ella no había mejor ritual para limpiar el alma, incluso cuando la parálisis estaba siempre latiendo cerca.

La primera vez que la sintió fue hace diez años, cuando tenía veinte. Soñó que temblaba y su primer impulso fue salir corriendo. No pudo. El cuerpo no respondía. Intentó mover sus pies, pero no seguían las órdenes de su cabeza. La angustia aceleró su pulso y su respiración. En un ensayo inútil, hizo lo posible por gritar. Helena sentía que necesitaba que alguien la zarandeara con fuerza para ver si lograba despertar a su cuerpo, que parecía haberse quedado en el mundo de los sueños. Desde ese primer episodio descubrió que concentrarse en su respiración y en tratar de abrir los ojos, era lo único que garantizaba su regreso al mundo terrenal. Desde sus veinte, la parálisis del sueño aparecía por épocas y, aunque Helena había aprendido a manejarla, tenía episodios tan fuertes que la dejaban despegada de la tierra una vez lograba despertarse.

Con el paso del tiempo, Helena logró identificar que los episodios de la parálisis venían de la mano con las épocas de grandes cambios: mudanzas, nuevos amores, trabajos, muertes. Era un patrón que se podía dibujar: con el cambio venía la parálisis y, con ella, el cuestionamiento de las decisiones.

Sin embargo, una convicción que ella misma discutía la impulsaba con ahínco a cambiar con cierta frecuencia la dirección de su vida, aún sabiendo que los episodios paralizantes no demorarían en presentarse. Secretamente, Helena siempre esperaba que tras un cambio la parálisis no se manifestara y así tener la convicción de que la vida andaba por la vía soñada.

A Martín le gustaban las fiestas donde podía hablar con la gente, las fiestas en que la música era un complemento a la noche y no el centro. Los guayabos de los últimos años le habían enseñado, a la fuerza, que tenía que dejar los tragos baratos si pretendía ser productivo al día siguiente. Pero esta noche era una excepción, uno de esos días en que las ganas de descontrolarse le ganaban el pulso al autocuidado impuesto. Quería perder el conocimiento y no le importaba sentirse como una mierda al día siguiente.

La vio por primera vez en la barra. Le pareció tierno que aun usando tacones tuviera que empinarse para alcanzar a oír al mesero. Sonrió para sí mismo, se preguntó si ella se acordaría de él, si el paso del tiempo lo había vuelto irreconocible, pensó dos veces si acercarse a saludar. Decidió esperar a que el trago barato lo volviera más sinvergüenza; no era muy bueno en la charla casual, excepto cuando estaba casi borracho.

Martín le sonrió de lejos y, mientras se acercaba para saludarla, sirvió dos *shots* de aguardiente. Al llegar donde Helena le ofreció uno, brindaron, y más rápido de lo que ambos recuerdan, se estaban dando besos con sabor a aguardiente y marihuana.

Helena no recordaba el primer polvo con Martín, estaba demasiado borracha esa noche, pero se acordaba del día siguiente como una película que podía repetir las veces que quisiera. Los primeros rayos del sol atravesaron las cortinas del apartamento de Helena, despertándola de manera violenta. No tenía guayabo, por lo que pensó que todavía estaba borracha. Sabía que había llegado con Martín a su casa. Sabía que habían dormido juntos, y, a juzgar por la falta de

Gabriela Carrasquilla Parálisis del sueño

ropa y un leve dolor en los músculos de las piernas, supuso que habían tirado. Mientras Martín roncaba, Helena se levantó a hacer café. La vista de su casa le parecía tan hermosa que le dieron ganas de pasar el día sentada en el sofá.

Martín se despertó tiempo después con lo que sentía como una bomba a punto de estallarle en la cabeza. No sabía dónde estaba, pero lo recordó segundos después. El cuarto de Helena le pareció familiar, como si hubiera estado ahí antes. La luz que entraba por las persianas dibujaba líneas que calentaban algunas partes del piso de madera. Con pasos torpes salió del cuarto. Helena estaba en el sofá.

- —¿Se está muriendo? —Le preguntó Helena mientras caminaba a la cocina para servirle un vaso de agua—. Le entregó dos pastillas para el dolor de cabeza y volvió a sentarse en el sofá.
- —Gracias —dijo Martín—. Siento como si me hubiera tirado de un quinto piso. ¿Qué putas pasó anoche?
- —No se ponga bravo, pero yo no me acuerdo de nada. Estaba jincha. Sigo jincha, creo.
- —Ah, ¿no se acuerda? ¿Así de paila fue? Oiga, lo siento —dijo Martín en tono burlón—.

Helena se rio con ganas y se sentó en el sofá. Martín la siguió. Estuvieron en silencio por varios minutos. La luz de la mañana entraba por la ventana de la sala y les calentaba las piernas desnudas. Helena observaba las piernas de Martín, el color de piel le producía frustración y le fascinaba en igual medida: ella nunca había podido broncearse y Martín tenía el color que ella soñaba.

—¿Qué me mira? —preguntó Martín mientras le cogía la cara a Helena con suavidad—.

La vio por primera vez en la barra. Le pareció tierno que aun usando tacones tuviera que empinarse para alcanzar a oir al mesero. Sonrió para sí mismo, se preguntó si ella se acordaría de él, si el paso del tiempo lo había vuelto irreconocible.

—Sus piernas... son lindas —respondió sonriendo—.

Hacía años que Helena no sentía un escalofrío recorrer su cuerpo cuando un hombre la tocaba. Para ella separar el sexo del amor siempre había sido fácil y, a juzgar por su experiencia, los escalofríos solo venían con el amor.

—Usted es linda, Helena —dijo Martín mientras se acercaba para darle un beso—.

Helena metió las manos entre su pelo, un lugar nuevo que se sentía extraño al tacto. Martín olía a trago reposado. Pasó las manos por su piel y a Helena le pareció que la barriga que había acumulado en los últimos años lo hacía ver mayor de lo que era. El orgasmo llegó rápido y su cuerpo se sintió menos pesado, como si acabaran de darle un masaje.

Los días que siguieron a ese primer encuentro fueron intensos y anchos. La vida, sentían los dos, se alargaba en cada encuentro. Pasar tiempo juntos era urgente, importante. Los abrazos se sentían familiares y la risa estridente de Martín había empezado a colarse en todas las esquinas del apartamento de Helena, tanto que ella podía escucharla incluso cuando Martín no estaba.

Las conversaciones eran como un hilo que poco a poco, y cada vez con más intensidad, suturaba las heridas que los dos cargaban en los hombros. Por pequeña que fuera la herida de alguno, para ambos, siempre merecía atención.

Para Martín todo era tan inesperado que merecía la obsesión y la aventura, sus relaciones pasadas siempre habían sucedido de manera esperada, sin mucho espacio para la sorpresa. Hacía años que Helena no sentía que alguien la viera y que se mostrara con la misma generosidad que ella entregaba.

—Uy, Hele. ¿Está despierta? ¿Me pasa el agua, por favor? —Dijo Martín con voz de dormido—.

Helena se sentó en la cama. Se había despertado al tiempo que Martín. Agarró el vaso con agua de la mesa de noche y se lo pasó tras beber un sorbo.

- —Gracias —dijo Martín—. Tuve un sueño muy raro.
- —Uy y yo también, Martín. No me acuerdo muy bien. Usted estaba. Rarísimo. Éramos niños. creo.
- —Ay, bueno —respondió Martin volteando los ojos—.
- —;Bueno qué? ;Por qué me voltea los ojos?
- —Pues porque fijo hablé dormido, ya. Deje de joder y más bien déjeme le cuento porque fue muy raro.
- —No entiendo, Martín. No tengo ni idea si habló dormido, yo estaba profunda —respondió Helena desconcertada—.
- —Es que yo también soñé que éramos niños. Estábamos jugando en una arenera...
- -...y nos volvíamos amigos -completó Helena-..
- —Sí —respondió Martín mientras se giraba en la cama para ver a Helena—.

Ambos se quedaron en silencio un rato. Estaban pasmados, la idea de soñar lo mismo les producía extrañeza y curiosidad. Ninguno era especialmente supersticioso y llevaban su vida de manera más bien racional. No creían en Dios ni en fuerzas superiores y por eso esta coincidencia era especialmente desconcertante. ¿Cómo era posible soñar lo mismo

que otra persona? ¿Funcionaría si no estaban en la misma cama? ¿Tendría que ver con algo que hablaron o vieron durante el día y reprimieron en el subconsciente? No había respuestas claras.

- —¿Usted ha visto cómo los grupos de amigos que pasan mucho tiempo juntos empiezan a hablar parecido? —preguntó Helena—.
- —Sí, también pasa con las parejas y la gente de la misma oficina —respondió Martín—.
- —Puede que sea eso, Martín. Pero en vez de hablar parecido, estamos soñando lo mismo.
- —Puede ser, Hele. Puede ser un efecto del tiempo compartido, una manifestación del subconsciente —respondió Martín—.

El día transcurrió normal y aunque sabían que haber soñado lo mismo era muy extraño, concordaban en que racionalmente era imposible que fuera a repetirse. Con el paso de las horas, y como suele ocurrir con los sueños, Martín y Helena se olvidaron del evento mientras los afanes del día seguían su curso. Hasta que llegó la noche.

—Qué increíble encontrarnos acá, Hele —dijo Martín—.

El lugar les resultaba familiar, pero había cosas extrañas que hacían que fuera imposible reconocerlo del todo. Pasaron por un corredor lleno de espejos en cuyo reflejo podían verse a sí mismos en otros momentos de sus vidas. Martín se veía más flaco y tenía cara de niño, mientras que Helena escarbaba su pelo para encontrar canas.

—Mire esta cantidad de canas, Martín —dijo sorprendida—.

Caminaban por entre corredores donde se topaban con gente conocida y tenían conversaciones sin sentido. Helena se encontró con una profesora

que había muerto hace poco. Martín abrazaba a sus amigos mientras les mostraba que en el techo había unas estrellas pegadas.

Segundos después aparecieron en el carro de Martín, o en lo que parecía la cama de Martín y buscaban desesperados cómo llegar a algún lugar que ninguno de los dos sabía dónde era.

Helena se despertó primero. Tenía el presentimiento de que el sueño compartido no era una coincidencia sino más bien algo enigmático que les estaba pasando, pero todavía no encontraba las palabras, ni una explicación que tuviera sentido. No sabía si era buena idea despertar a Martín. ¿Qué podría pasar si soñar juntos era algo que realmente les estaba pasando y lo despertaba antes de tiempo? ¿O el hecho de haberse despertado antes significaba que el sueño había sido solo de ella?

Martín se despertó a las dos horas. Mientras tanto, Helena se había encargado de investigar el fenómeno que les estaba ocurriendo: el sueño compartido. En su nerviosismo, que la impulsaba a investigar ansiosamente, Helena había descubierto que solo podía sucederles a personas que estuvieran cerca emocionalmente y que generaban una especie de subconsciente colectivo. Sin embargo, en todo lo que encontraba no había explicación suficiente para la exactitud de lo que compartían y por eso, para ella, esto seguía siendo un regalo inexplicable.

Martín despertó desconcertado, no entendía bien si estaba todavía dormido o si ya había despertado del todo. Llamó a Helena confundido. Helena llegó corriendo, se acostó a su lado y lo abrazó con fuerza.

- —Buenos días —dijo Martín entre bostezos—. ¿Se despertó hace mucho?
- —Hace un rato —respondió Helena mientras lo soltaba para mirarlo a los ojos—. ¿Qué soñó?
- —Soñé con usted, Hele. Fue muy real. Se sintió muy real.

Gabriela Carrasquilla Parálisis del sueño

Pasaron por un corredor lleno de espejos en cuyo reflejo podían verse a sí mismos en otros momentos de sus vidas. Martín se veía más flaco y tenía cara de niño, mientras que Helena escarbaba su pelo para encontrar canas.

-Yo también.

—Se ve linda con canas —dijo Martín, mientras acariciaba el pelo de Helena—.

A los dos se les llenaron los ojos de lágrimas, no hubo necesidad de hablar, los dos lo sabían: tenían el don de soñar lo mismo.

Los meses que transcurrieron fueron, para Helena y Martín, un descubrimiento de nuevos mundos. Con el tiempo entendieron que para compartir el mismo sueño no tenían que dormir juntos ni tampoco al mismo tiempo. Habían descubierto un universo que los llamaba a seguir experimentando mundos inexplicables que los invitaban a aventurarse a nuevas experiencias.

Para Helena, el manejo del tiempo en los sueños la invitaba cada vez más a dormirse. Había podido viajar varias veces a su infancia y entender algunos de sus traumas, también verse de vieja y hablar con ella misma. Con el paso del tiempo, Helena había empezado a darse cuenta de que aunque era un mundo que había conocido con Martín y en el que él siempre estaba presente, eran viajes que le fascinaba hacer por ella misma, para descubrirse y entenderse.

La parálisis había vuelto a aparecer progresivamente y los episodios empezaron a repetirse cada vez con más frecuencia, pero esta vez, a diferencia de las otras, no le daba angustia, sino que le permitía estar entre dormida y despierta. Dormir se había convertido en su estado favorito y, entre más soñaba, más tentada estaba a encontrar la manera para no volver a despertar.

Para Martín las cosas habían cambiado mucho desde que habían descubierto el fenómeno del sueño compartido. En los primeros viajes, Helena siempre lo buscaba y tenían aventuras maravillosas donde la imaginación y lo que podían hacer no tenía límites. Habían

experimentado mundos sin gravedad, universos en paz, conversaciones fascinantes con personas que nunca se imaginaron conocer. Helena, por ejemplo, se había encontrado con Madonna en una piscina y habían bailado y cantado en un karaoke a prueba de agua. Martín había jugado ajedrez con Bobby Fischer y había aprendido algunos trucos que olvidó al despertar. Habían recorrido ciudades que se parecían a sitios que habían visto antes, pero tenían algo diferente. Martín, por su parte, descubrió que soñando el pudor no existía y buscaba en sueños a las personas a las que siempre quiso decirles cosas que no pudo: jefes abusadores, sus padres, amigos del pasado, profesores que lo traumatizaron. A la única persona que no podía interpelar era a Helena, porque ella no era un producto de su inconsciente ni de su imaginación.

Poco a poco, Martín vio cómo Helena lo olvidaba en los viajes y cómo progresivamente dejó de buscarlo. Aunque siempre se cruzaban o alcanzaban a ver en lo que estaba el otro, ya no compartían el mismo sueño, y para él la experiencia sin Helena no tenía el mismo significado.

La última noche que soñaron juntos, durmieron en casa de Martín. Habían estado en una fiesta, también la última que tuvieron juntos. Solían disfrutar esos encuentros, les gustaba emborracharse y tener conversaciones sin sentido. La lengua se les alborotaba y el amor no les cabía en el cuerpo, se escapaba en palabras que los hacían sentirse afortunados de tenerse, de haberse encontrado, de compartir los dones de los sueños. Desde hacía un tiempo, cuando Helena empezó a desaparecer en los sueños, les costaba conectarse en la vida real y ese día fue imposible de ignorar.

Habían llegado tarde porque Helena había insistido en hacer una siesta. Martín despertó antes del sueño. La esperó por una hora, pero Helena no despertaba, así que comenzó a moverla con suavidad. Su cuerpo reaccionó lentamente a los intentos de Martín por traerla de vuelta al mundo real. Primero se reacomodó en la cama y poco a poco fue

abriendo los ojos. Nunca le había gustado que la despertaran, y mucho menos ahora que disfrutaba tanto el mundo de los sueños, por lo que no estaba de buen humor.

Fueron los últimos en llegar a la fiesta. Habían quedado de encontrarse con algunos amigos en un bar de Chapinero, pero en el taxi de camino al lugar, Helena parecía más interesada por lo que pasaba en la calle que por mantener una conversación con Martín. No lo miró ni una sola vez y se sentó tan lejos de él como pudo. Martín quería acercarse, pero el lenguaje corporal de Helena no se lo permitía. Ya en la fiesta, la música del lugar sonaba tan duro que tenían que gritarse para entenderse, por lo que adentro fue más fácil para Helena abstraerse y para Martín más difícil captar su atención.

Martín se sentó a su lado y le pasó una cerveza helada.

—¿Se acuerda la primera vez que vinimos a este sitio? —preguntó Martín—.

—Sí —respondió Helena, tajante—. Me gustaría irme pronto, estaba teniendo un sueño importante, hablaba con mi abuela sobre mi infancia.

Martín sentía que Helena ya no estaba presente, que no disfrutaba las cosas que hacían antes cuando estaban despiertos, parecía siempre estar deseando dormirse, y en los sueños ya no se encontraban.

- —Y si nos vamos, ¿puedo ir a su sueño, Hele? —preguntó Martín—.
- -Venga si quiere, no hay problema. Pero vámonos, ¿sí?

Al llegar a la casa de Martín, Helena sirvió dos vasos de whisky al tope.

—Tome —le dijo a Martín ofreciéndole el vaso —así nos da sueño más rápido—.

Gabriela Carrasquilla Parálisis del sueño

La lengua se les alborotaba y el amor no les cabía en el cuerpo, se escapaba en palabras que los hacían sentirse afortunados de tenerse, de haberse encontrado, de compartir los dones de los sueños.

Martín se bebió todo de un sorbo largo. Helena hizo lo mismo y se fueron a la cama. No tardaron mucho en sentirse absolutamente borrachos y en quedarse dormidos.

La mesa de póker era cuadrada y sus compañeros de juego eran Maradona, «El Pollo» (su amigo de la infancia), su hermano Gabriel y su mamá. Maradona no decía ni una palabra y solo fumaba tabaco con la mano izquierda, que estaba llena de anillos y pulseras de oro. El Pollo se reía y cuando miraba a Martín a los ojos le decía: «esta la gana su mamá». Su hermano tenía ocho años y llevaba puesto el uniforme de la selección Colombia y su mamá jugaba póker con unas cartas de tarot. Martín tardó un rato en entender que estaba soñando, había descubierto que, cuando se dormía borracho, le costaba trabajo comprender lo que ocurría. Aunque Martín disfrutaba mucho de la compañía de Maradona (a pesar de que no hablaba), sabía que tenía que ir a buscar a Helena. Se despidió de su mamá con un beso en la mejilla y se paró de la mesa. Mientras se alejaba, el pollo le gritaba: «esta la gana su mamá».

Martín encontró a Helena en un carro. Él manejaba y atrás venía Helena sentada con su abuela. Era un carro pequeño, y la carretera parecía terminarse en el borde de una montaña cubierta de nieve. Martín estaba tan concentrado en manejar que no podía oír nada de la conversación que Helena sostenía en la silla trasera. Notó que el carro no frenaba y estaban andando tan rápido que en cuestión de segundos se estrella-rían contra la montaña

—¡Heleeee! —gritó Martín, angustiado—.

Abrió los ojos para descubrirse sentado en su cama, con Helena dormida a su lado.

Helena escuchó el grito de Martín, pero no hizo caso. Ni siquiera se dio cuenta de que el carro se había estrellado con la montaña. Ahora estaba sentada con su abuela en una playa de Santa Marta y, mientras movía los dedos de sus pies en la arena, las dos miraban el atardecer.

Martín notó que Helena movía los dedos de los pies y aprovechó el movimiento para despertarla.

—Hele, ¿todo bien? —le susurró al oído—.

Helena se movió, incómoda. Martín había logrado despertarla, pero su cuerpo seguía en el sueño, estaba paralizada, por lo que tenía que hacer un esfuerzo para moverse y despertarse, o quedarse quieta y terminar la conversación con su abuela. Con la práctica, había aprendido a usar la parálisis para quedarse en el mundo de los sueños.

—Despiértese, Hele —intentó nuevamente Martín, pero fue en vano. Helena estaba en otra parte—.

A la mañana siguiente, Martín se paró de la cama. Helena volvió a cerrar los ojos para ver si lograba dormirse, pero el hambre no se lo permitió. Oyó a Martín en la cocina y decidió acompañarlo a hacer el desayuno. No se dijeron una sola palabra mientras cocinaban, desde lejos parecía un baile coordinado y ensayado en el que cada uno sabía qué tenía que hacer y por eso no necesitaban hablar. Helena esperó a que Martín sirviera los huevos en los dos platos y los llevó al comedor. Agarró la cafetera y la puso sobre la mesa. Martín se sentó y se sirvió un café. Helena lo imitó.

- —Hele, yo creo que tenemos que hablar —dijo Martín, poniendo su mano sobre la de ella—. Siento que las cosas han cambiado mucho entre nosotros, la siento muy ausente.
- —¿Cómo ausente? —preguntó Helena mientras ponía la taza de café en la mesa y dirigía su mirada hacia Martín—.

—Ausente, Helena, usted sabe a lo que me refiero, porfa no se haga la imbécil. Estamos mal. Desde que descubrimos esa locura de lo sueños, yo siento como si usted siempre quisiera estar dormida —respondió Martín—. Lo de ayer, por ejemplo, ¿no le parece suficiente?

—Siempre quiero estar dormida —repitió Helena pensativa—. No sé, Martín. De pronto estoy en shock con lo que nos está pasando y quiero aprovecharlo. Al revés, a mí me sorprende un poco que usted no quiera dormir tanto.

—No se desespere, le estoy diciendo algo que nos está perjudicando porque quiero arreglarlo, pero parece que para usted las cosas están bien así, ¿no? —dijo Martín, alterado—. ¿Se acuerda, por ejemplo, cuando la pasábamos bien en una fiesta? Ayer estuvo con cara de culo todo el tiempo, no le habló a nadie y se emborrachó para poder dormirse rápido. ¿Qué está pasando, Helena? ¿Le parece tan aburrida nuestra vida que tiene que irse a soñar siempre?

Helena lo miró pasmada, sabía que Martín tenía razón en algunas cosas que estaba diciendo, pero también era claro que Martín no entendía del todo lo que significaban los descubrimientos que podían hacer cuando soñaban juntos. Las confrontaciones, nunca había entendido por qué, le daban ganas de dormir. Su cuerpo quizás se cargaba demasiado y tenía el impulso de salir corriendo a otro mundo, un mundo feliz y tranquilo. Sabiendo lo que podía generar su reacción, Helena se paró de la mesa y, mirando a Martín a los ojos sin decir una palabra, se fue caminando al cuarto, cerró la puerta con seguro y se echó en la cama a dormir.

Martín se quedó en la cocina por unos minutos. Decidió que era mejor dejar que Helena se tranquilizara para intentar hablar de nuevo. Se paró de la mesa, lavó los platos, dejó todo en orden y fue a buscarla. La puerta cerrada con seguro le dio un corrientazo de aire frío en el cuerpo. Golpeó varias veces, pero no hubo respuesta. Helena escuchaba los golpes en

Gabriela Carrasquilla Parálisis del sueño

su sueño y se oía tan duro que retumbaban en todo el universo onírico y amenazaban con destruirlo.

—¡Helena, ábrame! —gritaba Martín—. Seguía golpeando desesperado, pero no hubo respuesta. Helena estaba profunda.

Helena sentía cómo su cabeza empezaba a despertarse, pero su cuerpo no se movía, sentía que la parálisis se estaba aproximando y necesitaba poner en práctica el truco de volver a dormir su mente. Los gritos de Martín le hacían difícil concentrarse.

Martín decidió buscar a Helena en los sueños. Fue a la cocina, se sirvió un trago enorme de aguardiente y se lo tomó tan rápido, que a los pocos minutos quedó noqueado de la borrachera.

Helena seguía luchando por llevar su mente de regreso al sueño, y sin los gritos de Martín fue más fácil concentrarse hasta que se quedó dormida.

El aguardiente hizo que Martín tardara unos minutos en entender dónde estaba, pero parecía una finca.

—¡Helena!, ¡Helena! —gritaba Martín mientras se movía por entre una niebla que no lo dejaba ver nada—.

Helena lo escuchó a lo lejos, creía que era la voz de Martín intentando despertarla nuevamente. Quiso salir corriendo para ver si la voz se alejaba. Sentía cómo su respiración se aceleraba, su pulso le hacía sentir su corazón por fuera del pecho. Por más que lo intentara no podía correr y le parecía que la voz de Martín iba a alcanzarla, pero sus piernas no respondían. Helena estaba paralizada.

Martín buscó por horas, pero no encontró a Helena por ningún lado. Se despertó con un presentimiento. Corrió al cuarto y logró tumbar la puerta

a patadas. Ahí estaba Helena, profunda, haciendo ruidos como si se sintiera incómoda, como si quisiera decir algo.

—¡Helena, por favor despiértese! —gritó Martín mientras la zarandeaba, pero ella no reaccionaba—.

«Tengo que salir corriendo», pensaba Helena, pero su cuerpo no respondía. Quiso gritar, no pudo. Sintió que alguien la movía, pero no supo qué hacer, su cuerpo no quería reaccionar en ningún mundo y quedó para siempre ahí, atascada en una parálisis que creía que había aprendido a controlar, pero que la había dejado en el limbo para siempre.



De este lado no amanece



Nicole Bedoya Rodríguez Editora

Para mí, editar en Elipsis significó aprender sobre las posibilidades: las de una historia individual, las de la escritura y las de la vida. En un principio, me acerqué a este proceso con un afán por saberlo todo, afán de abarcar yo sola la totalidad del texto y sus posibilidades y afán de llevarlo rápidamente a otro punto, ojalá, a uno mejor. No creo que solo haya sido consecuencia de la pandemia el que este proceso resultara ser mucho más lento de lo que esperaba. De cada signo, cada palabra y cada opinión que dejé en la pantalla —muchas veces cuestionándome sobre los límites de mi función— aprendí no solo cómo tratar este texto, sino cómo quiero acercarme a la escritura de los otros, a los textos que llegan de plumas aprendices y a los que encuentro en grandes medios.



Nicole Bedoya Rodríguez • De este lado no amanece

Aquí aprendí a saborear la posibilidad y a celebrar las repentinas claridades. Marta nos dijo que en el momento en que somos editores de un texto, esa historia también es nuestra y debemos saber todo sobre ella. Editar a Andrea fue mucho más que enviarnos un archivo de ida y vuelta: fueron mensajes de voz interminables y largas confesiones en las que se nos confundieron la escritura y la vida. Creo que hallamos un punto para encontrarnos en el camino de la posibilidad. Lo que quiero decir, es que agradezco mil veces que Andrea no me haya entregado solo este cuento, sino la historia de su vida y su amistad. Creo que en el ir y venir de su escritura estábamos buscando desesperadamente mucho más que la posibilidad de esta historia. También buscábamos nuestras posibilidades: las de ella como autora y las mías como editora. No estoy segura de que aquí se concrete esa búsqueda, pero sí de que tenemos un mundo de posibilidades en la vida y, más importante, en las letras.



Andrea Restrepo Hernández Autora

asaron muchos años antes de volver a recordar la muerte de mi papá. Hace mucho no pensaba en los primeros quince minutos de mi vida sin él. Todos mis esfuerzos por ignorar ese sentimiento de culpa han sido en vano. Pasaron muchas cosas que él se perdió, tantas Lucías que nunca conoció y tantos momentos que no compartimos. Inhala. Exhala.

El sudor y la presión en mis manos aparecen cuando abordo el taxi. Ojalá pudiera cancelar mi viaje de trabajo y eclipsarme atrás de las cortinas del apartamento.

—Buenas tardes, dama. ¿A dónde nos dirigimos? —Me saluda el hombre al volante—.

Solo tengo ánimo para hacer un leve movimiento de cabeza y pedirle que me lleve al aeropuerto de Rionegro. Al bajar por la avenida 33, me parece escuchar la voz de papá que me dice dónde estamos y me enseña cómo la nomenclatura asciende dependiendo de los puntos cardinales. Glorieta de Santa Gema. La unión de la 76 con la avenida Bolivariana. Le gustaba contarme cómo la ciudad había cambiado: la construcción del metro, de nuevas vías y de grandes edificios. Ahora que lo pienso, cuando contaba esas historias su voz tenía un tinte de nostalgia. Recuerdo la Medellín tan distinta que vio morir a papá y que hoy añoro.

Nos detenemos en el semáforo de Unicentro. Hay una mujer sentada en la acera que ofrece dulces mientras trenza el cabello de su hija.

- —¿Señor, me colabora? —le dice al conductor—.
- —Ay, madre, yo no sé hacer trencitas.

La seriedad de su respuesta provoca la carcajada de la niña. Me sorprende el ingenio de su contestación, seguro que la mujer no tendrá más que decir ante una broma de esas, no le queda más remedio que unirse a las risas que luego se pierden entre el sonido de los motores.

De nuevo en marcha, solo puedo darle una sonrisa casi imperceptible a la ventanilla. Recuerdo a papá encontrándole gracia a todo lo que pasaba en su cotidianidad, imagino que algo así le hubiera respondido a la mujer del semáforo. La expiración me estremece la piel. El taxista me mira por el retrovisor.

—¿Le gustó el chiste? Quería sacarle una sonrisa porque la vi muy aburrida al recogerla —mi silencio suprime las posibilidades de una conversación—.

Mi sonrisa se desvanece. Me molestan los reclamos por mi mala cara, mi exesposo todo el tiempo lo hacía, pero es peor cuando son desconocidos los que pretenden hacerme reír. Suena mi teléfono y mi queja mental se interrumpe. Inhala. No quiero que otra llamada altere mis planes. Exhala. Lo pongo en silencio y dejo que el aparato se pierda en la profundidad de la cartera.

Esta mañana no sentía esta intranquilidad al hacer mi tinto mañanero. Deambulé un rato en pijama por la casa mientras pensaba en comenzar el día con arepa, hogao y huevos revueltos. Aterricé en el sofá y me imaginé navegando en una trajinera de Xochimilco, conversando con la gente para escribir mi artículo y tomando miles de fotos. Estaba muy emocionada por el viaje a México porque me encanta su comida callejera. Creo que mi felicidad líquida y negra iba por la mitad cuando la llamada de Martha cambió el curso del día. Usar maquillaje y tacones canceló la escritura de la crónica que debía terminar antes de salir para el aeropuerto. El desayuno perfecto lo reemplazaron vasos de tinto y agua, la crónica la siguen esperando en la oficina.

Al bajar por la avenida 33, me parece escuchar la voz de papá que me dice dónde estamos y me enseña cómo la nomenclatura asciende dependiendo de los puntos cardinales.

Durante veinte años he evitado cualquier velorio. Temo devolverme a los quince minutos que nunca resolví, el lapso que me revive sentimientos para los que no estoy preparada. Esa llamada lo cambió todo. Martha me dijo en el teléfono que don Evelio murió y no existían excusas para evadir su funeral. Antes de ser mi suegro, que por más me trataba como a una hija, don Evelio fue mi maestro en el periódico. Gracias a él aprendí el oficio. Lo menos que podía hacer era ir a darle un último adiós.

Llegué a la funeraria bajo el resplandor de once soles. Me hice sombra con las manos mientras me bajaba del carro y subía las escaleras del edificio. Al cruzar el umbral de la sala cinco vi la caja mortuoria, la llama de los velones opacada por la luz de los ventanales y las rosas blancas que le daban un brillo extra a la escena. En la primera fila del lado izquierdo estaban Ricardo, que llevaba la cabeza perfectamente afeitada y gafas oscuras, y su madre, sentada tan cerca como lo permitía la silla de ruedas a la que estaba atada. Me dirigí a un lugar libre en el bloque derecho, un poco más alejada de los asistentes.

No veía a Ricky desde la firma del divorcio en la Notaría Segunda hacía seis meses. Supongo que ambos compartíamos un deseo interno por terminar bien, por tomar algo una última vez sin discutir más de asuntos legales y por conversar de la salud de su papá. Al cumplir la cita en la notaría sin mirarnos fijamente creo que preferimos, intuitivamente, dejarlo así.

Lo veía tranquilo, aunque comprendía la posición en la que se encontraba. No fui la compañía reconfortante que seguro necesitaba. Mi prioridad fue ahuyentar la Lucía joven impulsiva. Me concentré en mantener la compostura en el velorio de su papá, hasta que fue insoportable permanecer en la sala después de que una mujer comenzara a cantar el Ave María de Schubert. Cuando soltó el primer vibrato, sentí flojas las costras de un llanto viejo. Corrí hacia el patio y me quedé mirando al cielo. Tragué aire para empujar el nudo de la garganta de vuelta a su sitio y tomé un sorbo de tinto áspero, que

me entró en reversa. Ya no veía el ataúd, pero los recuerdos guardados del funeral de mi papá llegaron a mi cabeza como un aguacero. Aturdida miré la hora y sentí alivio, solo faltaba cumplir con la misa fúnebre y todo acabaría.

Unos minutos después sentí una presencia a mi lado. Al voltear encontré a Ricky en silencio. No podía verle los ojos color almendra, pero la nariz lastimada por los pañuelos de las últimas horas me hizo imaginarlos brotados.

—Tienes una expresión terrible. Ya entiendo por qué no te gustan los velorios —me dijo—.

Ni siquiera él conoce mis razones porque poco supo de mi relación con papá. Si lo supiera, se me hubiera aligerado esta culpa reprimida a través de los años y hoy tal vez habríamos compartido una pequeña charla empática. Mientras en mi mente lidiaba con la tormenta reminiscente, me preguntó si podía llevarlo a la iglesia:

—Yo le digo a Jorge que se encargue de mi mamá. Tengo a todo el mundo encima y ya no lo soporto —me dijo casi susurrando—.

Hice un chasquido con la lengua y compartimos una espontánea sonrisa. Recordé el primer año de casados cuando nuestros ojos se desviaban cada tanto de sus ocupaciones para buscar con picardía los del otro. Me sentí en el sofá a su lado. Yo estaría tomando tinto y preparando mi próximo artículo. Él estaría descansando de su semana y comiendo los chocolates traídos de mi viaje. Luego de horas en silencio me levantaría, traería las llaves del carro e iríamos en busca de un asado. El taxi se detiene un momento, pero no le doy importancia. Prefiero volver al funeral, cuando accedí a la petición de ayudar a Ricky a escapar por un momento de su familia. Se sintió bien ofrecerle mi brazo para irnos juntos. Tal vez fue mejor que darle un pésame o preguntar cómo se sentía.

—¿En qué puerta la dejo?

¿Ya pasaron cincuenta minutos? Ni en sueños se llega a Rionegro en ese lapso ¿tanto llevo pensando? Le pago al conductor aun sin reaccionar a su sonrisa, le recibo mi maleta del baúl y le agradezco por haberme traído tan rápido.

—Qué bueno que no se desesperó con el trancón de San Diego —lo miro incrédula; supongo que, como diría papá, sin afán el tiempo transcurre más lento—.

Aún faltan un poco más de cinco horas para el abordaje. Cuando volví de la misa, un ataque de ansiedad comenzó a inquietarme. Hui tan rápido como pude, pero en este punto ya no sé si fue peor salir de mi casa. Es particular que hoy todos parezcan estar más felices. Las risas del camino me recordaron lo que temí en medio del silencio de mi apartamento. Definitivamente, no logré ignorarlas. Mi hostilidad siempre me funciona, pero ahora en el aeropuerto me molesta percibir que la gente esté tan risueña.

El sudor y la presión en mis manos no ha parado. Inhala. Los aeropuertos me recuerdan mi pánico a las alturas. Exhala. Siempre me ha gustado viajar y no sé desde cuándo comenzó esta pendejada de pensar que mis aviones se van a caer. Camino hacia el *counter* para liberarme de la maleta y moverme tranquila mientras abordo. Obvio, el lugar está desierto, sin filas ni personal de la aerolínea. No tengo otra opción que sumarle más peso a la carga que llevo. Por ahora, una buena comida me puede ayudar a apaciguar el vértigo y a calmar esta angustia.

Entro un restaurante vacío, pido lo primero que veo en el menú y espero en la mesa del rincón. Algunas mesas comienzan a llenarse y el restaurante cobra vida. Mi atención se centra en unos niños inquietos y su madre, que habla muy alto por celular. El momento de la comida siempre fue sagrado para papá. Era en la mesa donde nos reíamos de las trivialidades del día y tratábamos asuntos sustanciales. Le gustaba comer y saborear cada cosa. Aunque con su indisposición vinieran

la pérdida de peso, la intolerancia a ciertas preparaciones y el sabor metálico que le ocasionaban las quimios, ese momento siempre fue importante. Aún enfermo, nuestra rutina no cambió, aunque, ahora que lo pienso, creo que me dediqué a escucharlo más y a intervenir solo cuando me preguntaba cómo me había ido o por algún pendiente de la casa. Creo que una parte de mí presentía que su tiempo iba en cuenta regresiva. Qué estúpida fui, ese hubiera sido el lugar para preguntarle cosas como si tenía miedo a morir o si creía que se iba a recuperar. Tal vez allí hubiera entendido las señales que descubrían su miedo. Supongo que las preguntas aparecen cuando ya no hay quién las responda.

La mesa me sigue importando a pesar de la soledad, de la sencillez del plato o de los espacios que pueda dedicarle en mis viajes. Recibo mi orden y lleno el silencio con el sonido de los cubiertos. Fue en la mesa, en un almuerzo, cuando me dijo:

- —Ahora sí, mami, con este medicamento me quedaré calvo —y soltó una risa contagiosa—.
- —¡No! Serás un calvo más —le respondí, uniéndome a su burla de las ironías de la vida—.

Se negó a raparse y esperó paciente la caída pelo a pelo. Se reía cuando yo barría la espesa pelusa negra y me decía:

—Estoy mudando como los gatos.

Si papá hubiera sanado y recuperado su cabello, no sé hasta qué punto le habría gustado tener un yerno calvo. Otra ironía. Me duele recordar su fe en las recomendaciones de los médicos.

Termino mi almuerzo y siento el peso de una energía densa. Salgo del restaurante un poco mareada y el peso de la maleta no me permite

recuperar mis fuerzas. Me desespera que vengan tantos recuerdos. Aún no soporto que cada vez que pienso en papá solo puedo reprocharme por lo que ocurrió esa noche de domingo. Es como si mi barrera de concreto tan bien fraguada se estuviera agrietando. No puedo permitirlo, si mi barrera se va al piso, toda esta vida se derrumba detrás. Necesito ponerme en modo «viaje de trabajo». Presenciar un velorio no me hará traicionar, a mis cuarenta y dos años, la fortaleza que he adquirido. Me duele el brazo por esta maleta que está más pesada de lo que parece.

Mis obligaciones siempre me salvan de los embrollos. Encontrar cualquier mesa donde me pueda sentar para sacar mis notas y mi computador, será suficiente para concentrarme en el oficio. Antes debo deshacerme de esta maleta para no interrumpir mi escritura. En mi divorcio mi ritmo de trabajo jugó un papel importante: las historias ajenas abstrayéndome de mis problemas. A papá el trabajo también lo ayudó a olvidarse de la herida de perder su puesto en el comedor familiar, aunque al final, yo me uniera a su nueva mesa solitaria. Fue como una unión de dos soledades. Me gusta pensar que, con mi llegada unos años después, papá recuperó un pedazo de lo perdido, aunque con la cicatrización perdió algo de su alegría desbordante. Siempre he creído que un poco de apoyo, aunque sea tardío, nunca cae mal. Pero, aunque tal vez tuvo una última oportunidad de ser feliz, le fallé. No fui suficiente cuando fue más necesario. Me siento agotada de tanto arrastrar, estos recuerdos agobiantes que cobran un intolerable peso físico, parece que a cada paso la fuerza de gravedad se pone en mi contra. El counter está más lejos de lo que recordaba.

La vida de un periodista es muy agitada. Supongo que escogí una carrera semejante a la actividad de ser vendedor como papá. Prisas interminables. Largas temporadas fuera de la ciudad. Es como si todo se tratara de una huida permanente. En mi caso, se le suman jornadas enteras escribiendo artículos y poniendo la vida en función de la historia. Papá le diría con orgullo a sus amigos: «hermano, a la niña le está yendo muy bien desde que se graduó. Trabaja en *El Colombiano* y gana un sueldo muy bueno. Es muy dedicada desde jovencita, su vida es viajar y trabajar. Algo le tenía que sacar al papá. Yo que

pensaba trabajar toda la vida, mirá ombe, ella es la que me cuida». *De camino* al counter me topo con mi tienda favorita y me tomo un corto desvío. A pesar de que odio los aeropuertos, las tiendas son su mejor parte. Las que más me gustan son las que combinan música y libros, siempre encuentro material interesante para escribir mis artículos y distraerme en el limbo entre destinos.

Voy al fondo de la librería, donde el ambiente difiere al del mostrador principal. La luz es más tenue, el polvo está asentado y no hay mucha gente. En una de las paredes hay exhibido un cartel de Nino Bravo. Se dibujan en mi mente los vinilos de música clásica o los de otros cantantes de los años sesenta olvidados en las estanterías de mi casa. Papá era un hombre de manos toscas que trataba con extrema delicadez su equipo. Lo compró cuando era muy joven y fue su bien más preciado. Nunca me deshice de él, aunque jamás lo volví a prender. Amaba cuando papá sonaba sus discos mientras hacía el desayuno. Puedo escucharlo cantar a Joan Manuel Serrat o silbar las melodías de las misas solemnes, pero lo que escucho es el Ave María del velorio y siento terror. Salgo de la tienda dando pasos torpes porque mis ojos están nublados por las lágrimas.

Creo que escucho a alguien que me ofrece ayuda o a la señorita del mostrador diciendo «vuelva pronto» o «a la orden». Debí quedar como una antipática. Ignoro todo por mi afán de llegar al counter. Acelero el paso al darme cuenta de la hora. No tengo tiempo para esto. La maleta no me deja mover muy bien. Mi respiración se agita. Siento el sudor que baja por mi espalda y recorre mi rostro. Mis manos no pueden halar más. Me detengo un poco para recuperar el aliento y veo el counter cerca. Algunas personas esperan turno en la fila. Por fin llego.

Me paro en la fila y me quito el abrigo para liberarme del sofoco. Con el abrigo en la mano me siento aún más encartada. No hay dónde poner-lo. Siento la necesidad de recogerme el cabello y no encuentro cómo liberar mis manos. Cierro los ojos y trato de respirar hondo. Escucho a un hombre enojado en el *counter* de otra aerolínea. El hombre golpea el mostrador y revivo las sesiones del divorcio que no pude evadir.

En esos días necesité lo que papá tendría por decirme, nunca encontré su voz en mis recuerdos. Cuando llega mi turno me olvido de lo que pasa en el otro mostrador. Peso óptimo. ¡Qué alivio!

Al fin un poco más libre. Puedo caminar más tranquila, pero ya no sé qué hacer con el abrigo. Ya sin equipaje para arrastrar, imagino cómo hubiera sido mi vida con papá después del divorcio. Seguro se hubiera ido a vivir conmigo para reiniciar otra vida juntos. Se sentaría todas las mañanas en el borde de mi cama y me acariciaría el cabello, sin decir palabra, para despertarme. La casa olería a sus arepas de maíz licuado, soya y salvado de trigo; al fondo sonaría Rocío Dúrcal. Él adornaría mi porción con quesito de tienda, me serviría chocolate caliente y pondría el paquete de tostadas en el centro de la mesa. Esas mismas tostadas fueron reemplazadas durante la enfermedad por una cantidad absurda de tarros que terminaban en náuseas. Espanto ese recuerdo, siento frío en el cuerpo y me pongo de nuevo el abrigo. Vuelvo a fantasear con que, si él hubiera estado a mi lado, habría podido quedarme dormida a su lado en el sofá, mientras él velaba mi sueño frente al televisor encendido.

Me percato nuevamente de los ruidos molestos a mi alrededor. Tal vez un baño sea un buen lugar para escapar del sonido ahogado del ir y venir de maletas, de los avisos incomprensibles del altoparlante y del odioso zumbido que generan las conversaciones de tantos. Me molesta sentir las risas de todo el mundo amplificadas. Soy la única persona en el baño. No hay ventanas que hagan circular el aire. En las paredes blancas con decoraciones grises rebota el sonido del agua corriendo y de mi respiración jadeante. Habitación 501 de la Clínica Vida. Sin ventanas, paredes blancas y armario gris. Ahí estábamos papá y yo. La luz salía de las lámparas led del techo y del televisor a colores. Como aquí, no se diferenciaba el día de la noche. La Lucía del pasado aparece con el rostro húmedo y con la respiración convulsa. No hay vuelta atrás, no lo puedo seguir conteniendo. La algarabía imparable rompiendo la calma de esa noche de domingo. Es el fantasma de los primeros quince minutos sin papá.

En una de las paredes hay exhibido un cartel de Nino Bravo. Se dibujan en mi mente los vinilos de música clásica o los de otros cantantes de los años sesenta olvidados en las estanterías de mi casa.

Lucía ve en mi reflejo sobras de lo que fue su cuerpo y se reconoce en pequeños rasgos alterados por el paso del tiempo. Mira el par de canas que ya se asoman, la ropa de lino y encaje y el evidente deterioro en el dorso de lo que fueron sus manos de porcelana. No encuentra la expresión altiva de antes, casi no hay vestigios del temperamento de mamá que tanto perturbaba a papá. Me mira en silencio con expresión de angustia y sin trazas de lo que fue su algarabía esa noche de domingo. Retruena esa risa histérica que precedió la fatalidad. Nos vemos agotadas por la derrota. Miro al espejo irritada. Agoto la última gota de mis fuerzas para esquivar el torbellino que se me viene encima

Con mi edad dimensiono que no fui la única que lidió con los aprietos de vivir juntos. Él decía «en la vida todo es cuestión de adaptación»; hoy concibo las dificultades de tomar un papel que jamás pensó le correspondería y que le alteró tanto su ritmo de vida. Mientras salgo del baño, imagino a papá cargando con el peso de esa máxima, repitiéndo-la como una plegaria antes de dormir o después de alguna pelea. A pesar de todo, su semblante tranquilo no cambió. Supongo que imitar su sosiego, es de las pocas cosas que aún puedo darle. Supongo que así expío un poco mis yerros.

Ahora no solo me persiguen las risas del aeropuerto, sino que se le unen las del semáforo y mi carcajada que inició los quince minutos prohibidos. No miro a los ojos del guardia mientras le muestro el pase de abordar. Me quito el abrigo nuevamente para pasar por seguridad. Computador afuera de la maleta de mano. No hay nada metálico en mis bolsillos. Despacio, me visto y me aseguro de no olvidar ninguna de mis pertenencias. Cierro los ojos. Inhala. Exhala. Sigo mi camino.

Hoy no he tecleado ni una sola línea. No solo perdí mi día de trabajo, sino toda la concentración que tenía para ello. El impulso desapareció desde el momento en que mi mente puso un pie en el pasado. Al pensar en escritura mis papilas gustativas desean sentir la amargura del tinto. Son

alrededor de las seis y pico y, a través del ventanal de la sala de espera, veo cómo las lucecitas amarillas se prenden lento mientras el cielo gris se torna negro. Pienso en papá apoyado en la baranda del balcón del apartamento, la mirada serena perdida en la lejanía y medio cuerpo inclinado hacia el precipicio. Me gustaba apreciar ese espectáculo a su lado. Ver las luces desde esta sala vacía me hace sentir más sola que nunca. Siento una sensación turbadora de que la noche nunca tendrá fin.

La sala se llenó en los cinco minutos que tardé en comprar un café. Tengo que sentarme en una esquina lejana para sacar mi computador y mi libreta de apuntes. La hoja en blanco me recuerda al día que me mudé con mi papá. Tenía doce años y había decidido empezar una nueva vida a su lado. Cuando pequeña era natural vivir con mamá y estar con papá ocasionalmente. A veces veíamos estrenos los martes, con crispetas y gaseosa, o comíamos pizza uno que otro sábado, aunque él no lo disfrutara mucho, pero mi día favorito era el domingo. Iba a verlo jugar básquetbol temprano: corría, encestaba y bloqueaba macancanes. Esa imagen indeleble, de hombre sano y con energía inagotable, me impidió interpretar las señales en su cuerpo que se convirtieron, años después, en síntomas de una enfermedad terminal. Después de los partidos nos quedábamos solos para lanzar canastas, íbamos a nadar y terminábamos almorzando en el centro comercial. Cuando me dejaba en mi casa, creo que nunca me acostumbré a ver su figura lánguida perderse en el horizonte antes del atardecer.

La Lucía del pasado se ha apoderado de mis pensamientos y se empecina en contarme una vida que por momentos siento que no conozco. Me lleva a una tortuosa exploración de mis culpas y me obliga a imaginarme a papá en momentos donde nunca lo vi: en el bus de regreso a casa, con la atención fija en la ventanilla deseando la llegada del próximo domingo. O frente al televisor, viendo el noticiero de las siete para llenar su soledad. Nunca lo escuché llorar, pero ahora imagino que era común en su vida. Desearía reemplazar todas nuestras salidas de domingo por un poco más de tiempo viviendo con él.

El café intacto ya no expide humo. El límite de las montañas y el cielo ya no se distingue y el baile de lucecitas amarillas tiene una intensidad distinta a la de la ciudad. A pesar de sentirme amada y cómoda al lado de papá, significaba ya no vivir con mamá, adquirir responsabilidades del hogar y soportar largas horas de soledad forzosa. Cuando me fui, tuve la oportunidad de vivir en la ciudad y estudié en un mejor colegio, aunque no me gustaba donde vivía papá. Era un apartamento hecho de una madera lúgubre y marrón que mis hermanos llamaban «la pajarera», «la palomera» o «el rancho». Unos niños se ríen frente a mí con estridencia. Me parece ver la viva imagen de mis hermanos. Igual de burleteros, igual de molestos. Aún siento rabia con su inconformismo y con las formas de criticar lo que papá nos daba con tanto esfuerzo.

Anuncian el abordaje y no sé si el temblor de mis manos es por el miedo a volar o por la afección del pasado sobre mi cuerpo. Seco mis manos sobre el pantalón y el sudor no cesa. Intento ralentizar la caminata por el túnel de abordaje para prolongar la llegada al avión, aunque el sonido de las maletas persiguiéndome, me hace acelerar el paso. ¿Qué voy a hacer quieta durante cinco horas? Temo sentirme otra vez en esa depresión, de donde me saqué a la fuerza, para demostrarle a mi familia que superaría lo ocurrido. Todos esperaban que me adaptase, que no necesitara de nadie, que siguiera concentrada en mi progreso o tal vez me casara. Mi orfandad lo complicó todo. No es fácil cumplir con las expectativas que tienen de uno. Era cuestión de tiempo, un funeral fue suficiente para causar la implosión. La culpa nunca menguó. El dolor persiste. Los recuerdos volvieron. En la puerta vacilo. Inhala. Me fuerzo a entrar. Exhala.

A mi lado se sientan dos mujeres. Son madre e hija por su manera de tratarse. Espío la conversación de lo que serán sus vacaciones en Acapulco durante las próximas semanas. La relación de mis papás no quedó bien después del divorcio. Mi decisión tardía de irme con él cambió los roles. Como ella ya no podía compartir tanto conmigo, mantuvimos una relación de llamadas vespertinas, visitas de fin de semana y viajes ocasionales.

Las mujeres carcajean y mi algarabía del pasado viene a aturdirme. Hoy el mundo está confabulado para destrozarme.

Inhala. Intento pensar en mi itinerario de viaje mientras esto despega. Exhala. No logro concentrarme en nada distinto a cómo el avión desfila por la pista o en cómo empeora la tensión en las coyunturas de mis manos. Abro y cierro las palmas con rapidez sin lograr calmar la presión. Sigue el carreteo. Me pongo los tapones auditivos para aislarme del sonido de los motores y cierro los ojos. Inhala. El avión vibra. Exhala. La velocidad aumenta. Inhala y exhala. Mi corazón late con fuerza y me aferro a los brazos del asiento. Inhala. El avión despega. Mis ojos siguen cerrados y en el aire me tranquilizo. La velocidad crucero me lleva al asiento del copiloto de la camioneta de papá. Siento su manejar suave que evitaba mis mareos en las muchas curvas por las que andábamos. Me gustaba acompañarlo cuando manejaba. No le alcanzó el tiempo para cumplir con la promesa de enseñarme a conducir.

Pasan dos azafatas ofreciendo bebidas. Elijo un té frío para acompañar con una bolsita de maní. El avión se sacude, mi maní vuela por los aires y una azafata se agacha en medio del pasillo para recoger el maní. Hay otro sacudón, la primera azafata trastabilla, la otra se agarra de un par de asientos, se cerciora de que su compañera esté bien y comienza a burlarse. La azafata que está en el suelo se contagia de la risa y no logra ponerse de pie. La madre y la hija se unen al alboroto. Nadie para de reír y yo, aunque consciente de lo gracioso de la escena, solo me pregunto por el motivo del sacudón.

La azafata se levanta entre lágrimas de risa, con la cara enrojecida, y pide disculpas. Su risita aguda me taladra los tímpanos, aprieto los ojos y respiro profundo. La señal del cinturón se enciende. El capitán avisa por el interfono la entrada en zona de turbulencia, interrumpe el servicio y nos pide acomodar el asiento en posición vertical y plegar la mesita del frente. Las azafatas se van y se escuchan sus cotilleos. Respiro hondo, me masajeo la sien y muevo la cabeza para distender los músculos de mi cuello. Inhala. Exhala.

Todos esperaban que me adaptase, que no necesitara de nadie, que siguiera concentrada en mi progreso o tal vez me casara. Mi orfandad lo complicó todo. No es fácil cumplir con las expectativas que tienen de uno

Clínica Vida. Domingo. A las 7:45 p.m. llamé a mamá a contarle las novedades de salud de papá. Al fondo sonaba el canal de jazz y los *beeps* electrónicos marcando una débil cadencia. Comenzamos a reírnos a carcajadas, no recuerdo por qué. Me dolían el estómago y la mandíbula. A las 8:01 colgué el teléfono para evitar un regaño por mi algarabía. Me acerqué a la camilla a entregar los saludos de mamá y noté un único *beep* del monitor cardiaco aún conectado a su dedo anular. ¿Papi? Esperé el movimiento de su pecho que me tranquilizaba cuando en casa me quedaba detenida mirándolo, para revisar que siguiera respirando.

Nada ocurrió. A las 8:05 reaccioné y salí a buscar una última esperanza. Me paré a los pies de la camilla a observar los movimientos de la enfermera haciendo el chequeo. Le puso la mascarilla de oxígeno y él no se la retiró con necedad. El monitor cardíaco brincó una única vez. ¿Enfermera?

El silencio en la cabina lo interrumpe el rumor de una posible falla con el tren de aterrizaje. Nadie comprende lo que pasa. No hay comunicado. El mismo vacío en mi estómago, el de las 8:08 de aquella noche, cuando me sentí abandonada por primera vez. Me sentía fuera de lugar. Por culpa de una risa incontrolable, me perdí el último momento de su vida. Papá abandonó la camilla y no tuvo a quién decirle adiós. Una turbulencia fuerte sacude el avión. La cabina se llena con gemidos de los pasajeros, así como las quejas de dolor de papá su última noche en «la palomera» antes de internarse en el hospital. Lo observaba impotente desde la puerta y notaba cómo cada «ay» tumbaba los velos de mi ingenuidad. Cada «ay» fue un reproche de la vida que me culpaba por no haber hecho más. Inhala. Noto que sobrevolamos lo que parece una ciudad costera. Debe ser Panamá. Exhala.

Siempre supe que me iba a pasar algo así. Inhala. El corazón se me pone a mil. Vuelve la presión de las manos. Exhala. El vacío del estómago se me llena con temores, así como, en esas lejanas 8:10, el vacío que produjo la orfandad se llenó de arrepentimientos por haber sido una hija mediocre. Por las veces que dejé a papá marcharse solo. Por los desplantes cuando

escogí estar con amigos. Por las oportunidades en que preferí ignorar los bultos de su espalda. Por no ayudarle a cortar sus uñas o no hacerle comida cuando llegaba cansada del trabajo. Por la Lucía del pasado saliendo tan campante de la habitación, creyendo que el hospital sería un episodio pasajero. La última desidia: la única hija en la habitación, pero sin realmente estarlo. Las mujeres a mi lado tiemblan, tomadas de las manos. Con un sacudón más, mi pánico incrementa. Inhala. Me siento más mortal que nunca y me invade un calor intenso. Exhala.

A las 8:13 otro remordimiento más. Los moribundos necesitan de susurros y quietud. Papá no obtuvo eso, sino la banal risotada que emití en el momento justo que moría. Me voy a morir aquí y la vida no me alcanzó para remediar todas mis faltas. Nunca me tomé en serio palabras como oncología o melanoma y aún me estremece imaginar la frase que inmortalizó esos quince minutos. Lo macabro del simple «mi papá murió mientras yo estaba riéndome» me provoca escozor. Si al momento de morir necesitó algo, no tuvo a quién pedirlo.

El interfono se abre y la voz del capitán nos confirma un aterrizaje de emergencia. A las 8:15 las enfermeras confirman mis sospechas. Más que eso, certezas. Yo ya venía enfrentando su ausencia definitiva por diez minutos. Vivir con él no fue suficiente. Estar ahí no bastó. Solo fui otra hija apática. Tuve que iniciar mi vida sin papá y el primer movimiento fue llevarme su aroma de las paredes y los cajones. Cinco minutos para desocupar el lugar que habitamos desde un día trece o durante trece días, no lo tengo muy claro. Cinco minutos para llenar las bolsas con la culpa y esconderla para siempre como un secreto. Otros cinco minutos después, el cadáver de papá desapareció de mi vista y el tiempo hizo una pausa de veintidós años.

Inhala. Vamos en picada. Cierro los ojos con todas mis fuerzas. Exhala. Veo a papá llegando con su maleta *Samsonite* negra de un viaje cualquiera, una mañana cualquiera, sonriéndome desde el quicio de la puerta de «la palomera». Se abren más vacíos en mi estómago. Inhala. ¿Y si mi risa le permitió mantenerse así? ¿Y si al morir el cuerpo, el alma guarda el

último sonido escuchado y durante la eternidad su eco retumba? Papá se aleja con su maleta y me sonríe. Exhala.

Me entrego a lo inevitable. Para la muerte no existen acciones ni razones que valgan. Siento náuseas. Inhala. Los que conocíamos bien a papá, sabíamos de su manera particular de verle gracia a la vida. Papá hubiera tratado de asomar sus dientes amarillos de manera genuina, así no tuviera fuerzas para más. Si no hubiera estado tan deteriorado, tal vez se hubiera burlado de mi torpeza al reír y me hubiera dicho unas últimas palabras «siempre feliz». O probablemente, hubiera hecho un último esfuerzo para halarme y posarme sobre su pecho débil. No le hubiera importado perder un poco de aire con tal de acariciarme por última vez. El beep constante comenzaría a sonar, yo le hubiese arrebatado ese último aire y su sonrisa se desvanecería al compás de los latidos del único corazón activo de la habitación.

El avión tiembla y parece que las ruedas chocan con el pavimento de la pista de aterrizaje. Silencio. Inhala y exhala. Parece que el avión rueda a toda velocidad. Abro mis ojos lentamente. Me miro las manos y la presión la reemplaza un temblor incontrolable. Mi corazón va a millón. Inhala. Miro hacia la izquierda y veo a la madre dándole un beso fuerte a su hija. Exhala. Ya no hay sensación de vacío insoportable. Papá se hubiera reído con esta historia. Siempre se burlaba de mis paranoias. Siento una contracción olvidada en mi rostro. Vuelvo una última vez a los quince minutos más largos de mi vida. Escucho una vez más la sentencia del final de una lucha fallida. Papá es declarado muerto y esta vez concluye la pausa interminable. El avión sigue desfilando por la pista de aterrizaje. Comienza un jolgorio, mis ojos se entrecierran, mis pómulos se levantan, los hoyuelos de los cachetes se enmarcan. Le sonrío a las lucecitas amarillas del otro lado de la ventanilla del avión.



Tito S. Martínez y Deiver Juez Correa

Dinosauria

Dinosauria



Deiver Juez Correa Editor

Hasta hace muy poco tiempo, la edición no estuvo dentro de mis búsquedas artísticas y personales. Era tan solo un conocimiento vago de sujetos invisibles —o invisibilizados— que permanecían a la sombra de los escritores. Sabía, por ejemplo, que Rulfo, Bolaño y Sábato tenían editores, incluso García Márquez y Vallejo, pero poco se sabía de esos primeros lectores. En el mejor de los casos, sus nombres han estado relegados en las páginas de créditos, en letras diminutas, casi imperceptibles. Quizá muchos hemos construido-interiorizado una imagen del editor como aquel que es experto en gramática y puntuación, que corrige la ortografía y la sintaxis, las comas y los puntos. Es probable que esta idea tenga que ver con el desconocimiento que impera sobre el oficio de la edición. Yo, en parte, también lo creía, por lo menos al principio. ¿Qué hacen, en realidad, los editores? Un editor propone, sugiere, pero, sobre todo, hace preguntas; genera interrogantes (cual detective) sobre la estructura, los diálogos, los tiempos verbales, la construcción de los personajes, la descripción de los espacios y, en general, la verosimilitud del texto.

En todo este proceso, la edición se convierte en un diálogo asertivo con el escritor en el que la comunicación es siempre respetuosa y franca.

Un editor es un gran lector. Es capaz de establecer relaciones entre y con otros textos, conoce los géneros y las formas, las técnicas y los métodos. Ello permite tener una visión más amplia para preguntar, en un intento por entender las necesidades del texto. Un editor, como todo buen lector, es un gran observador. Pregunta por todo, por pequeño e insignificante que parezca. Observa con detalle. Analiza, examina, indaga y reconstruye el texto para entender sus lógicas internas. Sin embargo, no existen principios ni fundamentos en la edición. Cada texto es único, con sus propias características y particularidades. Solo hay una regla que no admite discusiones: el texto no se toca, ni se modifica: únicamente se hacen comentarios al margen y una impresión general al final, sin corregir siguiera un solo punto o una coma. Este protocolo, por simple que parezca, deja entrever el enorme respeto que se tiene hacia el texto mismo y hacia el escritor.

A pesar de todo, aún es difícil para mí definir este oficio en palabras. Se me ocurre pensar que editar es intuir. A veces no se tienen los argumentos, pero ya sea por el ingenio y la sensibilidad, o por el instinto y la sospecha, surge una idea, una especie de corazonada que puede aportar mucho a la trama. Y eso es válido, siempre que esa intuición se comunique al escritor de manera asertiva. Entonces sí, editar es en parte intuir. Por eso es también, como la escritura, un acto creativo.

Me gusta pensar que la escritura es, como el cine y el teatro, un arte colectivo más allá de la experiencia creativa individual. No es solamente quien escribe, sino también quien lee y edita. Dentro del proceso de edición de *Dinosauria* me encontré con muchos temores e inseguridades. Editar es enfrentarse acaso a una lectura de sí mismo, de los conocimientos y los referentes. Afortunadamente, en este camino, lleno de retos y aprendizajes, se ha ido moldeando una idea menos ambigua del trabajo del editor.

En general conozco muy pocos proyectos editoriales que le den la misma importancia a la escritura y a la edición. El solo hecho de que el nombre de los editores esté junto a los escritores en la portada del libro, como producto final de todo el esfuerzo y el proceso de aprendizaje, es un acto simbólico para visibilizar un oficio tan importante y necesario. Por eso guiero agradecer al British Council por desarrollar e impulsar Elipsis como un programa formativo para jóvenes editores y escritores. A Marta Orrantia, por llevarnos de la mano en este camino, por compartir su experiencia y conocimiento. A todos y cada uno de los involucrados en este proyecto, a los que trabajan entre las sombras, como los editores. A cada de uno de mis compañeros, ahora amigos del alma. Y en especial, a Tito, por el privilegio de ser su editor.



Tito S. Martínez Autor

Bastaba con echarles una mirada a las gallinas de mi tío Manolo para recordar que esos animales descendían de los dinosaurios. Eran gordas y de patas gruesas, lo que hacía que caminaran con cierto bamboleo aplastante por el gallinero, tenían picos fuertes con los que quebraban las ramas de los árboles de noni del patio cuando el tío las dejaba vagar por ahí y no parecían haber aprendido a cacarear. Este último era el detalle más extraño; preferían el silencio. Quizá en un intento por recordar cómo rugir con sus gargantas de gallina.

Durante mi única visita a su casa, una de las gallinas de mi tío puso un huevo en silencio; solo se sentó ahí en la buhardilla, a un metro del suelo, con la mirada pegada en mí (o eso me pareció) mientras agitaba las alas como intentando emprender el vuelo. Por un momento yo creía que lo haría e imaginé todo lo que tendría que decirle a mi tío, que debía estar orinando en ese momento o recogiendo los bultos de maíz del cuarto que usaba como depósito. La Marciana se ha ido, tío, se ha ido volando a quién sabe dónde, ¿a París? ¿a Chocó?, se fue volando al oriente, migró, ¿pero a dónde migran las gallinas? Y me quedé en todo esto hasta que la Marciana detuvo su aleteo y bajó de la buhardilla con un salto que le clavó las patas sobre la tierra húmeda. Allí donde había estado ahora había un huevo, brillante a la distancia por el contraste con la madera negra del gallinero. Cuando mi tío volvió no le dije nada, él simplemente regresó a la silla que había puesto a mi lado y encendió el porro que habíamos dejado a la mitad.

El tío Manolo se quedó sentado los segundos que necesitó para soltar todo el humo y luego volvió a su trabajo. Entró al gallinero y recogió el huevo que la Marciana acababa de poner, con un trapo lo limpió de la mierda y las plumas que se le habían quedado pegadas y lo guardó en la nevera. Luego volvió y les abrió la reja a sus cinco favoritas, que chocaban entre ellas en su afán de salir al patio. Mientras las cinco gallinas se amontonaban contra la puerta para salir, las demás paseaban con una actitud más bien tranquila, se movían cómodas dentro del enrejado que ocupaba más de la mitad del patio. Aun así, me explicó el tío, cuando las cinco gallinas no salían por mucho tiempo, el ambiente dentro del gallinero se ponía violento. Los descuidos le habían costado dos gallinas más bien pequeñas, que entre las cinco habían matado a picotazos, y varias alas rotas y ojos magullados entre las más calmadas.

Ya afuera, algunas gallinas picotearon las hojas de los árboles de noni y otras escarbaron el piso con una fiebre desesperada, que me hizo preguntarme si acaso podían saber dónde estaban los gusanos o todo ese esfuerzo era por algún tipo de corazonada. Las demás gallinas permanecieron dentro del gallinero sin demasiado problema, se esculcaban las plumas entre ellas, tomaban agua de un balde puesto en una de las esquinas y paseaban dando rondas por la reja para mirar a las otras cinco corretear del otro lado.

El patio por donde andaban las gallinas era el centro de la casa y no tenía más que los árboles de noni y rastros de las plantas que mi tío intentaba cultivar y que las gallinas le impedían. Cuando las dejaba salir, las gallinas rondaban por el patio escarbando los lugares donde había plantado nuevas semillas y, si acaso alguna lograba crecer unos centímetros sin que ellas se percataran, la arrancaban cuando les llegaba a la altura de los ojos o picoteaban las hojas hasta que se secaba por el sol. «Pero es dejarlas salir o que maten a las otras», había dicho mi tío cuando me las mostró. Si en realidad venían de los dinosaurios, esas cinco gallinas tenían algo de depredador, de tiranosaurio rex, y no se les podía tratar como si nada.

De alguna forma, esas gallinas parecían negarle a mi tío la posibilidad de cambiar en lo más mínimo esa casa que compartían. El terreno se extendía a lo largo, con el patio y el lavadero dividiendo la casa en dos partes. El frente, donde estaba la fachada de la casa, la sala abierta hacia el patio y los cuatro cuartos que componían la construcción; y la parte de atrás, donde estaba el gallinero hecho con madera oscura y rejas de alambre grueso. Todas las mañanas el tío Manolo tenía que dejarlas salir para que las gallinas estiraran las patas y caminaran por ahí o empezaban a picotear las rejas y a pisar los huevos que habían dejado las otras. Aun así, eran animales torpes y requerían demasiada atención, por lo que mi tío ponía dos sillas en la frontera invisible entre la sala y el patio, y recibía las visitas mientras cuidaba que ninguna entrara en la casa.

Mientras estábamos ahí sentados, jugábamos a ahuyentar a las gallinas con patadas al aire y gritos de chite. Si se acercaban demasiado les soplábamos el humo en la cara y las veíamos agitar el cuello de un lado al otro para salir de la humareda. Entonces se detenían y nos miraban alternamente con cada ojo, lo que parecía transformarles la expresión de confusión en una amenaza. En algún momento la Carolina, que era la única de plumas oscuras, saltó al lavadero y tumbó un balde lleno de ropa sobre el patio. Las demás observaron todo por un instante y luego se lanzaron sobre la ropa. Mi tío y yo comenzamos a levantar con cuidado todo lo que se había caído, pero algunas ya habían echado a correr con prendas en los picos.

Hice un esfuerzo por recordar los nombres de las cinco gallinas, que mi tío me había dicho antes, para llamarlas como perros, pero pronto me di cuenta de que era una idea estúpida. Perseguí a la Martina, que se había enfermado de algo que mi tío no supo explicarme y ahora caminaba renca de una pata, hasta tenerla contra las rejas del gallinero. Mi tío alcanzó a otras dos y les quitó la ropa mojada de los picos, pero la Marciana había llegado hasta un árbol y ahora nos miraba desde las ramas más altas con una media agarrada como un gusano gigante. El tío Manolo la miró con una mano cubriéndose la cara del sol y por un momento sonrió con lo que me pareció algo de derrota en la cara.

Cuando las gallinas se distraían paseando por el patio yo intentaba hablar con mi tío y contarle por qué estaba allí. Había viajado desde Bogotá la noche anterior y planeaba quedarme en el hotelito que había encontrado en el pueblo el resto de la semana. Esa era mi forma de no ejercer presión, de permanecer distante y precavido para no incomodar al tío Manolo; al fin y al cabo, nunca habíamos sido realmente cercanos. Para mí, el tío era un chisme más que cualquier otra cosa. Yo había llegado hasta allá por un impulso que no podía terminar de explicar. No había visto a mi tío Manolo desde hacía años y lo único que sabía de él eran las cosas que hablaban mi mamá y los demás tíos. En los álbumes familiares, que mi mamá quardó cuando vendieron la casa donde todos habían crecido, había fotos del tío Manolo cuando era más joven. Siempre llevaba el pelo corto y posaba de una forma despreocupada, casi sin mirar a la cámara; en las fotos, que en su mayoría eran de juventud, el tío Manolo no era muy parecido ni al tipo de mi infancia ni al de las gallinas: tenía un bronceado terso y en algunas fotos un bigote que le daba algo de bromista. Todo muy distinto al viejo flaco y desgastado del que hablaba mi mamá, preocupada cada vez que iba a visitarlo.

Por esas fotos y las historias de la familia era que yo sabía de la temporada en que dejó la universidad para hacerse cambalachero y viajar por el país en una moto prestada, de sus años en la Flota Mercante China y de su retiro final a la casa con las gallinas. La vida de mi tío, que había estudiado filosofía unos años y luego había decidido hacerse escritor y dejar todo lo demás de lado, estaba llena de teorías y explicaciones tontas que mi familia se daba entre sí para ponerlo en algún lugar de sus cabezas. Era el segundo de once hermanos, el primero en fumar a escondidas en el lavadero de la vieja casa según mi mamá, el que alguna vez había matado a golpes al perro que mordió a una de mis tías, el que casi se había ahogado tres veces y siempre le traía muñequitos de porcelana a la abuela cuando viajaba con la Flota Mercante. La mancha de mi tío se extendía sin forma en cada comentario de la familia, era una historia de terror llena de versiones, apenas un chismerío con gorra y pantalones. Los pocos comentarios que escuché mientras crecía volaban en discusiones aparte, en pequeños recuerdos, nunca eran el tema central.

Tito S. Martínez • Dinosauria

Tal vez por eso la imagen del tío Manolo era poco clara, las historias que contaban los otros tíos parecían advertencias, todas narradas con un tono bajo y preocupado, como si los vecinos no pudieran saber que estaban hablando de él. Tal era el hueco que dejaba mi tío en la familia, que entre primos inventábamos historias sobre él para pasar el aburrimiento de las reuniones. Había matado a un amigo por accidente; lo había matado porque le debía plata; en sus viajes había encontrado una huaca y no quería compartirla con la familia. Pensar en el tío era llenar los silencios de la familia y nos divertía tanto inventarnos sus aventuras que, las pocas veces que aparecía en una de las reuniones, preferíamos no hablarle para que así no tuviera posibilidad de desmentir la vida que le habíamos creado.

Cuando decidí viajar hasta Acacías para verlo yo estaba terminando la carrera de Literatura y acababa de publicar mi primera novela. En la ciudad ya había dado algunos conversatorios y mis amigos se habían alegrado con el libro en las manos, pero todo se había sentido terriblemente pasajero y formal. Varias personas de la familia habían ido a comprar el libro y me enviaban fotos de él, pero nunca llegaron comentarios. Sentía cómo la emoción del momento empezaba a desaparecer y, en lo que al principio creí que era un intento por buscar una persona que se alegrara conmigo, pensé en mi tío. El único otro escritorcito de la familia, igual de ignorado, con una obra tan olvidada como la mía.

Le pedí a mi mamá la dirección de la casa en Acacías y luego reservé todo para verlo. La plata era lo poco que quedaba del anticipo de la editorial y yo, en secreto, me divertía pagando aquel impulso con mi sueldo de escritor. Durante el viaje me repetí varias veces que iba allí en busca del verdadero tío, uno libre de todas esas historias que contaba mi mamá. Pero quizá todo eso importaba muy poco, e incluso tiempo después de que mi tío desapareciera seguí ignorando el impulso literario que me movía a hacer todo eso; la necesidad que tenía de hacer de mi tío un espejo, la meticulosidad con la que lo había convertido en una trama de misterio o en algún tipo de punto para poner en el mapa y correr tras de él.

Me movía un ardor incesante en el estómago, un impulso loco por saber algo de mi tío que fuera real, algo libre de las palabras del resto de la familia, pero solo encontré algunas fotos.

Los días antes de viajar estuve buscando pistas entre las cajas que mi mamá quardaba de la vieja casa. Me movía un ardor incesante en el estómago, un impulso loco por saber algo de mi tío que fuera real, algo libre de las palabras del resto de la familia, pero solo encontré algunas fotos, un manojo de cartas que el tío había escrito desde el extranjero y unos casetes marcados con su nombre, que no encontré cómo escuchar y que se perdieron en una mudanza —años después de que el tío desapareciera— sin salir nunca de esa caja. Releí las cartas hasta aprenderme todos los detalles: la forma ordenada en que las escribía (una página de noticias e historias para su madre y luego un párrafo de tamaño variado para cada hermano que aún vivía en la casa); los dibujos de letras chinas en los márgenes de las páginas, que seguro había copiado en alguna calle o quizá del lomo metálico de los contenedores de la flota; la constante insistencia en que sus hermanos salieran a la calle. Todo seguía acumulando a la imagen del tío Manolo que, más que aclararse, parecía hincharse como un globo, desdibujando su forma cuanto más crecía. Lo que más llamaba la atención era el tono con el que escribía las cartas, mecánico y extremadamente cariñoso a la vez. Sabía que las leerían todos juntos en la sala, así que se encargaba de mencionarlos a todos, de no olvidar preguntar por el colegio de los menores y por la salud de todos los parientes; con algo de esfuerzo, el tío de las cartas parecía interesado por mantener los deberes familiares y mantenerla unida.

Las anécdotas que les contaba a sus hermanos llegaban un poco en código, con referencias a viejos vecinos, parques y calles de las que él mismo parecía dudar, pequeños detalles que a mí no me decían nada. Al final las cartas tomaban un tono melancólico y misterioso, insistía en la necesidad de quedarse a bordo, de seguir viajando hasta encontrar lo que buscaba o siquiera saber qué era eso que buscaba, pedía plata. El tío Manolo, que según los otros era un vago y según yo un escritor, tenía de pronto un tono que no había podido calcular antes; sonaba como un perdedor, como un náufrago en la mitad del Pacífico o un boxeador de esos que no saben cuándo parar.

La pelea por su regreso parecía ser un tema repetido. En las cartas discutía con su mamá e intentaba explicarle que no lo haría, todo en un tono evasivo como quien no quiere decir qué es lo que pasa. Las fotos que enviaba, en cambio, tenían pequeñas descripciones del viaje en un tono extremadamente festivo y alegre. Eran formas exageradas con las que intentaba mostrarles que todo estaba bien: hablaba de los edificios y los barcos que aparecían detrás de él como piezas irremplazables de su vida, verdaderos regalos del mundo, monumentos místicos en los que encontraba un nuevo sentido, todo con la sola intención de que lo dejaran en paz. Luego, en algún momento que las cartas no me dejaban calcular con certeza, la discusión terminó y el tío Manolo empezó a escribir tras las fotos que enviaba pequeñas frases de Los viajes de Gulliver y Las cartas persas, novelas de viaje que seguro leía en su camarote. Las cartas seguían hasta unos meses antes de la muerte de mi tío Juan Carlos, que era el mayor de todos; según mi mamá la noticia se la habían comunicado al tío Manolo en una llamada internacional a la mitad de la noche y, luego de que la abuela le ordenara volver, mi tío dejó de escribirles.

En eso se pasaron los días antes de mi viaje. Las pocas señas que mi tío había dejado atrás no alcanzaban a darle sentido a su imagen, pero aun así resultaba mejor que preguntarles a mi mamá y a los otros tíos, que lo visitaban de a turnos una o dos veces al año para llevarle ropa vieja o cualquier aparato que ya no utilizaran. Para ellos los papeles ya habían cambiado y el deber era ahora cuidar de su hermano, no dejar que muriera solo y perdido como tanto había temido la abuela. Las pocas veces que llegaban a hablar de él, todos se remitían a las visitas, a las tardes que pasaban con el tío y sus gallinas antes de montarse en el carro de nuevo y volver a Bogotá. Hablaban de su delgadez, del cansancio que se le había parado en los párpados, de las pilas de libros húmedos que acumulaba en la sala y que había que esquivar para llegar al baño o a la cocina. Todo siempre con un tono de preocupación, como si ellos sostuvieran la última soga que mantenía al tío Manolo amarrado a este mundo.

Cuando los escuchaba, algo en mí suponía que esas eran las mismas palabras con las que hablaban de mí o, peor, con las que esperaban nunca tener que hablar. Los escritorcitos de la familia, perdidos en sus libros, ajenos a la vida. Todo lo que me decían era una advertencia, una oportunidad más de no ser como mi tío, pero todo lo que decían solo me acercaba más y más, si bien no a él, a la fantasía agigantada que había creado en su lugar. Cuando finalmente llegó el día de mi viaje (todo en secreto, sin que el tío ni casi nadie sospechara algo), empaqué más libros que ropa, aún hipnotizado por la idea de conocerlo. Inventé varias excusas para pasar la semana sin contestar el celular y salí con la intención de no encontrarme con nadie que pudiera preguntar a dónde iba.

Planeaba salir lo más temprano en la mañana, pero los estudiantes habían ocupado toda la 26. Acompañé la marcha con algunos amigos hasta estar cerca al terminal y me despedí de ellos con un abrazo. Ya en el terminal me dijeron que los únicos buses saldrían en la noche por culpa de las protestas. Había empacado una copia de mi novela para dársela, así que pasé la tarde entera leyéndome a mí mismo sin mucha atención, chequeando de vez en cuando cómo disolvían las manifestaciones en los televisores colgados en la sala de espera. El bus salió a eso de las ocho; viajábamos pocos, una mujer y su hijo se sentaron en las sillas del frente y pude ver cómo ella le cubría los ojos al niño mientras pasábamos por las estaciones pintadas y con los vidrios rotos. La realidad del viaje solo llegó a mí en la oscuridad de la carretera. Mientras el bus avanzaba rodeando las montañas, sentí como si algo se despegara de mí, como si cuanto más me acercara al tío Manolo más cerca estuviera de desaparecer por completo.

Me registré en el hotel ya muy entrada la noche y preferí esperar hasta el día siguiente para visitar al tío. El piso de madera mohosa rechinó todo el camino de la recepción hasta mi cuarto en el segundo piso. El niño que acompañaba al tipo de la recepción me llevó hasta allí mientras jugaba con las llaves en su mano y por todo el camino pude oler los insecticidas ya vencidos que colgaban de los tomacorrientes. En la habitación,

donde apenas cabía la cama sencilla y la mesa de noche llena de revistas viejas, armé un porro y me lo fumé por la ventana mientras miraba a la gente que estaba tomando en la tienda del otro lado de la calle. Era una esquina muy popular para un pueblo tan pequeño y por algún tiempo estuve buscando a mi tío con la mirada. Los que bebían en las mesas de afuera se reían y saludaban a todo el que entraba a la tienda, lo invitaban a sentarse un rato y le chiflaban mientras iba de salida si se negaba a acompañarlos. Intenté adivinar qué clase de persona sería mi tío. ¿Aceptaría sentarse con ellos? ¿Iría allí solo para eso? ¿Eran sus amigos o apenas los conocía de pasada? Mi mamá decía que el tío Manolo trabajaba como profesor de artes en la cárcel del pueblo, ¿era posible que lo rechazaran por eso?

Al final me aburrí de buscar a mi tío entre la gente de la tienda e intenté distraerme con el cielo, pero las nubes lo cubrían todo y después de un rato me fui a la cama para tratar de dormir. Acostado, me entró el miedo de que mi tío llegara a la tienda en el tiempo que yo utilizaba para dormir; después de todo, tenía fama de bebedor entre la familia y apenas eran las doce. Volví a la ventana y me sentí como un estúpido cuando vi que nada había cambiado, pero aun así contuve las ganas de orinar para no perderme lo que pasaba. Al final terminé durmiendo con la cabeza apoyada en la cornisa y los brazos como almohada. Cuando amaneció, el sol me golpeó de frente y tuve que volver a la cama para dormir las horas que me quedaban antes del desayuno. Luego de comer salí directamente a verlo; llevaba el libro dentro de una bolsa de supermercado. Cuando vi que me acercaba a la dirección que me había dado mi mamá, todos los lugares empezaron a ser invadidos por el fantasma de mi tío, por su presencia confusa e inexplicada. Frente a la droquería que quedaba sobre la principal, el restaurante de la esquina y la licorera donde compré cigarrillos, no dejaba de preguntarme si él había estado allí; buscaba una marca de su paso por esas calles, una pista que me dijera si en realidad estaba conociendo su mundo o apenas ocupando espacios que él ignoraba desde hacía años.

Frente a la casa me di cuenta de que no sabía qué decirle. Crucé la calle para estar del otro lado y encendí un porro para calmarme. Rodeado de humo, me quedé mirando la fachada. Sobre la única ventana que daba a la calle había pegados carteles de papas fritas y cerveza, que luego descubrí eran recuerdos del breve periodo en que mi tío intentó abrir una tienda. La pintura del frente se descascaraba a la altura del piso y alrededor del marco de la puerta, lo que dejaba grandes huecos de cemento entre el blanco sucio de la casa. Cuando la callecita estuvo sola, me asomé por las ventanas de la casa, pero parecía que no hubiera nadie adentro, lo que me hizo pensar que quizá el tío Manolo seguiría en sus clases en la cárcel, así que seguí fumando con los ojos pegados a la casa.

Después de estar sentado unos minutos en la acera, la puerta se abrió. Mi tío seguía igual que siempre, viejo de esa forma curtida que la familia atribuía a su vida de viajes, con el bigote despeinado y una gorra azul de letras naranjas con los colores gastados por el sol. Su cuerpo flaco se asomó por la puerta jalando una bolsa de basura que llevó hasta la esquina de la calle. Usaba botas de caucho y un overol azul lleno de manchas, amarrado por las mangas a la cintura. Se detuvo a verme cuando iba de vuelta con las manos libres y, por un momento (quizá era la distancia o el humo o el tiempo que ya me había cambiado), me miró sin reconocerme. Yo lo saludé con una mano como si fuera un barco al otro lado de la calle y le dije que hola, tío, cuánto tiempo. «¡Manuelito!», gritó mi tío, «cuánto tiempo, ¿usted qué hace por acá?». Le respondí que visitarlo, con el humo aún en la boca y las manos sudando. Me hizo una seña para que fuera con él y se metió a la casa sin esperarme. Dejó la puerta medio abierta y, cuando entré, mi tío ya estaba al fondo, lavando las perolas de agua de las gallinas.

Quería llegar a lo de la novela con un poco de paciencia y no parecer que iba solo para eso. Al entrar me detuve frente a todas las habitaciones antes de llegar a la sala abierta hacia el patio. La primera era una bodega llena de materiales de jardinería, anaqueles viejos que seguramente habían servido en la tienda hacía tiempo y los bultos de comida

y aserrín para las gallinas. Luego estaba el cuarto de mi tío, el estudio y, finalmente, la cocina. En todos los cuartos había un patrón de desorden que resultaba gracioso: pequeños caminos entre los objetos regados sin cuidado, apenas hechos por los pies en los intentos de alcanzar alguna cosa al otro lado del cuarto. El estudio era el más difícil de explorar. Las pilas de libros parecían torres en medio del cuarto, elevadas por unos ladrillos o cualquier cosa sólida pues, me dijo mi tío un poco más tarde, había temporadas de lluvia en que la casa podía permanecer con una capa de agua de algunos centímetros por todo el piso. Sobre la única mesa había un portátil que alguno de los otros tíos le había regalado para que dejara de usar su máquina de escribir (ahora polvorienta en la bodega del primer cuarto), un par de libros ya viejos y con las páginas dobladas y algo de loza sucia.

Desde el marco de la puerta, mi sombra entraba a la habitación y se extendía sobre los libros hasta tocar el sofá viejo que estaba en una de las esquinas. Encima de los cojines había un equipo de sonido, una cafetera y algo de ropa metida en una bolsa, todos regalos de mis tíos, cosas que habían reemplazado en sus casas. A mi tío todo esto parecía tenerlo sin cuidado. Cuando le pregunté me dijo que veía en esa costumbre un poco idiota y un poco piadosa el único intento de sus hermanos por entenderlo, así que nunca se molestó al respecto. «Igual yo vendo lo que traen y luego les digo que se me rompió», dijo ese día mientras me enseñaba una impresora que había traído la tía Lucía con la última caja. Pero con todo y la venta que hacía mi tío Manolo de lo que le traía la familia, la casa estaba llena de cosas que no eran suyas o que no usaba lo suficiente para llamar suyas. Licuadoras, colchonetas, mesas de noche y otras sobras de la familia estaban puestas por ahí, acumuladas en pilas contra las paredes o metidas en los armarios (uno de ellos también regalo familiar) del estudio y del cuarto de mi tío.

Cuando llegué a la sala, me detuve a mirarlo: estaba parado en el borde que la dividía del patio. Mi tío Manolo me agradeció que estuviera ahí y preguntó si había venido con mi mamá, lo que luego me hizo suponer que cuando me vio esperaba algún otro regalo de esos que le colmaban la casa.

Tito S. Martínez

Dinosauria

En todos los cuartos había un patrón de desorden que resultaba gracioso: pequeños caminos entre los objetos regados sin cuidado, apenas hechos por los pies en los intentos de alcanzar alguna cosa.

Luego se acercó a las rejas del gallinero y me presentó a sus gallinas. Pasó de largo por las que andaban con calma por el gallinero. No era que las ignorara, pero claramente no tenía que prestarles tanta atención; parecían más conformes y tranquilas que las cinco que seguían arruinando el patio con sus pisadas y sus picos. «Estas locas son mis compañeras», dijo, «esta es la Martina, esa es la Carolina, la de allí es la Clarita, la blanquita allá escondida es la Belluci y a la grande que está subida en el palo le digo la Marciana».

-¿Por qué Marciana? -le pregunté-.

—Ahorita que se acerque mírele las patas —respondió emocionado por mi interés—. Los dedos están unidos como los de los patos y las ranas. Es una gallina acuática o algo así, del planeta Neptuno.

Estuve esperando bastante tiempo a que la Marciana bajara de su palo para mirarle las patas, pero cada vez que la miraba, ella parecía percatarse y se quedaba allí, quieta, como si pudiera camuflarse como una fruta. Fue en ese momento que caí en cuenta por primera vez de la ausencia de cacareos. Desde que había entrado la casa seguía en un silencio casi campestre, apenas el ruido del agua del lavadero o las pisadas de mi tío sobre la tierra húmeda del patio, pero las gallinas parecían limitarse al ruido que hacían sus patas y sus aleteos.

Cuando el tío Manolo las dejó salir al patio y se fue un momento a la bodega, yo intenté acosarlas con algo de curiosidad para ver si les podía arrancar algún ruido, pero cuando ya tenía a la Clarita acorralada contra la reja del gallinero, saltó contra mi pecho en actitud combativa. Caí al suelo y me arrastré un poco para quedar a una distancia segura. La Clarita me miraba con su cabeza apenas ladeada y las alas medio abiertas; alrededor de nosotros las demás gallinas andaban de forma que no podía saber si acaso no les interesaba en absoluto lo que había pasado o si esperaban una orden de su amiga para lanzarse todas contra mí.

Me levanté rápido y volví a la silla. Mi tío regresó a la sala con algunas palas de jardinería y un porro en la boca. Me preguntó por Bogotá, por mi mamá, que si ya estaba de vacaciones o si me había escapado a visitarlo, y yo entonces le conté que había acabado la carrera de Estudios Literarios hacía unos pocos meses. El tío Manolo se detuvo por un momento a mirarme antes de dejar las herramientas sobre el piso; el humo entre los dos nos hacía esforzar la mirada para vernos a la cara.

- —Qué alegría —dijo, pero su cara parecía confundida en una mueca curiosa que me hizo suponer que mi mamá no le había contado nunca qué era lo que estudiaba o lo que quería hacer con mi vida una vez todo eso terminara—. Su mamá debe estar que se muere de la dicha.
- —Solo me gradué, tío. No es como que ya tenga trabajo o algo que me saque de la casa —respondí—.

El tío Manolo se rio un poco y empezó a hacer un hueco en la tierra. A su alrededor, las cinco gallinas seguían su marcha dispareja y silenciosa. La cojera de la Martina la hacía tropezar cada ciertos pasos y levantarse con la fuerza que podía imprimir sobre su cuello y la pata buena. El silencio de las gallinas se nos pegó por un rato y, en lo que él acababa el hueco, me conformé con mirarlas caminar. Luego me levanté para acercarme al tío y recoger una de las palas que había traído.

—¿Qué es todo esto que está haciendo? —pregunté—.

Un poco ahogado por el esfuerzo, mi tío dejó su pala clavada dentro del hueco y me llevó al estudio mientras recuperaba aire. Me dijo que el plan era ampliar el gallinero. Los animales ya estaban algo desesperados por el espacio y a sus cinco gallinas les había dado por picotear a las otras cuando mi tío tardaba en dejarlas salir al patio.

Extendió sobre la mesa una serie de planos dibujados por él. Según calculaba mi tío, perdería un poco más de la mitad del patio, pero las gallinas

tendrían más espacio. Podría incluso conseguir un gallo, algo que, dijo, no lo emocionaba realmente, pues eran ruidosos y temía que las gallinas empezaran a desorganizar sus rutinas por la adición de un macho en el gallinero. Pero lo consideraba más que nada por la insistencia de un amigo suyo, que prometía pagarle los cuidados del gallo si salía bueno para demostración o peleas. Además, con esa plata podría aprovechar y cambiar toda la reja, esta vez con un mejor material para que no se entrara nada.

- —¿Qué se puede entrar? —pregunté un poco sorprendido—.
- —La verdad, lo que más me preocupa son las chuchas. Hasta a los ladrones uno los puede asustar con el machete, pero esos animales...

Desde el patio llegó el sonido de la pala cayendo al suelo. Me asomé y vi a la Carolina, que se había subido a la punta y la había tumbado con el peso; por un instante la Carolina se quedó allí, con las patas aún agarradas al palo que había caído al piso. Luego las demás gallinas se acercaron y astillaron el mango con los picos. El tío Manolo guardó los planos como pudo en el bolsillo del overol y volvió corriendo para ahuyentarlas. Cuando salí detrás de él me quedé un momento atontado por la luz, que nos llegaba a través del mantel de nubes que cubría el cielo. Parecía como si la mañana se hubiera prolongado terriblemente. ¿En realidad llevaba tan poco tiempo en la casa?

El tío Manolo cavaba el primer hueco de nuevo, así que fui por otra pala y me puse a ayudarlo. Nos pasábamos el plano, medíamos los pasos. Había que cavar muy profundo para que los palos no se cayeran cuando las chuchas intentaran pasar por debajo del alambre.

- —¿En serio son tan peligrosas? —le pregunté—.
- —No se imagina. Vienen en la noche y se las llevan del cuello —dijo el tío Manolo mientras prendía otro porro en la sala y volvía al patio a tomar la pala—. A veces las jalan con tanta agresividad que dejan enredadas

algunas plumas; una vez incluso encontré todo el cuerpo de una. La chucha le había arrancado la cabeza intentando sacarla por un hueco que había en la reja.

—¿Y entonces? ¿Con esto basta?

—Toca esperar —dijo el tío—, quién sabe si vuelvan. Hace poco maté a una, un tiro y tenga. Ojalá al menos eso asuste a las otras. Todas vienen de esa puta construcción que están haciendo al lado. Llevan dos años, pero se les acabó el presupuesto a la mitad y la casa ahora está llena de esos animales. No hay cañerías, no hay red eléctrica, las pocas puertas que instalaron ya están mordidas y llenas de huecos. Las chuchas se pasan por la pared del patio, se comen lo que sea que yo deje por fuera y luego sí intentan con las gallinas. La que maté tenía el lomo como gris y los ojos le brillaban cuando le apuntaba con la linterna. Estaba lejos, ya metida dentro del gallinero, así que saqué la cerbatana y le di con un bodoque. Directo en el ojo, la técnica no se pierde. Antes de morirse alcanzó a chillar y a estrellarse contra las rejas. Eso no se imagina, Manuel, las gallinas se despertaron y estuvieron dando vueltas preocupadas; yo les sentía el miedo, la angustia de no saber a cuál se iban a llevar esta vez. No se habían dado cuenta de que yo ya las había salvado, que todo estaba bien. Me tocó esperarme hasta que se calmaran para entrar al gallinero a sacar la chucha, pero cuando llegué, el animal estaba hecho un pegote contra el piso. Le habían picoteado la boca y los ojos, le habían pasado por encima quién sabe cuántas veces en ese afán que les entró; cuando la jalé de la cola para llevármela, el animal se separó en dos y dejó un charco entre ambas mitades. Al final preferí botarlo todo, no me atreví a sacarle el bodoque como toca.

Intenté reír con el chiste del bodoque. Una broma pospuesta por años que ahora ya no podía parecerme tan divertida. Veía en su dedicación al patio y a las gallinas un acto de derrota, de fracaso. Había llegado hasta allá buscándolo a él, como si eso fuera a darme alguna claridad sobre mí mismo, pero no encontraba nada. Mi tío estaba atrapado, atorado en

su espera paciente de quién sabe qué. Ya llegaría el día de ser libre, ya llegaría el día de escribir su gran obra, ya llegaría el día de encontrar lo que sea que fue a buscar en la flota y que seguía buscado en el gallinero. Mientras tanto tenía a sus gallinas, a sus dinosaurios miniatura que, al igual que él, habían tenido el mundo a sus pies y ahora no eran más que animales inofensivos.

—¿Sí se acuerda, Manuelito? —insistió mi tío y se llevó una mano a la boca para imitar el llamado de los indios motilones—.

En realidad, ni él ni yo sabíamos cuál era el llamado de los indios motilones. Lo que hacíamos era el clásico ruido indio de las películas, aunque le agregábamos palabras sueltas para comunicarnos lo que pasaba alrededor. Era la única imagen de mi tío que creía verdaderamente propia. Su cara aburrida durante una Navidad, quizá la primera desde que había perdido el trabajo en la Flota Mercante. El tío Manolo había decidido subir a la terraza donde estábamos los niños, se había fumado un cigarrillo viéndonos jugar a los vaqueros y nos había dicho que éramos unos chinos maricas, que qué hacíamos jugando a los vaqueros yanquis, que teníamos que aprender a jugar a los indios motilones, así nos divertíamos más. «Es muy fácil», nos dijo, «todo lo que teníamos que recordar era que los indios motilones eran gente más bien tranquila, que no se peleaban entre ellos ni les gustaba andar corriendo de un lado al otro invadiéndolo todo; más bien su trabajo era quedarse protegiendo lo suyo, estar alerta, siempre despiertos, para cuando tuvieran que defenderse de los enemigos».

Luego esculcó dentro de los chécheres de la casa hasta encontrar un tubo y lo cortó en pedazos cortos, uno para cada sobrino. «Estas son sus cerbatanas», dijo, «si se les pierden, chinos, no hay cómo defendernos». Bajó de nuevo y sacó una resma de papel del estudio, la subió hasta la terraza, se sentó con nosotros y nos enseñó a hacer bodoques de papel. «Si uno quisiera matar al enemigo, solo hay que coger una aguja de coser y meterla a través de la punta del papel», nos dijo en voz baja, «pero no les digan a sus papás que yo les dije algo de esto».

Esa Navidad el tío Manolo nos enseñó a defender la terraza de los enemigos. Uno a uno nos enseñó a soplar por la cerbatana hasta que perfeccionamos la técnica de darles a las ventanas de los vecinos, a los carros que se parqueaban afuera y a los policías que pasaban con sus motos. Cada vez que acertábamos, el tío celebraba con el llamado de los indios motilones y todos lo seguíamos. Dijo que siempre había que hacerlo para que los demás indios supieran que nosotros estábamos defendiendo nuestra casa y así se acordaran de hacerlo también con las suyas. Nos dijo que cada vez que lo hiciéramos, él se acordaría y se pondría a lo mismo.

Esas vacaciones pasé todas las mañanas robándole hojas a la impresora para hacer bodoques que disparaba a la calle a la hora del almuerzo, cuando todos estaban viendo el noticiero. Al final mi mamá se dio cuenta porque las hojas no dejaban de desaparecer y la cañería frente a nosotros estaba tapada por pegotes de papel. El día que me encaró yo estaba en mi cuarto, sin camiseta y con la cara pintada para la guerra, apuntándole a una pareja que se despedía en la calle del frente. Le conté todo y ella inmediatamente llamó al tío Manolo para regañarlo. La llamada se hizo larguísima y yo me guedé encerrado en el cuarto, donde a ratos miraba la calle llena de bodoques aplastados y sucios mientras intentaba quitarme la pintura de la cara. Al final mi mamá me puso el teléfono en la oreja sin soltarlo y dejó que yo hablara con mi tío. Le pedí disculpas por delatarlo, pero él no mencionó nada al respecto; luego me dijo que mi mamá estaba brava por gastarme las hojas, que no me preocupara del resto, que le había dicho que solo era un juego. «Lo de las hojas igual sí es importante», dijo, «eso es un desperdicio y desperdiciar no es cosa de indios motilones. Uno tiene que lanzar la munición y luego ir a recogerla cuando ya hizo lo suyo, entre más cosas ha matado el mismo bodoque, mejor se vuelve».

—Si se queda unos días, Manuelito —dijo el tío mientras fumaba—, hasta de pronto podemos acabar esto y luego nos ponemos a cazar chuchas para que no jodan más.

—¿Unos días, tío? —pregunté. Mis ojos pasearon por el patio antes de mirar arriba en busca de alguna confirmación de que el día seguía su curso—. A este ritmo me toca avisar que no vuelvo este año.

—Bueno, sí. Quizá no acabar, no sé. Piénselo. ¿Quiere una cerveza?

El tío dejó la pala a un lado y fue hasta la cocina. En lo que traía las cervezas las gallinas se acercaron al hueco, picotearon y pisaron la tierra alrededor, y lo volvieron a tapar. Frustrado, clavé mi pala en el hueco y sentí cómo se enterraba en la tierra suave. Entendí así, en el silencio del humo y las gallinas, que esa tierra estaba ya revuelta, que no era la primera vez que esos huecos intentaban ser abiertos, que los palos esperaban hacía ya mucho tiempo el momento en que finalmente todo estuviera listo.

Cuando llegó con la cerveza yo seguía concentrado en las nubes. Pensaba en los indios motilones y en mi tío, que a escondidas de nuestros papás había decidido pasar ese día en la terraza enseñandonos a llevar la contraria igual que él. Recordé la forma en que, durante varios días después de esa tarde en la terraza de la vieja casa familiar, mi mamá preguntó sobre lo que el tío nos había dicho. En las comidas me preguntaba por nombres de viejos comunistas que yo no iba a escuchar de nuevo sino hasta la universidad para medir de qué nos había hablado, insistía en que eligiera un curso para tomar en mis tiempos libres y pareció obsesionarse con la pregunta de lo que quería ser cuando creciera. Con los años, me di cuenta de que algo en ella y en los demás tíos había empezado a temblar desde esa tarde en la terraza; sospechaban en alguno de nosotros la misma mancha que cargaba el tío Manolo, la misma suerte (la misma vida) de la cual ellos ahora tenían que cuidarlo.

- —¿Qué horas son, tío? —pregunté, mientras me pasaba la botella—.
- -Ni idea -me dijo, y empezó de nuevo a cavar-.

Le di un sorbo a la cerveza, la dejé sobre la mesa del cenicero y volví a tomar la pala. A mi alrededor las gallinas hicieron un poco de espacio y me dejaron llegar hasta el lugar donde debía cavar el hueco, el lugar donde seguramente mi tío ya había cavado una infinidad de huecos que ellas a su vez habían cubierto. En el patio, el sol golpeaba suavemente todo a través de la nube que se extendía con su blanco monótono por el cielo, así que mi sombra era apenas una mancha bajo mis pies que me seguía a cada paso. Con cada silencio en nuestra conversación, la impresión de que nada estaba sucediendo en esa casa crecía. Se acumulaban las colillas y la ropa se ensuciaba, pero nada más parecía cambiar.

- —¿Y qué tal la universidad? —me preguntó el tío después de un rato—. ¿Sigue en la mierda?
- —Nunca deja de estarlo —respondí—. Estos días hubo tropel y ayer hubo marcha, pero como siempre... La verdad es que ya no sé ni qué pensar con todo eso. Uno se acuesta todos los días y lo único que quedan son ganas de levantarse a hacer bombas.
- —¿Y se vino en medio de todo el alboroto, Manuel?
- —Ya lo había planeado antes, tío... el hotel y todo ya estaba reservado.
- —¿Se va a quedar en Villa Real? —me preguntó—. Hay menos chance de que se le caiga el techo si se queda aquí Manuelito. Ese lugar ya no es lo que era.
- —Ja. Igual que la universidad.
- —Igual que todo, ¿no? —respondió, mientras medía con las manos el hueco que había hecho. Luego se calló un momento y continuó—: ojalá no piense que soy un viejo aburrido pensando en el pasado. Tampoco es por decir que las cosas estuvieran mejor antes. Yo no sé si su mamá

le ha dicho, pero cuando yo estudiaba ahí... Bueno, la protesta es la protesta ¿no? Uno está emputado porque nadie lo escucha y todos se mueren y nadie dice nada. Eso lo que hay es ganas de romperlo todo, de agarrarlos a todos y estrellarles la cara contra los escombros y decirles bueno pues, ahora sí hagamos algo. Nada más imagínese todos esos buses que llevábamos hasta la plaza para quemarlos frente a la biblioteca —mi tío rio por un segundo, los ojos pegados al hueco de tierra que ya empezaba a crecer—. Qué pena, Manuelito, debo sonar-le como un viejo nostálgico. Yo en el fondo ya no le como mucho a todo eso, vea nada más cómo estoy. Aquí esperando a que algo pase.

—¿Por qué lo dice? —le pregunté al tío Manolo mientras espantaba a la Belluci con el pie—.

-Yo qué sé, Manuel. ¿Su mamá sí le ha dicho que yo dejé la universidad? Claro, seguro que sí. Eso siempre lo dicen. Yo me fui porque todo parecía estar yéndose al carajo, porque no creí que me quedara de otra. En primer semestre había empezado a ir a las marchas, a meterme a gritar a las asambleas, a pintar banderas y esas cosas. Ahí fue que conocí a Mireya y a un montón de gente más; ese año que yo entré muchos empezaron a participar, seguro porque era el 69 y la gente venía de leer quién sabe cuántas mierdas sobre París. En todo caso éramos un montón. Cuando entré a tercero yo ya pasaba más tiempo en esos colectivos que en clase. Nos íbamos unas semanas a caminar veredas, nos montábamos todos a las flotas con cajas llena de periódicos que imprimíamos en la universidad y pasábamos los días vendiéndolos en las plazas. Todos los días madrugábamos, nos repartíamos unos cuantos periódicos y salíamos en parejas a caminar. Yo me sentía haciendo cosas importantes, informando al mundo del futuro que se venía y no sé qué más vainas. La mayoría de gente nos aceptaba, eran otros tiempos y ser de izquierda o incluso comunista y esas otras cosas que nos decían empezaba a dejar de parecer algo tan llevado de la cabeza.

Tito S. Martínez • Dinosauria

Yo era algo penoso, pero por eso me iba con Mireya. Cómo hablaba esa mujer, con todos, sin tapujo. Una vez le dijo a una pareja de viejitos que alimentaban palomas que se fueran a la mierda. Así sin más, si no les gusta el mundo que queremos pues váyanse a la mierda, y luego espantó a todas las palomas que llegaban cerca de ellos hasta que se cambiaron de banca. De resto ella era mucho más guerida, les hacía conversación, les sacaba los nombres, los invitaba a las reuniones y siempre vendía todos sus periódicos antes de que yo acabara. Luego se ponía a vender los míos mientras yo armaba un porro o me sentaba a mirar a la gente pasar. Cuando veía a alguien joven o con cara de que nos iba a ayudar, yo hacía unas señas y Mireya se lanzaba a seguir vendiendo. Eso la hacía feliz: la gente, el contacto. Como ella era muy rápida normalmente nos quedaba tiempo para sentarnos en la tarde a fumar. Siempre buscábamos alguna esquina con vista a la plaza o a un parque para ver a los que empezaban a aparecer con el periódico en la mano. Cuando empezaba a atardecer veíamos a los demás llegar con sus parejas y nos poníamos a cantar o discutíamos sobre algún asunto del viaje mientras echábamos guaro hasta que la policía llegaba a sacarnos de donde estuviéramos.

El tío Manolo terminó el hueco que estaba haciendo y fue al estudio un momento para revisar en los planos la ubicación del siguiente. En eso, las gallinas se apretaron alrededor para asomarse a mirar el fondo de la tierra. Por turnos estiraban el cuello hacia el hueco y escarbaban en busca de gusanos. Yo me quedé allí mirándolas, a la espera de que pasara algo, y se me ocurrió que quizá eso era lo mismo que hacía mi tío todos los días: observar su presencia violenta, defenderse de ella a sabiendas de que todo eso era más bien un juego, una forma de perder el tiempo mientras llegaba el día, cualquier día, uno mejor. El cielo seguía nublado y la luz que llegaba hasta el patio no parecía cambiar, apenas nos golpeaba con suavidad por todos lados y dejaba bajo cada cuerpo esa sombra pequeñita y patética. Cuando volvió, el tío apartó a las gallinas dando golpes con el azadón contra el lavadero y empezó a hacer el siguiente hueco.

Cuando volvimos a la plaza a reunirnos con todos nos dimos cuenta de que tampoco estaban ahí. Rocío y Alfredo se habían perdido sin mayor pista.

—Una de esas veces simplemente me di cuenta —continuó—, de que con eso no era suficiente. Nosotros habíamos entrado con el ruido de Cuba aún por todos lados y eso nos había hecho pensar que todo se venía con un afán inminente. Vender periódicos, andar por el país pidiendo comida en las plazas de mercado, colgarnos de los camiones que paraban antes de los peajes sin que se dieran cuenta, todas eran cosas que uno podía hacer con más tranquilidad pensando en que en cualquier momento el hijueputa presidente se iba a descuidar jy tenga! íbamos a ganar. Pero no. No pasó nada, sigue sin pasar nada. Recuerdo que en una de esas estábamos todos por el Huila, en un pueblo que se llamaba San Isidro o San José o algún otro. Con Mireya ya habíamos dejado la universidad y en el grupo nos veían como parte de los viejos. Entre los que habían conseguido de primer semestre había una muchacha de Artes Plásticas, una mona que se llamaba Rocío y que comía chicle después de cada cigarrillo para que la mamá no la descubriera. Era la primera vez que viajaba con nosotros. No le iba mal, vendía lo suyo sin mucha dificultad y sabía hacernos reír. A Mireya le caía bien, así que ese día nos fuimos a buscarla a ella y a Alfredo, que era su pareja esa vez, después de vender nuestros periódicos. Si ya acabó nos sentamos con ella y si no pues la ayudo para que nos sentemos más rápido, me dijo Mireya esa vez. Pero por más que recorrimos la zona no los encontramos. Cuando volvimos a la plaza a reunirnos con todos nos dimos cuenta de que tampoco estaban ahí. Rocío y Alfredo se habían perdido sin mayor pista, nadie los había visto hacía ya varias horas. Los buscamos, intentando no llamar demasiado la atención en el pueblo: preguntábamos en las tiendas, hacíamos señales con las linternas junto a los potreros acordonados, volvíamos una y otra vez a la plaza esperando encontrarlos allí sentados.

Al final decidimos acampar otra noche en el pueblo para esperarlos, así que caminamos hasta salir por una vía lateral y montamos las tiendas en una vereda cercana para dormir. A la mañana siguiente encontramos una pila de nuestros periódicos junto a las vigas de un puente peatonal. Sobre una de las columnas habían escrito con pintura LÁRGUENSE YA. Para evitar que los volara el viento habían puesto los zapatos de Rocío

sobre los periódicos. Mireya fue la única que se acercó, yo me acuerdo con qué cuidado fue y los recogió, los limpió un poco y volvió con ellos abrazaditos como un bebé, luego todos nos fuimos de ahí. Estábamos hechos mierda, no sabíamos qué hacer, cómo explicarles a los papás cuando volviéramos, nada. De regreso a Bogotá, Mireya se separó del resto del grupo. Como yo vivía con ella, alcancé a verla unos días más, me imagino que mientras recogía sus cosas y pensaba bien a dónde irse, luego sí desapareció por completo. La última noche lloramos juntos. Ella aún tenía los zapatos de Rocío guardados en una bolsa y la abrazaba y me decía que ya no más, que todo eso que habíamos hecho y para nada, que un día podíamos estar haciendo la revolución y al otro simplemente perdérnosla por un balazo o algo. Yo intentaba calmarla, le agarré las manos con cuidado para que dejara de golpear las paredes, le prometí un millón de veces que todo iba a estar bien como uno hace cuando todo está hecho mierda, le consentí el pelo hasta que se durmió con la garganta ronca y los labios llenos de mocos secos. Quizá, en el fondo, ya me olía que Mireya se iba abrir del colectivo. La veía preguntando de casa en casa con los zapatos en la mano como el loco de alguna novela sobre la guerra y lo único que quería era salvarla del dolor, pero en el fondo sabía que ella tenía razón.

-¿Con qué cosa? —le pregunté—.

—Pues con lo de la revolución, Manuelito, lo de la revolución —me dijo—. Vea nosotros estábamos ahí vendiendo periódicos y no sé bien por qué todo se sentía posible. En Cuba habían tumbado al gobierno, la gente hablaba de socialismo y de revuelta, no solo aquí sino por toda Latinoamérica. Créame, eso lo sé porque era precisamente lo que publicábamos en el periódico; las reuniones de obreros en Chile, las marchas estudiantiles de Argentina, todo como algún rompecabezas que empezaba a encajar. Quién sabe qué nos pasaba en ese momento, pero esto de la revolución se sentía a la vuelta de la esquina. Uno cerraba los ojos, se iba a dormir o algo, y cabía la posibilidad de que ya hubiera pasado. La revolución. Así, con esa imagen vaga que ni sabíamos explicar.

- —Pero tío —le dije—, ahí seguimos en eso. Aún lo intentamos.
- —Sí, sí. Pero eso ya es más un sueño. La revolución que nosotros perseguíamos estaba aquí no más. Se veía venir en los cunchos del café y eso. Faltaba poco.
- -¿Y no será que aún falta poco? -dije, cortante-.
- —Entonces eso es que el tiempo ya no va para ningún lado. Yo lo he sentido así aquí, esa es pura sensación de pueblo. Vea nada más el cielo: el día no se mueve. Todo el tiempo trabajando en las gallinas, en que no hagan esto, en que hagan lo otro. Yo sigo aquí esperando que ese día llegue y yo pueda salir a ver la revolución andar por ahí como si siempre hubiera estado, pero seguimos como quietos en el día anterior.

El tío Manolo estaba terminando de cavar el segundo hueco cuando las gallinas ya habían tapado de nuevo el primero con sus patas. Al darse cuenta, el tío puteó al aire y las ahuyentó con las manos, pero las gallinas se alejaron apenas un poco y regresaron enseguida. Yo me acerqué y enterré la pala allí donde había estado el hueco para que no se acercaran más. Sus piernas de dinosaurio se detuvieron a medio paso y volvieron a caminar alrededor del patio.

Me quedé mirando hacia arriba intentando descifrar dónde estaba el sol tras el mantel de nubes que nos cubría. Eran las algo con algo de la mañana o de la tarde. Era simplemente un día, la víspera de algo: la revolución, la literatura, el gallinero. Pero la siguiente mañana no iba a llegar. Estábamos ahí esperando la más mínima señal de que vendría el día, pero no había gallos, y las gallinas no sabían cantar para que los días siguieran viniendo a nosotros.

Di un sorbo largo a la cerveza y se lo escupí a las gallinas. Todas corrieron agitadas aleteando por el patio y yo volví a tomar para seguir escupiéndoles. Se subieron al lavadero, a las sillas de la sala, a las ramas de los

árboles de noni, que apenas las aguantaban. Mi tío intentó detenerme, se paró frente a mí y trató de quitarme la botella de las manos, pero yo me resistí y terminé por llenarle el overol de cerveza y babas.

—¿Qué hace Manuel? —me gritó—. ¿A qué está jugando?

—Esas putas gallinas —respondí—, este puto gallinero, todo esto. Yo venía aquí a hablar con usted de literatura, a decirle lo de mi libro, a... a sentirme menos solo, pero esto es una mierda. No quiero esto para mí, no quiero terminar igual. Estar aquí, sin hacer nada, sin terminar nada. Aquí el tiempo no pasa, las cosas nunca suceden, usted solo se queda ahí y se hace más viejo mientras el mundo sigue yéndose al carajo. ¿Cuánto tiempo lleva construyendo el gallinero? ¿Cuánto tiempo lleva esperando a que todo esto deje de ser una mierda?

El tío Manolo se echó para atrás en silencio y tomó de su cerveza. La luz que pasaba a través de las nubes nos alumbraba el rostro suavemente y desde ningún lugar; las gallinas, mi tío y yo estábamos parados sobre los pequeños círculos negros de nuestra sombra, que no se extendía hacia ningún lado.

—Esas gallinas son una excusa, tío —le dije—. Una excusa para no salir a buscar todo lo que le quitó el mundo.

Y me fui. Dejé la botella sobre la mesa, le di una última calada al porro que estaba sobre el plato que usábamos de cenicero y abrí la puerta para quedarme en el marco un instante. Todo muy lento, como esperando a que él dijera algo, pero no fue así.

No quería volver al hotel, así que caminé por las calles del pueblo preguntando por el río, que supuestamente no era tan lejos. Llegué a verlo desde un puente que hacía parte de la carretera, pero no encontré forma de bajar hasta la orilla, por lo que preferí volver al puente para apoyarme en los barandales y mirar cómo pasaba el río mientras los carros

opacaban el ruido del agua de vez en cuando. Fue allí que me di cuenta de que aun traía el libro en la maleta.

Pensé en volver, pero cada vez que creía calmarme, el recuerdo de las gallinas volvía a mí. Imaginaba todas las horas que había perdido mi tío espantándolas fuera de su sala, o reparando lo que dañaban, o cuidándolas, que era, de todos, el gesto más extraño que animales así le podían generar. Se me hacían tan parecidas las gallinas a mi tío, ya sin dientes, torpes, aburridas, silenciosas. En algún momento, los tiranosaurios de los que descendían eran los dueños del planeta, pero el tiempo los había limado como las piedras del río, los había pulido hasta convertirlos en esos animales indefensos, incapaces de recordar su gloria inicial.

Al final me quedé allí, esperando, hasta recibir señales de que empezaba a anochecer; fumaba sentado en el borde del puente, con las piernas colgando y el cuerpo apoyado sobre el primer barandal. No sé cuánto esperé hasta que el cielo empezó a hacerse rosado. Me había quedado sin yerba ni cigarrillos; alcancé a ir al menos dos veces a la tienda más cercana por una cerveza, pero finalmente el día siguió su curso. El atardecer sucedía un poco detrás de los árboles que poblaban la orilla del río, así que la luz apenas y me tocaba. Me quedé allí esperando hasta que la noche ya fuera algo seguro y no quedara rastro de la mañana. Luego fui al hotel y me quedé leyendo en el cuarto. De vez en cuando me asomaba a la ventana y miraba la tienda de la noche anterior. Los mismos viejos jugaban algo sobre una mesa que no alcanzaba a ver bien y gritaban emocionados cada vez que alguno ganaba. Ya en la cama estuve pensando en volver a Bogotá al día siguiente y pedir al hotel que me regresara lo de las demás noches, pero al bajar a la recepción al otro día me enteré de que un estudiante había muerto en una de las marchas y la ciudad había estallado de tal forma que el terminal del pueblo prefirió cancelar los viajes a Bogotá.

Aún lleno de rabia y nervioso de encontrarme a mi tío en algún lugar del pueblo, decidí quedarme en el hotel hasta el día de mi regreso. Pedí el

número de teléfono del restaurante que quedaba justo al lado del hotel y arreglamos que me enviaran las tres comidas a la recepción por los días que me quedaban. Compré varias cajas de cigarrillos en la tienda del frente y me encerré a comer, fumar y leer dentro del cuartito mientras la ciudad se alborotaba y volvía a su calma natural.

Durante los días que pasé en el hotel dediqué todo el tiempo en que no podía concentrarme en nada a mirar por la ventana. Me aprendí el horario en que los viejos de la tienda llegaban a beber, vi a los hijos del tendero jugar fútbol en la calle y a un borracho que llegaba algunas noches a cantar serenatas llaneras a una enamorada que, según me dijo el de la recepción, había estado una semana hacía tres meses en el hotel (según él, durante ese tiempo el borracho había dormido con ella una noche) y se había ido sin mayor explicación. Como nunca salía del hotel, todos adentro se aprendieron mi nombre. Uno de los últimos días, el niño que me había guiado hasta la habitación la primera noche me agarró mientras yo bajaba por el almuerzo a la recepción y me preguntó por qué no hacía más que mirar por la ventana. Aunque en ese momento le dije un montón de excusas, yo sabía que seguía allí para encontrar de nuevo a mi tío. No me atrevía a volver a su casa, a ver el patio aún sin gallinero y a las gallinas pasear, pero tenía la esperanza de que pasara por ahí. Después de todo, sabía dónde me estaba quedando y, si acaso era igual de orgulloso y tonto que yo como para no hablarme, entonces, al menos, podría descubrirlo espiándome tras algún poste o yendo hasta la tienda solo para ver si me veía por allí.

Pero no sucedió nada. Los días en el hotel pasaron sin que yo acabara ningún libro, casi incluso sin que me percatara de nada más que del paso de la gente por la ventana. La semana que había programado quedarme fue suficiente para que la policía acabara con las marchas y, la última noche, mientras bajaba a recoger la cena, el de la recepción me dijo que el terminal había vuelto a programar viajes para Bogotá. Esa noche empaqué aliviado de poder volver, pero algo en mí sospechaba lo voluntario de todo ese exilio, la disposición casi familiar

con la que había decidido hacer de ese cuarto mi juego mientras todo se arreglaba.

Al otro día, mientras salía, el tipo de la recepción me preguntó por qué había pasado allí esos días.

- -¿Disculpe? -le respondí-.
- —Es para llenar un cuestionario del hotel, señor Marcí —me dijo—.

Le di cualquier excusa y salí de ahí sin más. Quería pasar a despedirme, hablar con el tío de nuevo y quizá entregarle el libro esta vez. Tenía apenas el tiempo para agarrar el bus del medio día, así que corrí hasta la casa del tío Manolo con mi maleta. Al llegar toqué varias veces, pero nadie respondía. Del otro lado solo escuchaba un golpe repetido y muy cercano, como si alguien tocara a la puerta desde dentro. Empujé con fuerza y la puerta se abrió; las bisagras de abajo estaban rotas, picoteadas por la Belluci, que ya estaba cerca de hacer un agujero hasta el otro lado para salir de la casa. Las gallinas tenían el control del lugar. Habían roto los muebles y los libros. Las tomas eléctricas estaban destrozadas y dejaban ver los cables picoteados. Había tierra por todos lados y maíz y lentejas y otras cosas que habían esculcado en la cocina y regado por el suelo en sus intentos de abrir las bolsas con sus patas y sus picos. Con todo lo importante ya roto, habían empezado a picar las puertas de los cuartos y hasta las paredes; algunas, incluso, ya tenían huecos por los que uno podía asomarse a mirar al otro lado.

Busqué al tío Manolo por todos lados, pero no lo encontré. Al fondo del patio, el gallinero estaba abierto de par en par. El maíz y la linaza estaban regados por el piso, no había huevos en la buhardilla y a las ramas de los árboles de noni, que ahora se veían quebradas en el piso, no les quedaba ni una fruta. Esculqué como pude el desorden que habían hecho las gallinas en los cuartos. Me quedé allí buscando señas entre los libros picoteados y los armarios llenos de cajas húmedas por los orines.

De alguna forma esperaba una pista, un descuido quizá que me permitiera entender lo que sucedía, pero estuve ahí quién sabe cuánto mientras las gallinas seguían comiéndose la casa. En algún momento, ya cansado de revolver lo que quedaba de los cuartos, me senté en el suelo a fumar. Con los ojos cerrados, me concentré en el ruido que hacían las gallinas mientras destrozaban todo a su paso. Imaginé que, de adentro de los armarios y debajo de la cama, sacaban pequeñas cartas que mi tío había escrito para explicármelo todo; las veía como fuera de foco, como si inevitablemente tuviera que perderme lo que había ahí, mientras las gallinas las rasgaban a picotazos y las engullían como gusanos.

Cuando abrí los ojos, el humo torcía la luz que entraba al cuarto. Desde el marco de la puerta, la Martina me miraba con la cabeza torcida y el cuerpo un poco inclinado sobre la pata buena; tenía en el pico una sábana infantil con un estampado de aviones que había estado alguna vez en mi armario, antes de que mi mamá se la regalara al tío Manolo. De pronto la Belluci terminó de picar los centímetros de pared que dividían el armario del cuarto y el del estudio, y asomó su cabeza para mirarme. Las otras gallinas llegaron a su vez, la Clarita y la Marciana entraron al cuarto para observarme desde atrás de los cajones rotos que nos separaban; la Carolina, en cambio, se quedó en el marco de la puerta pisando la sábana que la otra traía en el pico. Como un presentimiento estúpido, supe que estaba rodeado. El día fuera del cuarto empezaba a tomar esa luz casi estática de la anterior vez que había estado ahí. Algo en la forma de quedarse allí nada más que tenían las gallinas me decía que esperaban algo; habían dejado de picotear las cosas y ahora solo observaban mis movimientos, la respiración llena de humo, el sudor de tierra caliente que me había pegado la ropa al cuerpo después de revolcar toda la casa. Por un momento creí que me miraban con los ojos hipnóticos con que habían mirado al tío Manolo todos esos años, creí que estaba allí porque necesitaban a alguien, alguien que las detuviera, alguien que se quedara con ellas en ese día interminable solo para que no agarraran a picotazos el futuro, pero luego de un momento largo, en que todos nos quedamos quietos, ellas siguieron con lo suyo.

Tito S. Martínez • Dinosauria

Sentí que allí, en ese último segundo de quietud, las gallinas y yo habíamos enterrado la esperanza de que mi tío saliera desde debajo de algún libro botado por ahí, que se asomara desde la construcción de al lado con su cerbatana y algunas chuchas cogidas por la cola, que volviera de la tienda y restableciera el orden y jugara a armar el gallinero por los siglos de los siglos. Sin haberlo comprobado, aquel fue el primer instante en que supe que el tío no volvería jamás a la casa de las gallinas, que no lo vería más, que todo había quedado así. De ahí en adelante me pareció detectar algo triste en todo ese desorden; quizá las gallinas estaban ahí solo para perder el tiempo, rompiendo cosas que ya no le importaban a nadie mientras se les ocurría algo que hacer. Después de todo, allá afuera estaba el tiempo, que deterioraba todo hasta la ausencia, que les había quitado los dientes y las garras, que las había hecho enanas y torpes; y ahora tenían que volver allí, salir y darle la cara para ver si no les arrancaba el pico o las dejaba ciegas.

Decidí entonces quedarme otro rato. Ya no lo buscaba, más bien quería sentir lo mucho que hacía falta, ese vacío que dejaba todo movimiento de las gallinas, como si junto a ellas faltara una pieza del entorno. Al fin y al cabo, no sabía dónde encontrarlo, no sabía siquiera si eso era algo que debía hacer. Mi tío se había ido así sin más: sin dónde, sin porqué; quizá, igual que cuando se montó en la Flota Mercante, eso era precisamente lo que había salido a buscar. Pasé el tiempo fumando un porro que traía mientras las gallinas escarbaban el colchón de mi tío, arrancaban pedazos no muy grandes y los lanzaban para atrás, vaciándolo hasta que solo quedaron los jirones de tela manchada de sudor y tierra. Antes de irme, dejé mi libro sobre la mesa de la sala mientras la Clarita y la Martina picoteaban las patas. El florero y el plato lleno de ceniza que estaban encima temblaban con cada golpe y las demás gallinas los veían agitarse con los ojos llenos de hambre.

De salida, la Marciana se paró frente a mí en el corredor. Nos quedamos uno frente al otro como en alguna película de vaqueros, luego agitó sus alas en silencio como si fuera a echarse a volar y vi en su

porte los viejos gestos de los tiranosaurios, tal y como los imaginaba cuando era niño. Aun así, supongo, la escena debía ser triste. Un duelo de pistolas donde ambos ya están cansados, donde no quedan balas y todo el pueblo prefirió ir a ver televisión. Entonces me llevé la mano a la boca e hice el llamado de los indios motilones esperando que algo me escuchara. Subí la voz tan alto como pude para que las chuchas de la construcción de al lado supieran que aún estábamos ahí, para que corrieran lejos de la casa que ya empezaba a no ser. Yo seguí con el llamado mientras caminaba hacia la puerta. Al principio las gallinas solo me observaron, pero luego empezaron a cacarear con el cuello apuntando hacia las nubes y la Marciana me abrió el paso para que saliera de ahí. Tenía que correr al terminal. Era tarde, algo nuevo dentro de esas paredes picoteadas.

Alejandra Ovalle P. y Mateo Orrego



La novena ola



Mateo Orrego Editor

Cuando nos pidieron que contáramos nuestra experiencia como editores en un pequeño texto, no supe muy bien qué decir, no supe muy bien cómo empezar, por lo que decidí comenzar con aquel recurso que supongo que todos quienes escriben han usado en algún momento, y es el de decir que uno no tiene ni la más mínima idea de qué escribir.

Así fue como pensé en lo difícil que es comenzar a contar algo, lo difícil que es darle forma a una idea, a una historia que lleva largo tiempo rondando en nuestra mente, para después exponerla a los ojos críticos de otros para ver qué opinan, y que nos digan que la parte que más nos gusta es la que menos funciona, o que el personaje que menos pensamos es el que más les emocionó, todo ese tipo de cosas, para después tener que cambiar todo lo que uno planeó desde un principio. Por eso creo que escribir es la parte más difícil del proceso creativo.

Por otro lado, editar es un proceso relativamente sencillo. Comienza cuando el escritor nos da la confianza a nosotros los editores para leer su texto, porque siente que nosotros somos ese lector ideal, esa persona que pensó que iba a poder entender todas las referencias de su texto, esa persona que iba a reconocer todos los espacios, esa persona que iba a ver con todo detalle cada una de las escenas. Entonces vemos por primera vez esa pequeña criatura a la que el escritor ha dado a luz, y la miramos con ojos críticos. Vemos cada parte de su cuerpo con la esperanza de encontrar algo que no funcione para advertirlo prontamente y sugerir una forma para cambiarlo. Para nosotros es fácil, pues no sentimos ningún apego a esa criatura, por lo que, con total determinación y convencimiento, le decimos al escritor: "sus piernas no funcionan, hay que cambiarlas" o "sus ojos están torcidos, hay que arreglarlos". Y el escritor, quien ve a su criatura como la cosa más hermosa y perfecta del mundo, tiene que chocarse con la opinión de los otros y tomar la valentía para amputarle las piernas y hacerle unas nuevas, o para corregir esos ojos que con tanto esfuerzo había creado.

Pero hay ocasiones en las que el escritor no está de acuerdo con los cambios. Entonces, cuando vemos a la criatura por segunda vez, nos damos cuenta de que tiene las mismas piernas que no funcionan. Y, por supuesto, entendemos que para el escritor no es tan fácil amputar a su criatura, pero igual no nos importa, insistimos en que hay que hacerlo, porque al final sentimos que será la mejor decisión. Entonces es aquí donde viene la parte difícil del proceso, porque el escritor dice que no y nosotros decimos que sí, y él que no y nosotros que sí, hasta que al final alguno tiene que ceder.

A veces somos nosotros quienes terminamos por resignarnos y no insistimos más, pues entendemos que el escritor no cambiará más cosas de esa pequeña criatura, no porque sea terco, sino porque cada parte la creó con tanto esfuerzo que le duele cambiarla como si nada. Otras veces es el escritor quien finalmente termina por aceptar nuestros cambios y se esmera por hacer todo lo que le pedimos.

Al final, cuando ya se nos ha acabado el tiempo, tanto nosotros como el escritor sabemos que puede que no sea una criatura perfecta, que tal vez quede algún cambio por hacer, pero sabemos que la hemos creado juntos y que hemos hecho lo mejor que pudimos.

Ahora, en mi caso, de esta experiencia como editor he aprendido a valorar el detalle. Siempre se nos ha dicho que la labor del editor es una labor invisible que se encarga de cuidar los detalles del texto, pero creo que no lo entendía realmente hasta que vi cómo se tenía que hacer, pues aprendí que hay que leer con atención cada palabra y memorizarla, para que así nos demos cuenta si lo que leímos en la primera página concuerda con lo que leímos en la última. Aprendí que hay que preguntarse constantemente si las cosas que se escriben son realmente necesarias o si se pueden quitar: un nombre, un adjetivo, un verbo, una oración, todo un párrafo. Y, sobre todo, aprendí que el trabajo del editor tiene que ser un trabajo argumentado; cada cosa que cambiamos tiene que estar justificada, tiene que tener una razón de ser, pues es así como le haremos ver al escritor que las cosas en realidad pueden funcionar mejor.

Finalmente, no queda sino agradecer por la experiencia y, de ahora en adelante, no parar de estudiar, no parar de leer, no parar de fijarse en los detalles, para que así, cada vez, podamos ser mejores lectores, mejores editores.



Alejandra Ovalle P. Autora

Verano

Paso a paso, desconfiando de sus pies, sale del hospital. Le pesa el cuerpo como si arrastrara tras de sí un oscuro secreto. Su mirada es un cuadro intranquilo y pesado que se resiste al polvo. Un viento salado estremece su cuerpo, se acerca el otoño. «Ahora resulta que estoy enfermo—dice bajito— y mis exploraciones temporales solo son alucinaciones». Lleva el resultado de su examen en el bolsillo de la camisa, le parece que se le clava en la costilla izquierda. Mira extrañado a su alrededor, supone en dónde está, pero sus ojos no reconocen el espacio. Lentamente, reconoce las paredes blancas y el nombre que en letras doradas se extiende sobre el edificio: Hospital Español de Mar del Plata.

No sabe a dónde ir. No usa su auto porque en la primavera pasada, tres meses antes, renunció a conducir. Sabe cómo regresar a casa, pero desde que sus exploraciones temporales empezaron a venir acompañadas de otras cosas, que ahora se veía obligado a llamar síntomas, moverse por la ciudad costaba mucho, le llevaba horas para transitar por apenas unas cuadras. Recorre las calles sin un destino, apenas es consciente de que vaga en medio de ellas. Siente una punzada en la parte izquierda del pecho. Un viento pegajoso trae el olor del mar y le recuerda el Parque Colón, a donde iba con frecuencia. Le gustaba leer allí con el agua de fondo, pero desde que sus viajes temporales se hicieron más frecuentes evitó visitarlo, incluso abandonó sus rutinas de tristeza, esos rituales que se había inventado para cada vez que su existencia se hacía insoportable y pesada: como sentarse a oscuras en el balcón del apartamento, en el que vivía solo desde que su gato desapareció, a escuchar por horas

la versión extendida del nocturno nueve opus dos de Chopin. Se fija en los edificios que lo rodean, sus fachadas, colores y estilos; algunos árboles sobre las aceras, los nombres de los almacenes y la disposición de la calle le indican que está a un par de cuadras del Parque Colón, así que decide visitarlo.

Se detiene, pasa los dedos por su barba, repasa la cicatriz de la mejilla izquierda y pellizca levemente su nariz, como cada vez que está nervioso; espera que el semáforo cambie y el río del tráfico por fin le posibilite el paso. Repasa cada esquina que lo separa del parque e intenta traer a su mente las características de cada una de las calles. Se mueve gracias a su memoria. Le tiemblan levemente las manos y su cuerpo suda. Es difícil trazar la ruta. Lo sucedido en las últimas horas invade todos sus pensamientos.

Cae la tarde y piensa que en las nubes crecen inocentes arreboles. Camina varias cuadras comparando lo que ve—cierto café en una esquina, un letrero, una calle empinada, las baldosas de un andén— con las calles de su recuerdo. Se siente ridículo. Descubre el mar que surge tímidamente, entre los árboles del fondo. Parece una ilusión. Aunque puede verlo, el ruido de los automóviles y las motocicletas lo silencian, lo hacen remoto.

Se sienta en un banco del parque y piensa en su madre; de uno de los bolsillos de su pantalón saca un lapicero y un sobre café, y de este último toma unas hojas medio arrugadas que guardan palabras que escribe desde hace meses para su mamá. Intenta escribirle otra nota, pero es difícil concentrarse y dibujar letras claras. Se mira las manos, no las reconoce, esos dedos largos y flacuchos no hacen parte de su cuerpo. Sus manos se mueven por sí mismas, gozan de una consciencia propia, superior. Las manos... las manos siempre le habían causado intriga, hacían tantas cosas, tejían, golpeaban, acariciaban, escribían, empuñaban armas, lanzaban piedras, tocaban pianos, ataban cordones de zapatos, se enlazaban con otras... Siente el pecho oprimido y respirar se hace difícil. Toma el papel del bolsillo izquierdo de la camisa y lee, *Nombre del paciente*: Julio Vanegas, *Edad*: 35, *Diagnóstico*: Anosognosia visual.

Alejandra Ovalle P. • La novena ola

Durante el examen, antes de recibir el diagnóstico definitivo, se sintió como un animalito encerrado y asustado. El consultorio del neurólogo tenía paredes demasiado blancas, vacías, sin nada en lo que detener la mirada. La voz del médico era lo único que lo mantenía allí. Lo llenó de preguntas de rigor que él intentó responder como pudo. Se fijó en el médico: tenía orejas grandes, manos blancas y delicadas, ojos claros, nariz aguileña y labios gruesos. No logró descifrar qué sentimiento hacía lugar en el rostro del hombre, por lo que renunció a mirarlo. No pudo recordar sus rasgos cuando le habló de nuevo.

- —Seguime contando sobre los síntomas que tenés.
- —Me parece que la palabra síntoma es inadecuada; sin embargo, sé a qué se refiere... No puedo controlarlo, desde un tiempo para acá cuento con ciertas capacidades... curiosas. En resumen, puedo realizar viajes a distintos planos temporales.

Julio se detuvo, pensó que el médico iba a preguntarle sobre esto último, pero se limitó a asentir, luego desplegó varias fotografías sobre el escritorio y le señaló una en la que aparecía El Torreón del Monje.

—¿Cuál lugar de Mar del Plata es?

Julio observó con atención.

—Hay ladrillos anaranjados y grises, ventanas antiguas, una construcción cilíndrica angosta y ancha pegada a otras de distintas formas y tamaños... Oh, conozco ese lugar. —Se detuvo, miró el aire como si le revelara algo y dijo—: Queda cerca del mar, es el Torreón del Monje.

Enseguida el neurólogo le mostró una fotografía en la que aparecían Evita, Juan Domingo Perón y sus dos perros. Era una toma a blanco y negro, en un plano medio, en la que ellos sonreían. Julio contempló la imagen por un rato. Sus ojos observaban de derecha a izquierda la fotografía.

Se fijó en el médico: tenía orejas grandes, manos blancas y delicadas, ojos claros, nariz aguileña y labios gruesos. No logró descifrar qué sentimiento hacía lugar en el rostro del hombre, por lo que renunció a mirarlo.

Alejandra Ovalle P. La novena ola

- -Imposible, no sé quiénes son.
- —Ahora decime qué es esto.

El médico le puso al frente su reloj. Era un reloj de pulsera digital, inteligente. A Julio le llevó más tiempo revisarlo. Lo hizo con cuidado. Repasó la textura. Al tocar la pantalla se encendió, lo acercó a su nariz, estuvo a punto de meterlo a su boca y morderlo, pero se sintió un poco cohibido ante la presencia del médico. Extrañado, dijo:

- —No tengo la menor idea de qué puede ser este objeto de cuero y pantalla de vidrio. ¿Algún instrumento médico?
- -Una más.

Le extendió la fotografía de una bicicleta. Rápidamente, Julio dijo:

—Es una rueda. Puede ser una bicicleta o un carro.

Cada vez estaba más incómodo, perdido. No comprendía las preguntas tan absurdas que le hacía el médico. ¿Jugaba con él? ¿Creía que estaba loco? Fue incapaz de leer los gestos del hombre que a veces fruncía el ceño y lo miraba intensamente, con interés, pero en otros momentos parecía estar completamente abstraído en pensamientos que Julio imaginó muy blancos. Le llevó un rato más hacer otras pruebas con objetos, colores y, finalmente, un test de emparejamiento de imágenes, que consistía en observar láminas. Julio debía decir si aquellas hacían parte de una misma categoría semántica o no.

—A partir del dictamen del oftalmólogo, la resonancia magnética y las pruebas que realizamos hoy, puedo hacer un diagnóstico definitivo. Los viajes temporales de los que me hablaste, la conexión con otras dimensiones y esa leve incapacidad para reconocer algunos objetos, que a vos te parece tan curiosa, son síntomas claros de anosognosia visual.

—Ah... ¿eso quiere decir...?

—No te preocupés. Se puede tratar. La anosognosia es una complicación que afecta una zona de tu cerebro y, aunque tus ojos están perfectos, tu cerebro no procesa la información correctamente.

El médico escribió unos cuantos datos en el computador. Luego se volvió a Julio:

—Al salir podés reclamar el diagnóstico y la autorización para iniciar con el proceso de rehabilitación neurointegral y la terapia psicológica.

Julio asintió. No preguntó nada, dio las gracias y salió, sintiéndose más confundido de lo que estaba cuando entró al hospital.

Otoño

Julio llevaba ocho años trabajando en la Facultad de Filosofía y Letras de Mar del Plata. Nueve meses antes de recibir su diagnóstico, estuvo planeando el viaje que haría en las próximas vacaciones de invierno. Entonces, sus días se dividían entre las clases, el *flysurf* y sus entrañables rituales para la tristeza que, además de Chopin, incluían largas caminatas y la escritura de amargas cartas a su madre. De esta época del año, lo que más le gustaba era la transformación de color que sufrían las hojas y la desnudez de las ramas de los árboles. Le resultaban encantadoras sus siluetas a contraluz.

Una mañana aplicó a sus estudiantes un examen; mientras ellos resolvían las preguntas, él los observaba. Le sorprendió lo jóvenes que eran, sus manos apenas empezaban a descubrir el mundo y, de manera prematura, habían tenido que decidir una buena porción de lo que sería su vida futura. Se detuvo en Inés, una muchacha pálida de cabello corto. De golpe la vio mayor, quizás de veinticinco. Estaba sentada sobre una cama, probablemente en su cuarto; pensativa, observaba la pared, ¿qué intentaría decidir? Una a una, aparecieron tres escenas, ¿eran sus vidas

posibles o distintas épocas de su vida? En una de ellas estaba rodeada de libros, parecía dar clases; en la otra, llevaba una mochila sobre los hombros y hacía, a lo hippie, autostop en un país europeo; en la última, se encontraba con un delantal florido tras una vitrina, organizaba distintos tipos de postres y tortas.

Se fijó en Mauro. Lo vio golpeando una pared, tal vez tenía veintitrés años. Gritaba a su padre quien, del otro lado de la puerta, le decía que su único futuro era el que él le indicaba, que debía continuar con el oficio de la familia, que la peluquería no podía cerrar sus puertas solamente porque a él se le había dado por estudiar artes, esas boludeces de vagos. Lo vio pintando un cuadro enorme. Era el mar al estilo de Hokusai, pero triste. Aquel mar mostraba con ímpetu la soledad y la nostalgia que el oscuro azul causaba en sus aguas. Un barquito rojo en medio de aquellas aguas tempestuosas producía la sensación de agobio, de completo abandono en medio del caos.

Miró a Belén, que contemplaba la hoja desconcertada. A ella el destino le deparaba un micrófono y una banda de rock que viajaría por el mundo; su nombre estaba escrito en el muro de la fama. Sin embargo, otro camino la mostraba encerrada, en un lugar blanco, muy blanco, desesperada por la abstinencia.

¿Qué hacía en aquel salón? Se levantó de un brinco de la silla y, en el sobresalto, empujó el escritorio, del que salieron volando su computador y unos cuantos marcadores. El golpe arrebató el silencio en el que se encontraba inmerso el salón. Los estudiantes se quedaron mirándolo. Julio, tembloroso y espantado, pasó su mirada por varios de los chicos que estaban allí. El ceño fruncido de Inés, las manos tatuadas de Mauro y la voz de Belén le recordaron la razón por la que se encontraba allí. Intentó hacer una broma:

—Eh, chicos, evitaba que se durmieran en medio del examen —dijo, finqiendo una sonrisa. Pero esta no pegó bien, al contrario, aumentó la tensión, respirar pesaba. Acomodó la silla y se sentó de nuevo. Uno de los chicos recogió el computador y lo regresó al escritorio.

Intentó distraerse con un libro. Sin embargo, no pudo ignorar que el número había sido poco creíble, pero ¿cómo decirles que las posibilidades de sus vidas eran, para muchos, desastrosas? A algunos, incluso, todos los caminos los conducían a lo trágico. ¿Podía advertirlos? ¿Qué pasaba si su advertencia alteraba el correcto fluir del mundo? ¿Por qué nadie le decía cómo debía actuar ante tales descubrimientos? Volvió a mirarlos. Algunos habían retomado el examen, otros, que aún no salían de su asombro, disimularon rápido y volvieron a sus hojas.

Julio se levantó y caminó hacia la puerta. Ya no temblaba por miedo. Empezó a sudar, un sentimiento tibio cercano a la felicidad surgía de su pecho. Nadie tenía esa capacidad, nadie podía ver a través de los otros lo que él veía, lo que él descubría. Era solo suya, él era único o, si alguien más lo poseía, permanecía oculto... «por algo será», pensó.

Mar del Plata, agosto 2019

Madre.

Es tu desamparado hijo quien te escribe. Estoy a punto de emprender un nuevo viaje. Visitaré las Cataratas de Iguazú. Me he sentido intranquilo los últimos meses. La cercanía a septiembre me asusta; la muerte del abuelo me sigue afectando mucho. ¿Sabes que el abuelo murió? Me hubiese gustado heredar de ti la fuerza sosegada con la que te enfrentas a los conflictos más oscuros del mundo... Yo no soy así, el drama se filtra por todos lados y la vida me duele demasiado. ¿En dónde estarás ahora, madre? ¿Qué lugar del mundo se hace tibio con tu presencia? El único contacto que tenía contigo era a través del abuelo, pero después de su muerte, tú desapareciste también... me quedé completamente solo. Antes lo visitaba, charlábamos, me ponía al día en las noticias de Colombia

y luego te llamábamos. Se negó, cada vez que se lo pedí, a darme tu número, supongo que lo mismo hizo contigo. Decía que él sabía a qué hora podía llamar, que él sabía cómo protegernos. Debí insistir más, debí aprovechar sus descuidos y copiar el número, debí exigirle que me aclarara muchas cosas y cortar su repetida respuesta: «Falta poco para que todo se solucione, ya verás, ya verás». Ahora estoy solo, no sé nada de mi origen, no sé de ti.

Me ha costado tanto hacerme cargo de los problemas jurídicos que llovieron tras su muerte. Tuve incluso que regresar a Colombia. Después de veinte años, tuve que recorrer las calles olvidadas de Manizales. En vano resultó mi ilusoria búsqueda. Creí que al estar allí podría ser fácil hallarte, toparme con pistas, hablar con la gente, pero hasta las inclinadas lomas del barrio en el que vivimos en aquella ciudad y la casa en la montaña en la que luego crecí me fueron, aunque conocidos, completamente indiferentes. No había nada. La maldición del tiempo y las artimañas del abuelo lo habían borrado todo y tres meses no alcanzaron para nada más que el tener que enfrentarme a un pasado misterioso que me cobijaba. ¿Sabías tú quién era verdaderamente el abuelo? ¿Sabías a qué se dedicaba? ¿Conocías por qué se desaparecía durante largo periodos? Pero, ah, la verdad, la verdad. Palabra tan complicada.

Empiezo un nuevo párrafo porque me dejé ganar por conflictos epistemológicos que no vienen al caso. En Manizales me enteré de que el abuelo no solo fue la mano derecha del Gobernador, sino que fue su más fiel esbirro, el encargado de realizar los "mandaditos" del respetadísimo dignatario. Tuve que demostrar que desde los quince años vivo en Argentina y que no conocía los andares del viejo y, lo peor, que no sabía nada sobre tu paradero.

Me crucé tantas veces en los juzgados con madres que llegaban a reclamar por la muerte de sus hijos. ¿Cómo mirarlas a los ojos cuando amaba al causante de su dolor? Eran muchachos, mamá, estudiantes, que en algún momento salieron en busca de trabajo y el abuelo los mató. Mató a varios, los engañó, se aprovechó de sus evidentes necesidades

económicas. ¿Qué les habría prometido? ¿A cambio de qué decidieron subir a su auto? El cargo que le imputaban se refería al masivo asesinato de civiles no beligerantes que el Ejército Nacional hizo pasar como bajas guerrilleras caídas en combate. Al parecer el abuelo fue el autor material de algunos de esos crímenes, en otros solo trazó el plan que luego los militares llevaron a cabo...

¿Conocías tú a ese hombre? Ya no puedo superponer esta imagen con la que tenía antes; el concepto que tenía del abuelo, aunque se defiende con todas sus fuerzas en mi pecho, ya no se sostiene. Quería obligarme a no creer, quería pensar que todo eso era un error, que el abuelo era un hombre bueno, el único que intentó protegernos a los dos... pero ¿protegernos de qué? Decía que había gente mala buscándonos en Colombia, pero ¿por qué? ¿Qué hicimos? «Ustedes nada, mijo. Ustedes nada, pero así es la vida». Con pocas palabras me cerraba todas las posibilidades de desentrañar el misterio y la figura del abuelo era demasiado fuerte, era incapaz de enfrentarlo... Así se pasaron los años, así se nos fue la vida. ¿Qué te decía a ti?

Mamá, pero no solo quiero hablarte de aquel viaje a Manizales sino de los días aquí, tras el regreso. Mi vida se resume en dar clases en la Facultad, ir a surfear, ver el mar, caminar por calles solitarias, leer libros y escuchar conciertos de piano, pero detrás de eso no queda nada; esos rituales me sostienen, aunque me mantengan sin remedio en la comodidad de la tristeza... hay algo más: últimamente me suceden cosas curiosas, extrañas, pero resultan de lo más interesantes. Creo que he desarrollado una capacidad especial, puedo visitar otros planos, atravesar el tiempo como si de una calle se tratara. He podido ver posibilidades de vida de mis estudiantes, el futuro de ellos en distintas épocas, incluso he podido vernos, a ti y a mí, en la casa de la montaña. Hace poco pude verte sirviendo el café en las tacitas blancas esmaltadas, escuchando en el antiguo radio Sanyo la radionovela Kalimán que transmitían por Todelar. El humo salía de la taza y tú permanecías abstraída en la voz que salía por los parlantes. Estabas sentada en el comedor, tenías una cola de caballo

que descubría tu cuello joven, dabas lentos sorbos al café y observabas como un gato que tiene la mirada fija pero que está por completo en otra parte, en otra cosa.

He dirigido todos mis esfuerzos para mejorar esa capacidad. Es increíble lo que me ha permitido ver y descubrir sobre ustedes, sobre el pasado y sobre mí mismo. El mar y mi nuevo talento son las únicas cosas que me recuerdan que respiro. No creerás que esté loco, ¿verdad? Porque puedo asegurarte que no lo estoy. De hecho, sigo trabajando perfectamente. Las clases siguen siendo las mismas, los chicos siguen aburriéndose terriblemente con mi discurso. Creo que descubrir esto me ha acercado un poco a ese estado que otros llaman felicidad y que yo nunca entendí porque siempre me fue ajeno.

¿Tú cómo estarás? Cómo me gustaría que me contaras sobre tus días, sobre tus pasos. Querría que me escribieras sobre tu mundo, aunque sé que es imposible.

-J.

Invierno

El tren rugía bajo sus pies mientras disminuía la velocidad; haría una pequeña parada en una estación intermedia. Se fijó en la gente: tomaban sus cosas y abandonaban las sillas que durante horas habían ocupado con sus cuerpos. Un halo indescriptible quedaba flotando alrededor de las sillas por un rato; Julio no se explicaba cómo era que la gente se iba dejando trozos minúsculos de sí. Afuera encontró a su abuelo sentado junto a Albertina, la mujer que después de la muerte de la abuela Adelaida lo había acompañado durante un tiempo. El viejo también lo vio y le hizo una señal para que se bajara. Julio salió del tren, sin nada más que un sobre café en las manos. Mientras caminaba hacia su abuelo pensó que, si le decía que en aquel sobre tenía unas cartas para su madre, el hombre de ojos que lo han visto todo por fin le indicaría su paradero. Se prometió ser implacable esta vez. Cuando estuvo apenas a unos pasos,

vio a un niñito de quizás seis años que se ocultaba nervioso. El cuerpo del abuelo intentaba cubrirlo.

Curioso, buscó con la mirada al niñito. Sus ojos oscuros miraban con espanto a Julio. Tenía un trapo manchado de sangre pegado a la mejilla izquierda y un sombrero grande de paja. Albertina le dijo algo al niño y este retiró el trapo rojo. En aquel rostro infantil, justo en la mejilla izquierda, descubrió una herida de unos cuatro centímetros de largo; era profunda, parecía llegar hasta el hueso del pómulo. Su llanto era interrumpido, como si doliera más que la misma herida. El abuelo no levantaba la mirada del suelo ni decía nada. Albertina, con sus ojos delineados, miraba de cuando en cuando hacia el niño, se veía inquieta, pero continuaba sentada. Julio tocó su mejilla izquierda. Pasó sus dedos y, bajo la barba, notó que sobresalía una línea delgada de piel. Recordó el origen de la cicatriz. Su madre le había dicho que estaban en la finca, en Risaralda, una tarde en la que ellos se encontraban solos pues el abuelo había salido a la ciudad y regresaría en el último tren, el de las cuatro.

Julio, sin contar con que le fallaría el equilibrio, se subió al portón del potrero y se cayó, enterrándose la alambrada en su mejilla. Griselda, su madre, corrió desesperada al escuchar sus gritos; lo único que llevaba en las manos era un trapo rojo con el que limpiaba el polvo, así que con este hizo presión en la herida para evitar que siguiera saliendo sangre. Aquello había sucedido después de las seis de la tarde; pasaron dos horas largas antes de que el abuelo llegara y pudieran llevarlo al hospital del pueblo. Se salvó de milagro, le decía su mamá, quien cada vez que le contaba la historia agregaba al final la misma frase inconclusa: «Ojalá la vida hubiera sido más fácil para nosotros entonces. Si usted se me hubiera muerto porque mi papá no nos dejaba salir solos de la finca, habría sido insoportable».

El niñito volvió a ponerse el trapo en la mejilla, la sangre manchaba su ropa. Julio se inquietaba, no podía moverse, era incapaz de pedir ayuda, de reclamarle a su abuelo por no hacer nada por el niño. Quiso hablarles, pero de su boca no salió un sonido. Su lengua se torcía paladar adentro, incontrolable.

Alejandra Ovalle P. • La novena ola

Mientras caminaba hacia su abuelo pensó que, si le decía que en aquel sobre tenía unas cartas para su madre, el hombre de ojos que lo han visto todo por fin le indicaría su paradero.

Crecía el desespero. El niño volvía a mirarlo fijamente, como juzgándolo. De repente, el niñito sacudió al abuelo, dejando en la manga de la camisa del viejo una mancha roja. Con vocecita aguda y temblorosa dijo: «Abuelito, abuelito, no me deje morir». A Julio le faltó el aire; su cuerpo, tan pesado como una piedra enorme, permaneció estancado, inmóvil, ajeno a sus órdenes.

«Pasajeros, hemos llegado a la estación de destino. Les agradecemos por viajar con nosotros». Una voz de mujer lo devolvió de golpe al tren. Se fijó en los otros pasajeros: nadie lo miraba. A través de la ventana se veía a quienes descendían del tren, pero por ningún lado encontró a su abuelo. El tren lo dejaba en la estación de Constitución; salió del aparato enorme y azul, lo contempló casi con cariño y se despidió de él con disimulo: tenía la costumbre absurda de encariñarse rápidamente con lo inanimado; buscaba algo en los objetos, intentaba hallar eso que los humanos eran incapaces de brindarle.

Aún estaba confundido, el último viaje temporal había sido extraño e incomprensible. Como era muy temprano para ir hasta el aeropuerto, fue a desayunar al café Dambleé, pero antes pensó que el parque Rivadavia sería un buen lugar para escribirle a su madre una carta más, que luego pondría en ese sobre café que tanto estorbo empezaba a hacer. Tomó la línea A y se quedó en la estación Acoyte. Fue hacia el parque. En su libreta tomó notas sobre el último encuentro con su abuelo, Albertina y el niño. Su salto temporal, en esta ocasión, había sido sorprendente, perturbador. Si bien resultaba extraño explorar de manera tan vívida otros tiempos, de alguna forma se había acostumbrado a esa capacidad que le revelaba aspectos de la vida de otros. Esta vez, ¿revelaba algo sobre su vida? Quizás se estaba volviendo más hábil. Se devolvió a la primera página de su libreta, repasó la fecha y se dio cuenta de que hacía ya más de seis meses que había empezado a sentirse así, especial. Las páginas siguientes del cuaderno estaban llenas con las experiencias que había vivido en aquellos meses. No había más; solo páginas y páginas que hablaban del pasado y uno que otro título de libro o película. Era evidente, su vida se resumía en eso.

Escribió rápido, luego deshizo sus pasos y regresó al subte que lo llevaría hasta el café Dambleé. En el bolsillo quardó un papel que decía:

Mamá. Me he topado con algo que habla sobre tu nombre, dice que fue Bocaccio quien lo inventó, al parecer inspirado en *grisja*, un nombre germánico que significa gris y por *hild* que quiere decir batalla o combate. Griselda entonces es: la de la batalla gris. Me he quedado pensando en eso de que los nombres condicionan la existencia de las personas ¿Tú qué crees?

-J.

Al medio día se subió al avión que lo llevaría a las Cataratas de Iguazú. En el cielo se sintió liviano. Ocupaba el puesto de la ventanilla. A su lado se sentó una mujer joven con un vestido azul con estampado de flores; de su cuello colgaba un collar de hilo grueso con un dije de la mano de Fátima.

—Disculpá, te molesto. Me gustaría hacer una fotografía del cielo para enviársela a mi madre, quien nunca ha subido a un avión. ¿Vos podés...

Julio se fijó en el rostro de la muchacha: era moreno, tenía un lunar grande en medio de las cejas y ojos oscuros. Parecía máximo de veinticinco años y su aliento olía a tabaco. Aquel olor lo devolvió al día en el que desapareció su gato y él pasó toda la noche esperándolo en el balcón, fumando y escuchando canciones viejas de jazz, dejándose llevar por los soplidos de los saxofones.

—... hacer una fotografía con mi teléfono? Es que desde aquí no queda muy bien.

—Eh... sí, claro, sí —dijo, tropezando en cada palabra. La voz rasposa de la muchacha lo había sacado de aquella noche en su balcón... ¿Habría notado ella que se había ausentado por completo? La mujer le entregó

su móvil a Julio. Este lo recibió y se quedó asombrado. No sabía qué era aquel objeto negro y rectangular.

- —Ehhh... ¿qué hago con esto?
- —La foto... —dijo la muchacha, con tono extrañado.

No sé cómo... —respondió con sequedad, devolvió el teléfono y se giró hacia la ventana, ignorando a la testigo de su tremenda confusión e incomodidad.

Llegó al atardecer. Había hecho la reserva en el Hostel Damaris. Era una casa sencilla, muy amarilla y con algunas flores que se resistían al invierno en el jardín. Apenas atravesó la reja saltó un perrito negro y pequeñito que le ladraba. Al día siguiente fue al Parque Nacional Iguazú. Pagó la entrada, tomó el mapa y se encaminó hacia el circuito inferior. Moría de ganas de ver al fin las maravillas que, durante largo tiempo, sus ojos habían contemplado en fotografías. Las palabras le parecieron insuficientes para describir lo que halló al mirar por primera vez los saltos blanquecinos de agua que caían desde las rocas formando velos de espuma.

Cuando llegó al circuito superior del parque, llamado la Garganta del Diablo, en el cual se veían a las cataratas desde arriba, supo que este estaría cerrado al menos por tres horas más. El día anterior se había lanzado alguien desde allí y aún estaban buscando el cuerpo. Julio se llenó de curiosidad. ¿Quién sería? ¿Por qué desde allí? ¿Iría sola? ¿Era hombre o mujer? Se le ocurrió que era una mujer. Dio vueltas por otras partes del parque, haciendo tiempo y buscando información, pero lo dicho se contraponía: unos hablaban de un hombre que había ido al parque con su esposa, otros de una mujer que era profesora en la universidad, otros de una extranjera... Al final no supo cuál era la información real; se prometió descubrirla por sí mismo cuando pudiese ingresar a aquel lado.

Casi a las cuatro de la tarde abrieron el circuito. Quedaba poco tiempo: el parque cerraba en una hora. Julio caminó a paso largo, cruzó el puente y se encontró con un semicírculo nuboso en el que se concentraban varias cascadas que chocaban entre sí y producían un sonido de aquacero. Desde allí, a ochenta metros de altura, las cataratas resultaban majestuosas, la vista era hermosa. Se fijó en el fondo y se sintió seducido por el salto, por la caída. Era el lugar más poético para poner fin a una vida, estuvo seguro. Pensó en la mujer que había saltado el día anterior y de pronto se manifestó el rostro su madre, Griselda. Se veía muy joven, de unos veintipocos, muy parecida a la única fotografía que él quardaba de ella, muy distinta a como él la recordaba, muy distinta a la mujer que, llorando, se despidió de él cuando partieron de Colombia con el abuelo. La mujer con el rostro de su madre vestía un traje de chaqueta y pantalón de corte sencillo, color azul plomizo. La vio ir hacia la barandilla, despacio, no con duda sino como si fuese consciente de que cada paso la acercaba al abismo y la alejaba de la vida. Observó el desplome del agua y, con una facilidad inesperada, se subió sobre el travesaño superior de la barandilla, se arrojó y se disipó en el velo blancuzco de la corriente. Julio se sintió afligido por haberla dejado sola, lamentó su ausencia en el momento en el que ella decidía dar el salto sin que nadie a su alrededor la comprendiera, sin que nadie hubiese, al menos en silencio, celebrado su liberación.

Primavera

Abrió los ojos y allí estaba el mar, ajeno en su inagotable gris. Las olas retumbaban, intentaban alcanzar algo; Julio se preguntó si querrían atrapar el cielo. Desde que su abuelo le mostró el mar y le empezó a enseñar a surfear los sintió cercanos, al mar y al viejo, con los que antes había estado a distancias enormes, pues en Colombia había vivido en zonas lejanas a la costa y el temor que de niño le causaba el abuelo, le había imposibilitado cualquier señal de afecto, cualquier posibilidad de intimidad. Fue entonces que se construyó entre ellos un lazo entrañable, que solo pudo romper la supuesta bala perdida que, en uno

de los viajes relámpagos y misteriosos que hacía, entró por su frente y acabó con la vida del viejo. Julio siempre sospechó que el incidente poco tuvo que ver con el azar; sin embargo, nada agregaron los investigadores sobre el caso.

Tras aquella muerte, cuando Julio regresaba al mar, le parecía que en la espuma que dejaba cada golpe de las olas surgía él, su voz ronca y pausada, sus ojos verdes y su mirada de viejo que lo ha visto todo. Por eso acudía al azul cada vez que la soledad le empapaba los ojos; iba en búsqueda de su abuelo, del hombre a quien le debía ver el mar y no ser ciego a su color.

Había salido esa mañana de su casa con la intención de surfear y, aunque aún no sabía cómo, quería, de manera consciente, poner en práctica su curiosa capacidad temporal, anhelaba dominarla. Una vez en la playa parqueó la camioneta negra que para entonces aún no había renunciado a conducir. Se puso el traje de neopreno y terminó de organizar las cosas en el platón de la camioneta, cuidándose de no olvidar algo. Tomó el equipo y se fue hacia la orilla del mar. La mañana brillaba, aunque había algunas nubes grisáceas en el cielo. Tomó un puñado de arena y entreabrió la mano, la vio deslizarse entre los dedos, el viento la traía hacia él. La corriente de aire venía del mar hacia la tierra, en la dirección que su tabla de surf necesitaba. Repasó su equipo: tabla, cometa, chaleco, arnés... Se encontró con un objeto amarillo, cilíndrico y hueco. De él salía una manguerita con una boquilla en la punta, ¿qué podría ser?

- —Che, ¿se averió tu inflador? ¿Necesitás ayuda con tu cometa? —le dijo un muchacho alto y flaco que, al parecer, también iba a surfear.
- -Eh... sí.
- —Mirá, tomá el mío. ¿Te ayudo con tu cometa?
- -... Sí, gracias.

- —Pasame reviso tu inflador, tal vez puedo arreglarlo.
- —¿El inflador? Julio miró con desconcierto a su alrededor.
- —Sí...
- -Creo que no tengo uno.
- —Che, lo tenés en la mano.
- —Ah, inflador. Sonrió intentando disimular la incomodidad.

Estas situaciones se empezaban a repetir y lo llenaban de curiosidad y a veces de temor ¿Serían efectos secundarios de su capacidad?

Luego de un rato, todo quedó listo. Lanzó la cometa a volar. Se introdujo en el mar, sintió las olas golpear su cuerpo y empujarlo hacia la orilla. Elevó más la cometa para alcanzar fuerza, se subió a la tabla y alcanzó velocidad. Cambió de dirección y, cuando tuvo la cometa en el cénit, se dirigió mar adentro. Hizo un salto alto, lo controló, ejecutó otro, se lanzó a sotavento, la cometa se elevó un poco más, se mantuvo por unos segundos sobre el agua y volvió a caer. Hizo un backroll básico y unos cuantos saltos más; se sentía vivo, dueño y señor del mar. De niño soñaba con ser marinero y, en su adolescencia, deseó trabajar en un faro. Nunca soñó con ser profesor. No cumplió sus sueños; sin embargo, su abuelo lo arrojó al mar y el camino lo llevó hasta el flysurf, que posibilitaba cortos intentos de vuelo. Bajó velocidad. Cerró los ojos un momento y se entregó por completo a su estar en el agua... Escuchó el golpear de unas olas con otras. Le pareció que aquel sonido lo producía un dios que, con unas escobillas metálicas, hacía movimientos ondulados sobre un redoblante rugoso. Cuando volvió a ver, encontró a un hombre de cicatriz en el centro de la frente y ojos verdes, que parecían haberlo visto todo. Con voz ronca y pausada le dijo:

- —¡Vas bien muchacho!
- ¡¿Abuelo?!

El viejo estaba tal y como Julio lo había visto la última vez que surfearon: en su tabla de siempre y sin chaleco. Sus movimientos eran rápidos, mostraban una técnica aprendida durante muchos años.

- —Sinceramente pensé que no lograrías aprender a surfear —dijo con risa—. Tuviste suerte, el día en que decidí enseñarte no quería estar solo
- —Ah... ¿cómo es que podem...?
- —Te gusta el mar, ¿no? He podido verte cada vez que vienes. ¿Recuerdas la primera vez que vinimos a Mar del Plata? Era la primera vez que viajabas sin tu madre. Casi se muere cuando le dije que venías conmigo a la Argentina... tuvo que obligarse a entender que era lo mejor para ti. Debías estar lejos, yo era el único que podía protegerte. ¿Recuerdas que tus ojos se abrieron como platos ante la visión del mar? Nunca me dijiste qué sentiste. Tampoco te lo pregunté. Tenías solo quince años, pero ya era incómodo preguntarte esas cosas tan íntimas...
- —Sí... creo que me sentí pequeño, frente a una revelación.
- —Sí, sí, es lo que produce el mar.

Volvieron a moverse entre las aguas. Hubo silencio entre ellos. Solo se escuchaba el rugido del mar. Julio pensó en lo extraña que había sido la vida de aquel hombre. Era sensible a la música y la pintura y sumamente culto, se había recibido en derecho en Colombia y había salido del país para continuar sus estudios de posgrado. Regresó antes de graduarse y tomó rumbos inesperados...

—¡Cuidado! No descuides el control de potencia. Es mejor que bajes la cometa, así, mira, porque el viento cambió de dirección —dijo el viejo.

Se sentía de nuevo adolescente. La presencia del abuelo le devolvió a esos días olvidados. Bajo el casco se asomaba su pelo blanco, humedecido por el mar y el sudor. Apretó el freno y, despacio, la cometa fue perdiendo altura. El abuelo hizo lo mismo. Intentó adivinar sus ojos, ocultos bajo los lentes oscuros. Los imaginó más verdes que nunca.

- —Abuelo...a veces me siento muy solo, entonces vengo al mar a saludarlo.
- —Lo sé. Por eso vine hoy. También tenía ganas de charlar sobre cuadros.
- -¿Sí? ¿Cuál pintura lo trajo hasta aquí?
- —Ah, si supieras. Hay un Courbet que no me deja en paz. Descubrí que en él resuena *Kind of Blue* de Miles Davis y no logro comprender cómo es que Courbet logró escuchar, años antes, las notas de ese álbum de Miles.
- —¿Y si fue al revés?
- —Imposible. Miles no captura un mar borrascoso.

La marea subía. ¿Se avecinaba una tormenta? No dijo nada. Temía que su abuelo descubriera que aún, con sus quince años en el mar, no sabía leerlo acertadamente. Se quedaron un rato en silencio; el abuelo miraba las nubes que se encontraban con el agua. El rostro del viejo se oscurecía. Julio deseó tener la cámara y hacerle una fotografía, aunque enseguida supo que él se negaría, que haría lo posible por evitar que su rostro apareciera en papel impreso.

Julio se preguntó por qué a él nunca le habían gustado ni los espejos ni las fotos. Él decía, medio en broma medio en serio, que era porque a

aquellos artilugios no se les podía mentir; ellos revelaban el ser tal cual era y que, a su edad, no le interesaba ser descubierto. ¿Podría habitar la maldad en ese ser que lo llevó a conocer el mar? No quiso responderse en ese momento, no quiso recordar todo lo que vino tras la muerte de él. Julio ya sabía muchas cosas porque había tenido que hacerse cargo de las denuncias que llovieron en su contra y, si bien después de muerto las pruebas de sus crímenes ya no servían para nada, Julio pudo descubrir gran parte de la vida misteriosa del anciano y la razón por la que había terminado en aquel país extraño, lejos de su madre. El aire perdía color y Julio percibió que el tiempo asumía una nueva forma, un ancho distinto. Era como un manto nebuloso que lo cubría a él y que se extendía a su antojo.

- —Abuelo, ¿le gustaba estar solo?
- —Siempre. Por eso dejé a tu abuela.
- —A mi abuela la asesinaron... —recordó Julio, pero luego dudó de que aquello hubiese sido cierto. Se quedó mirando la cicatriz del viejo.
- —Sí, a ella no pude protegerla; casi dos años antes de su muerte la había dejado.
- —¿Entonces por qué me trajo con usted?
- —Porque eras mi nieto y tenía que protegerte.
- —¿Y a la abuela?
- —Todo ha sido muy complicado para nosotros.
- -¿Por qué?
- --..

Alejandra Ovalle P. • La novena ola

Julio se preguntó por qué a él nunca le habían gustado ni los espejos ni las fotos. Él decía, medio en broma medio en serio, que era porque a aquellos artilugios no se les podía mentir.

- -- ¿Y mamá? Necesito hablar con ella. ¿Dónde está?
- —El mal siempre nos amenazó.
- —¿Dónde está mamá?
- —La vida es misteriosa.
- -Sobre todo la suya.

Julio sintió, por primera vez, visos de rencor hacia el viejo y apartó con desagrado la mirada de su cicatriz. El mar empezó a picar fuerte; la marea no paraba de subir. Julio escuchó fragmentos de los silbidos de los salvavidas desde la orilla. Era momento de regresar. Dejó caer la cometa, las olas eran cada vez más violentas. El viento lo empujaba mar adentro. Se abrazó a la tabla y nadó en dirección opuesta. Avanzó poco; la corriente era más fuerte. Infló el chaleco y nadó con fuerza. Nadó, nadó. Era inútil. El agua salada le golpeaba muy seguido el rostro, le hacía difícil respirar...

Escuchó el motor de una lancha acercándose. Alguien gritó, una mano lo alcanzó; soltó la tabla, se levantó, varias manos lo sostuvieron y lo ayudaron a subir. Minutos después, cuando logró calmar la respiración, reconoció el rostro del muchacho flaco y alto que antes lo había ayudado con la cometa. Vio la arena cerca, se fijó en que había caído la noche. ¿Cuántas horas habían pasado desde su primer encuentro?

- -Che, ¿te sentís bien?
- —Perdí mi equipo... la tabla había sido de mi abuelo.
- —0h...

El muchacho hizo un gesto de lástima y se puso a hablar con sus amigos.

Julio pensó que una vez más había logrado burlar al tiempo, una vez más había combinado dimensiones. Se sintió contento. Su capacidad mejoraba significativamente, aunque lamentaba la pérdida de su tabla.

Esa noche llegó a su casa. Saboreaba aún la sensación de victoria que le había dejado el último viaje temporal. Preparó un café y lo bebió en compañía de unas facturas que llevaban varios días sobre la mesa del comedor. Como estaba de buen ánimo, tomó la revista de la Facultad de Filosofía y Letras y, distraído, repasó el índice. Había un artículo que se titulaba *La generación mutante*. Avanzó entre las páginas con mucha dificultad porque surgían colores extraños en las páginas y las palabras se movían, se deslizaban hasta el siguiente renglón.

Duró varias horas decodificando palabra por palabra, pero al final no lo terminó. Se sintió incómodo. Su ánimo había cambiado. Se sentía molesto. Pensó que la causa era la dificultad que le había traído la lectura del artículo. ¿Necesitaría gafas? Sin embargo, había algo más que lo inquietaba. Entró al estudio para escribirle a su madre.

Septiembre 30 de 2019

Madre, últimamente han sucedido cosas extrañas. Te he hablado sobre algunas de ellas. Varias veces, los otros han estado a punto de descubrir mi capacidad especial por culpa de ciertas torpezas que aún no logro explicarme del todo. No les he hablado sobre eso porque, bueno, ¿cómo hablarles sobre ello sin que me supongan loco? A veces me causa curiosidad y algo me impulsa a hablarle a alguno de mis compañeros, pero siempre me arrepiento, me llamarías cobarde, estoy seguro. Si pudiera contactarte, ¿qué me dirías?

En otras noticias, creo que debo dejar de conducir. He tenido pequeños accidentes. Tendré que ir al oftalmólogo.

Al terminar de escribir, apenas adivinaba lo que había anotado en el papel. Se sentía cansado, necesitaba un poco de aire. Asomado en el balcón, pensó en la respuesta de su madre.

—No creí que de viejo serías tan irresponsable —dijo Griselda, con la voz que usaba cada vez que lo reñía.

Julio retrocedió. Su madre estaba parada en el balcón.

- —Te veo muy flaco, ¿estás comiendo bien?
- —¿De qué se trata todo esto? —dijo, mientras iba hacia la puerta sin darle la espalda a su mamá.
- —De ti No estás bien

Julio se dio media vuelta y se golpeó la cabeza con el marco de la ventana de la puerta. El golpe lo dejó desorientado por unos segundos. Cuando volvió a mirar hacia el balcón, no encontró a nadie. En su mente una voz con tono de regaño llegó fragmentada: le exigía ir al médico.

Verano

La noche ha caído, el mar apenas puede adivinarse. Julio vuelve a mirarse las manos, que cada vez le resultan más extrañas. El calor del verano se nota en la ropa húmeda de los que pasan por ahí. Él está frío, como si no hubiese vida en su cuerpo. Hace unos minutos ha parado de escribir la carta a su madre, esa carta compuesta de varios fragmentos y notas que durante meses estuvo escribiendo y que no se decidió a terminar y hacer algo con ellas. Aún le parece que falta algo por decir. Saca de nuevo el diagnóstico. Este ya no se entierra en sus costillas. Las manos están frías y húmedas. Su pecho ya no está oprimido. El malestar físico que sentía desde que salió del hospital con ese papel odioso en el bolsillo se fue transformando en tristeza. Su vida ha perdido el sentido. No obstante,

Alejandra Ovalle P. • La novena ola

las horas que ha pasado allí sentado observando el mar y escribiendo a su madre le han revelado, con suma claridad, la decisión que a partir de ese momento debe tomar. Saca de nuevo el diagnóstico y lee: *Nombre del paciente*: Julio Vanegas, *Edad*: 35, *Diagnóstico*: Anosognosia visual.

Arruga el diagnóstico que había complicado su existencia durante las últimas horas y lo bota con fuerza. Abandona aquel banco con la valentía que produce saber, con suma claridad, hacia dónde deben dirigirse los pasos. Con gran esfuerzo llega a su casa y empaca sus libros en cajas. En la mañana llama a una biblioteca y avisa que tiene varias cajas de libros para donarles. Va hasta la peluquería y le pide al hombre que lo atiende que lo afeite por completo. Necesita estar sin barba y sin cabello. Poco se detiene en el espejo cuando aparece en el reflejo un rostro trigueño de treinta años, de nariz ancha y cicatriz en la meiilla izquierda.

Sale de la peluquería y pasa por una tienda de ropa. Se compra unos jeans —Julio nunca había usado este tipo de pantalones— y una camiseta azul. Se lleva la ropa puesta. De paso, en una cafetería pide una torta de chocolate y un café; come despacio, mientras escucha en el teléfono el nocturno nueve opus dos de Chopin. Era lo último que quedaba de Julio, aquella composición nostálgica parte de sus rituales; el resto se había ido. Antes de irse, escribe algo sobre una servilleta. Por culpa del viento, la servilleta cae y termina en la acera; es leída por una mujer que algunas horas después la recoge. Luego del café va hasta la playa. Aún son pocos los visitantes. Se sienta en la arena, respira profundo y llena sus pulmones del olor del mar. Saca el sobre café en el que ha guardado durante meses las hojas con la carta para su madre. Escribe durante un rato y completa, por fin, las cartas; lee las fechas de algunas: Mar del Plata, julio de 2019, Puerto Iguazú, agosto de 2019, Mar del Plata, septiembre 30 de 2019. Se detiene en la última que escribió:

Febrero 12, 2020

Hace unos minutos ha parado de escribir la carta a su madre, esa carta compuesta de varios fragmentos y notas que durante meses estuvo escribiendo y que no se decidió a terminar y hacer algo con ellas.

Alejandra Ovalle P. • • La novena ola

Madre, algo cambió desde que me topé con tu muerte durante mi pasado viaje a Iguazú. Apenas empiezo a aceptar que fue otra, y no tú, la mujer que saltó el día anterior a mi llegada al parque y que aquello fue solo uno más de mis viajes, que resulta que no son más que alucinaciones. Esta mañana he recibido un diagnóstico lamentable. Antes te hablé sobre la habilidad particular que tenía; hoy he descubierto que solo estoy enfermo. Tengo una enfermedad que ha afectado mi visión. Alguna parte de mi cerebro no procesa la información que reciben mis ojos, por lo que le atribuyo otros nombres o usos a objetos cotidianos. Hay algo aún más asombroso: parece que no puedo leer las cosas en su totalidad, sino por partes. Miro una bicicleta y solo puedo percibir sus ruedas, chasis y timón. Lo mismo sucede con las calles que con frecuencia transito; de hecho, para ir hasta un lugar determinado me muevo gracias a la memoria. Debo ir comparando ciertos elementos específicos e identificarlos en las panorámicas que se guardan en mi recuerdo.

Creo que llevo nueve meses con la enfermedad, pero, según me explicó el médico, el padecimiento inició desde mucho antes. Yo tardé demasiado en prestarle atención y, cuando fui consciente de él, mi estado era avanzado. Madre... para mí aquellos síntomas fueron un talento y, para alguien cuya descripción del mundo es amplia pero cuyo sentido es tan infortunado, enterarse de que se trata de una enfermedad es un completo desastre. En resumen, mi torpeza, que se manifiesta en las caídas y los tropiezos constantes, las charlas con el abuelo, los viajes al pasado, la extensión y la reducción del tiempo, las visiones del futuro y las figuraciones sobre sucesos del presente de los que hallaba claras explicaciones, son solo producto de la anosognosia. Extraño nombre, ¿no te parece?

Atardece. Estoy sentado frente al mar e intento decidir qué hacer. ¿Tú qué harías, madre? Creo que sabrías elegir. Yo soy demasiado tonto. Soy un hombre solo y ordinario, incapacitado para la vida.

Con cariño y las manos frías, J.

Al terminar de leerlas saca el encendedor y les prende fuego. El sobre y las hojas extrovertidas explotan de rojo, naranja, azul. Las ve arder hasta que la última llama, sin una palabra más por quemar, muere. Se siente tranquilo. Era esta la forma única de enviarle esas cartas a su madre. Se levanta y se introduce en la inmensidad del océano, se siente minúsculo. Rápidamente desaparece. Ya no hay nada más que el mar, siempre ajeno. En algún otro lado, en la mano de una mujer pesa una servilleta.

Paula Galansky e Inés Kreplak Constelación

Constelación





Inés Kreplak Editora

Como buena argentina que se precie de tal, no puedo pensar en la literatura sin recurrir a Borges. Varias de sus frases me parecen pertinentes para pensar en el proceso de edición que llevé a cabo durante este arduo e intenso año que cambió para siempre lo que queda de nuestras vidas. Una de ellas es que una no llega a ser grande por lo que escribe sino por lo que lee. La otra, sin duda, es —parafraseo mediante— que es mejor no hablar salvo que se pueda mejorar el silencio.

Editar es, para mí, intentar ser la mejor de las lectoras posibles. Tomar en cuenta diferentes perspectivas, contemplar la multiplicidad, formaciones, sabidurías, conocimientos y sentimientos diferentes. También pensar en quien escribe, entrar en su mundo, respetar su estilo y solo romper el silencio de la lectura si se puede potenciar el texto.

Inés Kreplak • Constelación

Pero este silencio no implica evadir la conversación. Más allá de toda convención del escritor solitario, la literatura es una forma del diálogo y escribir es, siempre, un acto colectivo.

Paula, espero que te hayas sentido acompañada, quiero que sepas que hice lo mejor que pude. Creo que formamos un equipo duradero. Gracias por confiar en mí. Gracias, Marta, por tu generosidad y tu acompañamiento. Gracias, Elipsis, por abrirme paso en este camino de aprendizaje, conocimiento y amor colombiano. Por muchos intercambios más.



Paula Galansky Autora

amá camina unos metros por adelante, con las zapatillas en una mano y la linterna en la otra. Hace un par de semanas que la temporada llegó a su fin, y en la playa solo quedan algunos adolescentes, sentados alrededor de una fogata, tocando la guitarra. Los retazos de conversaciones y canciones lejanas se mezclan con el ruido de nuestros pasos en la arena y, por algún motivo, tengo la sensación de ya haber vivido este momento. Quizá sea un recuerdo de infancia, aunque en aquel entonces mamá no tenía el pelo blanco y revuelto, como una pequeña nube sobre la cabeza.

Hace un par de días me llamó muy tarde, pasada la medianoche. Dejó salir una exhalación larga antes de empezar a hablar. Tomaba envión: me preguntó cómo estaban mi trabajo, casa, planes, Juan, mis amigas, mi vida. Respiré hondo. El trabajo estancado y aburrido, me quejé, y después comenté mi idea de buscar otro, aunque me había prometido no decir nada hasta conseguirlo. Con Juan todo igual que siempre. Mis amigas, ocupadas con sus cosas. La vida en general bien, nada del otro mundo.

Ella respondía monosílabos, y yo podía imaginarla asentir con la cabeza del otro lado de la línea, acostada en bombacha y remera en el sillón del living, dibujando casitas y árboles con birome azul en su anotador. Después fue mi turno. Pregunté por una amiga de ella que estaba internada. Me contó que ya estaba mejor de salud, pero seguía muy triste. No había visita ni comentario ni regalo ni nada que ella hiciera que lograra animarla. Se siente sola, su hijo ya tiene su vida, su papá falleció el año pasado. Cree que es una carga para todo el mundo, dijo como si hablara para ella misma, suspiró y volvió a quedarse callada.

Creí que con eso habíamos llegado al final de la charla, y usualmente hubiera sido así. Es algo que repetimos cada tanto intentando ponernos al día, pero ella pregunta demasiado, yo contesto en piloto automático, y el resultado es una conversación torpe, como si habláramos bajo el agua. Después, pasamos largos periodos sin saber nada la una de la otra.

Pero esta vez mamá se quedó unos segundos más respirando contra el teléfono. —Una cosa más—, dijo, y dejó que el misterio se expandiera, un globo tenso e inflado hasta el último milímetro entre nosotras, y recién entonces volvió a hablar: anunció, como se anuncia una profecía, que quería que fuéramos a ver las estrellas a un mirador.

Aunque me costó entender de qué me estaba hablando, no podría decir que me tomó por sorpresa. No era la primera vez que mamá decidía poner en marcha algún plan inesperado. Sí, quizás cierta firmeza y confianza ciega en su voz surtieron efecto en mí, que acepté aun sin estar muy convencida.

El mirador, me contó esa noche, había sido un lugar turístico muy visitado hacía varios años. Aunque ahora estaba viejo y un poco descuidado, todavía tenía una terraza hermosa, y en la playa el cielo limpio y el aire transparente dejaban ver las estrellas como hace siglos, antes de la electricidad. —Ya casi no guedan lugares así—, repitió un par de veces.

Ahora que ya llevamos un buen rato en la playa buscándolo, me pregunto por qué a mamá se le habrá ocurrido venir hasta acá.

Desde adelante me avisa que no falta nada, que está segura de que estamos cerca. El alumbrado público se extiende y se pierde en el horizonte, no llego a ver dónde termina y, para ser sincera, tampoco veo la forma de que, a esta altura, encontremos el lugar. Dejo salir un suspiro largo y quejoso, pero el viento que sopla en contra se lleva casi cualquier sonido que no sea el del agua y el del crujido de la arena mojada bajo nuestros pies. —¿Qué?—, pregunta mamá. —Nada, nada, sigamos—, contesto, aliviada de que no me

haya escuchado, o de que por lo menos haya decidido fingir. Cuando se trata de mamá, la discusión puede estar siempre debajo de la próxima piedra.

Como una sábana compartida, el mar se estira de este lado del mundo y se achica del otro. La franja de arena entre la calle y el agua ya es algunos metros más delgada que cuando llegamos. Mamá camina cerca de la orilla, su pelo se recorta luminoso contra el cielo oscuro y me recuerda a Coco, mi perro de la adolescencia, un galgo alto y por completo negro a excepción de la punta de la cola, que era blanca.

—¿Te acordás de Coco, mamá?—. —Sí, ¿qué pasa?—. —Nada, se me vino a la cabeza. Me acordé de cuando lo sacaba a pasear. Yo todas las noches y papá a la mañana. Lo llevábamos al parque de la laguna porque había menos gente, y papá decía que era más silvestre, menos urbanizado que una plaza. ¿Vos lo llevaste alguna vez?» pregunto en un impulso, sabiendo bien cuál va a ser su respuesta.

—No, yo nunca me llevé bien con ese perro—, contesta, se detiene en seco y empieza a girar en el lugar, mirando al cielo.

—Esa de allá, la más grande, es Canopus, y solo se la puede ver en el sur, en Europa no la conocen—. —¿La que titila?—. —Sí, sí, esa, y más abajo esas tres que están en fila son la constelación de Orión, pero acá les decimos Las Tres Marías—.

La luz de la linterna, como un lápiz interestelar, dibuja una línea entre las estrellas que mamá señala. Yo intento prestar atención, pero hace un rato ya que solo puedo pensar en volver y meterme en la cama. Manejé casi dos horas para llegar hasta acá, y todavía me falta manejar de vuelta y llevar a mamá hasta su casa antes de poder volver a la mía.

—Esa de allá es la constelación de Acuario. Una vez que te acostumbres a mirarlas las vas a encontrar más rápido—, me explica dibujando el contorno de un pez en el cielo.

Paula Galansky • Constelación

—Esa es la cabeza, y esa punta de ahí que se junta con la de abajo es la cola—. —¿Cuál de abajo?—. —La única que está abajo del resto, hija—. —Hay un montón y son todas iguales—. —No, Ana, esa que es un poco más grande con una chiquita y brillante al lado, ¿la ves?, ¿estás mirando, Ana?—, me pregunta, y me vuelve al presente.

—Ah, sí. Ahora la veo—, miento, pero ella se da vuelta y sin rodeos pregunta si me pasa algo. —Nada—, vuelvo a mentir.

Cuando quiere, mamá puede mirarte como se mira a un electrodoméstico roto: primero con asombro, después con enojo, le sigue el desgano y, al final, la resignación.

—Pensé que te iba a gustar venir a ver las estrellas—, dice.

Mamá se corre el pelo de la cara, se da vuelta y sigue caminando. Lleva puesta una campera rompevientos sobre su vestido hindú violeta. El viento se lo levanta todo el tiempo, pero a ella no le molesta. Apunta la luz y la mirada arriba.

El grupo de adolescentes que vimos hace un rato se fue desarmando en varias parejas apretadas bajo el mismo abrigo. Sugiero preguntarles por el mirador, pero mamá descarta la idea con la mano. —Qué van a saber—, dice y, como si necesitara invocar algo de aquellas veces para usarlo ahora, empieza a contarme una historia que ya escuché cientos de veces: la de las noches que durmió a la intemperie.

Fue en el techo de una casa, en el último pueblito habitado antes del comienzo del desierto chileno. Ella y el resto de sus compañeros de viaje tenían a disposición cuartos y camas para todos, pero prefirieron quedarse afuera, en bolsas de dormir, amontonados unos contra otros y sin poder contener la risa que les provocaba estar a merced del frío intenso y seco. Esas noches durmió bajo el cielo estrellado más hermoso que recuerda.

La luz de la linterna, como un lápiz interestelar, dibuja una línea entre las estrellas que mamá señala. Yo intento prestar atención, pero hace un rato ya que solo puedo pensar en volver y meterme en la cama.

Un telón negro cubierto de brillantina, lo describe, y se pone a enumerar más detalles de aquel viaje: la comida que probó, los animales y los lugares que conoció. Sus compañeros eran un elenco de teatro que recorría las cárceles de Latinoamérica.

Mamá no era actriz, nunca había actuado. El espectáculo consistía en poner en escena relatos hechos por los presos, y para eso no se necesitaba ser actor, sino empático, le había explicado a papá antes de irse. Yo tenía ocho años, y me la imaginaba actuando estafas y secuestros, fingiendo saltar muros y medianeras por la noche, con una media negra en la cabeza.

Para mí, aquel viaje había sido un monstruo que la había tragado y vuelto a escupir un mes y medio más tarde, bronceada, llena de anécdotas e historias nuevas, y con los labios partidos por el sol.

El día que volvió, papá me despertó muy temprano. La abracé, recibí los regalos que me había traído (una muñeca bordada de lana, una llama de madera) y me encerré en mi cuarto a dormir por horas, tanto que mamá contaba que no habían encontrado la manera de despertarme.

—En aquel entonces yo tenía más o menos tu edad—, calcula, y me mira sorprendida, como si llevara largo tiempo sin verme.

Mamá tenía el pelo largo, lleno de rulos, marrón. Su mente, sus repentinos deseos, saltaban de un lugar a otro, y ella los seguía sin importar a dónde, fugaz y llena de energía. Papá y yo íbamos detrás de ella a nuestro ritmo, a una distancia prudencial. O esa sensación tengo ahora, mientras se me hace imposible imaginarme a mí misma de viaje con ese grupo de treintañeros vestidos de colores, ruidosos, que andaban por el mundo siempre juntos, como suspendidos en la misma gelatina. Todavía puedo recordar algunos nombres: Lorenzo, Renato, Abigail.

En algún momento, la calle a nuestro costado desapareció y dio lugar a un bosque de pinos espeso y largo. No alcanzo a ver dónde termina, así como tampoco noté en qué momento apareció. Mamá todavía está segura de que en cualquier momento vamos a encontrar el lugar. Solo desvía la linterna del frente para apuntar al cielo. —Esa es la Cruz del Sur—, me dice después de un rato, —pero supongo que ya la conocés—. —De nombre sí, pero no sabría reconocerla—. —Mirá—, indica, y hace aparecer un rombo de luz entre las cuatro estrellas. —La de la punta de arriba siempre apunta al sur, por eso el nombre—.

Miro, pero no encuentro ninguna cruz ni logro imaginarme en qué momento podría necesitarla para saber dónde está el sur. No aguanto más el frío. El mirador, si es que logramos encontrarlo, debe tener exactamente la misma vista. Desde que puse un pie en la playa me di cuenta de que no debería haber dicho que sí a esta excursión. No entiendo qué estaba pensando. No sé nada de estrellas, no me interesan.

Me abrazo a mí misma y me escucho decir: —Má, me estoy congelando—.

- —Lo sensible con el frío lo sacaste de tu papá—, contesta, y sigue hablando de constelaciones y telescopios gigantes para observar otras galaxias.
- —Sí, puede ser—, la interrumpo.
- -¿Hace mucho que no hablás con él?-.
- —Hablé ayer—.
- —Ah, ¿y cómo está?—.
- —¿Cambia mucho la vista desde el mirador?—.
- —Ana, ya casi llegamos—.

- —¿Cómo sabés que ya casi? Estamos hace rato caminando—.
- —Por eso, ya debemos estar cerca—.
- —0 no. no sabemos—.

Se queda en silencio, y puedo sentir su decepción flotando en el aire salado. Vuelve a iluminar el suelo y sigue caminando, aunque quizás un poco más lento, como digiriendo lo que acabo de decir. Una brisa cargada y extraña, muy diferente al ventarrón anterior, baja por los pinos hasta nuestras caras.

- —¿Ма́?—.
- -- ¿Por qué te acordaste de Coco?--.
- –¿Qué?–.
- —De Coco, de tu perro. Hace un rato me hablaste de él—.
- —Ah, Coco. No sé, solo me acordé de cuando lo sacaba a pasear—.
- -¿No me querés contar?-.
- —¿Por qué no te voy a querer contar?—.
- —No sé, pero me doy cuenta—.

Mamá se detiene y se sienta en la arena que, próxima a los árboles, está llena de cortezas, hojas y ramitas secas. Algo en su actitud me pone en alerta. En los últimos años, cada vez que el teléfono suena a horas extrañas, la idea que sobrevuela mi cabeza es la de que, de golpe, el tiempo se nos acaba. La noche en que me llamó para invitarme

a venir la imagen de su departamento vacío y en alquiler me detuvo el corazón por un segundo, hasta que atendí y escuché su voz.

- —Un día llegamos a casa y Coco había tenido un ataque, algo así como un ACV. Se había quedado ciego y el veterinario nos dijo que era lo mejor—, está diciendo cuando vuelvo a prestarle atención.
- —Sí, papá me contó—.
- —Lo sé, pero nosotras nunca lo hablamos—.
- —No pasa nada, mamá. Fue hace quince años—.
- —Pensé que lo habías dicho por eso—.
- —No todo lo que digo es contra vos—.
- —Bueno, Ana, qué querés que piense—.

Dos lechuzas bajan desde los pinos hasta la arena. En la oscuridad apenas se las distingue, pero sus ojos las delatan. Me siento cerca de mamá, pienso en hacer un comentario sobre ellas. Quizás podríamos hablar horas de esas lechuzas, de que tienen algo humano en la cara que me sorprende y me pone nerviosa a la vez. Además, es muy probable que mamá sepa algunos datos increíbles sobre la vida de las lechuzas que yo no sé. Pero no digo nada.

- —¿Vos qué creés que pasa?—.
- —¿Qué pasa con qué?—.
- —¿Tenés ganas de estar acá, hija? Nos podemos ir, si querés—.
- —No es eso—.

- –¿Y qué es?–.
- —Mamá, no todo gira alrededor tuyo—, contesto cortante y apenas me escucho, un recuerdo me hace callar. A mis doce o trece años, después de que papá se mudó de casa, mamá entró en un largo periodo de retirada. Se la pasaba yendo y viniendo por los pasillos, dejando un rastro de humo e intensa actividad mental tras de sí, pero sin decir ni una palabra. Yo podía estar al lado suyo y decirle —Mamá, mamá— varias veces sin obtener respuesta, hasta que me ponía nerviosa y levantaba la voz, y recién ahí ella se daba por aludida, giraba y preguntaba —¿Qué pasa?— o directamente —¿Por qué gritás?—, con una cara y una mirada que me hacían sentir alcanzada por un rayo. Si la cosa seguía y yo le reclamaba por no haberme escuchado, —No todo gira alrededor tuyo— era la respuesta que obtenía.

Mamá se queda callada y a mí no se me ocurre cómo seguir. Prendo un cigarrillo y me mira de reojo. No creo que vaya a decirme nada; en todo caso va a guardárselo para después. Pero, para mi sorpresa, saca un paquete de su bolsillo y me pide el encendedor.

- -¿Vos estás fumando de nuevo?-.
- -Fumo desde los veintiocho-.
- —Bueno, pero ya no tenés esa edad—.
- —Vos tampoco sos una nena», contesta, me mira seria y repite: «si tenés ganas de que volvamos no hay problema, me lo podés decir—.
- -Yo no dije eso; lo único que quería era preguntar cómo llegar-.
- -Está bien, preguntá si querés-.
- —Vos me podías haber preguntado a mí si yo tenía ganas de venir—.

- -¡Lo hice!-.
- -No me refiero a eso-.
- —¿De qué hablas?—.
- —De nada, mamá—.
- —Ay, Ana. Quería venir y te invité, nada más. Desde que llegamos estás con esa cara. Me hubieras dicho que no—.
- —Y vos te hubieras ofendido—.
- —Para nada—.
- —¿Ah, no?—.
- -Ana, ¿qué te pasa?-.

Un burbuja de aire caliente sube y se instala apretada en mi garganta. No quiero entrar, otra vez, en estas discusiones sin fin. Qué sentido tiene. Después de todo, no voy a decirle que no sé por qué cada tanto se acuerda de que llevamos tiempo sin vernos y me invita a hacer estos planes como si esa fuera la solución. Que no sé por qué no podemos simplemente visitarnos en nuestras casas, como si, para vernos y poder hablar, necesitáramos una zona neutral. Que, en definitiva, yo tampoco tengo en claro por qué acepté venir, pero un viejo instinto me hace seguirla. Ella tampoco va a decirme nada porque, al igual que yo, no debe saber qué decir. Así que le paso el encendedor, me levanto y empiezo a caminar.

- —¿Adónde vas?—.
- -Ya vengo-.

Paula Galansky • Constelación

Qué sentido tiene. Después de todo, no voy a decirle que no sé por qué cada tanto se acuerda de que llevamos tiempo sin vernos y me invita a hacer estos planes como si esa fuera la solución.

-¡Ana!-.

—Voy a hacer pis, mamá, ya vengo—, digo, y si vuelve a llamarme ya no la escucho. Necesito alejarme y respirar.

Los árboles están todos torcidos hacia el mismo lado, como si un gigante los hubiera acariciado. Las lechuzas siguen ahí, pero ahora están en lo alto, entre las ramas. Las escucho ulular, las veo volar de un lado a otro. Imagino que entre ellas van pasándose la posta para acompañarme.

El aire que viene desde el mar se embota y se entibia entre los pinos; solo al ras del suelo llego a sentir una corriente fría tocar mis tobillos, junto a las gotitas de pis. Estoy mejor acá, al resguardo del viento. Vuelvo a pararme y me subo los pantalones, miro a los costados para orientarme, y entonces lo veo.

Es alto, muy flaco, con unos pocos pelos blancos. Se acerca dos pasos entre los árboles, yo me alejo hacia atrás. «Perdón, no quería sorprender-la», me dice. —¿Está perdida? No se asuste. Discúlpeme—.

Cuando habla muestra las palmas de las manos, como si quisiera contenerme. Vuelve a preguntar si estoy perdida, si necesito ayuda. Yo, paralizada, solo atino a decir que no.

—¿Va para la playa?—.

–¿Qué?–.

—Si quiere sígame, yo voy para allá. No estamos lejos, pero no es para ese lado—, aclara. Empieza a caminar en la dirección contraria a la mía y no gira a verme ni una vez mientras se aleja. Su ropa es de los mismos colores que el bosque. Su espalda, fina, se camufla fácilmente con el fondo de cortezas y ramas bajas. —¿Es para allá? ¿Está seguro?—, me escucho preguntar.

El hombre se ríe, o por lo menos eso me parece, porque sacude un poco la cabeza y responde que sí, que se sabe de memoria el camino hasta la playa. Suena decidido, pero su voz es arrítmica y oscilante, como si el viento la arrastrara de un lado a otro, o como si hablara concentrado en otra cosa: atarse los cordones de los zapatos, buscar algo perdido entre los pinos.

La indiferencia general que muestra hacia mí me da cierta confianza. Además, calculo que en una lucha cuerpo a cuerpo podría vencerlo. Lo sigo manteniendo a distancia, aunque tengo que dar pasos largos para no perderlo de vista.

Es el sereno del mirador. De hecho, no solo lo cuida, sino que vive ahí, me cuenta sin que yo le pregunte nada. Durante la temporada se dedica a mantenerlo limpio y a cuidar que los turistas no lo llenen de grafitis con sus nombres y la fecha de sus visitas. Ahora, en cambio, se ocupa de hacer arreglos y de mirar él mismo las estrellas todas las noches.

¿Cómo se llama la sensación que tenemos cuando queremos recordar la letra de una canción muy vieja, pero lo único que logramos hacer es escuchar su melodía difusa al fondo de nuestras cabezas? Su voz tiene ese efecto en mí. Intento atrapar algo en ella que se me escapa y, como un eco, apenas se queda en silencio vuelve a aparecer flotando frente a mi nariz. Es algo lejano y nuevo a la vez.

En mi infancia, cuando mamá era el centro alrededor del cual orbitaba gran parte de mi mundo, además de ser profesora de inglés en un instituto y traductora *freelance*, una antropóloga tan famosa como tirana le pagaba por desgrabar cientos de horas de entrevistas. Se pasaba tardes enteras dándole *play* y *pause*, *play* y *pause* al grabador en una mesa repleta de libros, apuntes, diccionarios y ceniceros llenos, mientras yo dibujaba al lado suyo.

Entre todas, había una entrevista en particular que era mi favorita y que siempre pedía volver a escuchar. Me gustaba porque el entrevistado tenía un acento extraño y un nombre aún más raro: Maximiano, y no le prestaba ninguna atención a las preguntas que la antropóloga le hacía. Como si estuviera solo, y se contara algo a sí mismo, decía que su trabajo era mirar el cielo todas las noches. Mirar las estrellas es como tener un mapa del pasado, explicaba, porque su luz viene de hace miles de años atrás. Yo no podía creer que existiera un trabajo como ese. Al final, cuando le preguntaban acerca de su familia, Maximiano se demoraba unos segundos hasta que respondía, como un augurio, —No tengo nada pero mi casa es hermosa, perdida entre las estrellas, sin electricidad—.

El día que lo escuchamos por primera vez, mamá tuvo un ataque de algo que al principio pensé que era llanto. Me acuerdo de verla con la cara colorada, la boca abierta y los ojos cerrados, aspirando aire de a bocanadas, como si se ahogara. Después me di cuenta de que era risa, una risa nueva, y, por algún motivo, yo también me reí hasta quedar roja.

—¿Usted iba para allá?—, repite el hombre, y yo digo que sí con la cabeza. Ato cabos sueltos y distantes: un hombre solo, una casa rodeada de estrellas. Son hilos frágiles, pero quizás esa era la razón por la que mamá había guerido que visitáramos el mirador.

Siento una especie de desacomodo a la altura del pecho. Hace mucho tiempo, leí sobre la historia de un hombre que tuvo un accidente y despertó después de quince años. Sus amigos ya no estaban, sus hijos habían crecido, sus padres eran viejos. Todo había sucedido a su debido tiempo pero, para él, de un segundo a otro. Pensar en eso me provoca un abismo en la boca del estómago y, por un momento, soy una nena recién levantada, después de años sin ver a su mamá.

Otra vez puedo imaginarla en bombacha y remera en el sillón de su *living*, pero esta vez fumando y googleando cómo llegar hasta el mirador.

—Mire—, dice el hombre cuando llegamos abajo de un pino que debe medir más de diez metros, y me señala tres lechuzas en una de las ramas bajas. Son más chicas, con plumas más claras y esponjosas que las que vi antes. En el mundo de las lechuzas deben ser unas niñas.

—No le van a hacer nada—, advierte, y alarga una mano hasta tocarlas. Ellas lo miran con atención, inmóviles. Parecen aceptar su cercanía como aceptan la de los pinos, las hojas, la del viento, que aunque no es muy fuerte podría voltearlas. Con un gesto suave agarra una y me la muestra; es grisácea, los ojos color miel. —Acá está lleno, es temporada de cría—, dice. —La gente les tiene miedo, creen que dan mala suerte, pero no es así—. Después la examina él mismo; la pone a la altura de sus ojos, le sonríe y la devuelve a su lugar.

En adelante, el bosque se hace menos denso hasta terminar en algunos pocos pinos sueltos. La luz, que apenas se filtraba entre los árboles, ahora me parece potente como un reflector. Entrecierro los ojos. La playa está, a primera vista, vacía.

Intento calmarme y pensar: mamá debe estar dando vueltas buscándome, no hay motivo para que me preocupe y, sin embargo, puedo sentir cómo empieza a latirme cada vez más rápido el corazón. Busco opciones en mi cabeza: llamarla, gritar, pedirle ayuda al cuidador. Pero, antes de que se me ocurra nada útil, veo, a contraluz, una silueta oscura que se acerca a nosotros sin mostrar señales de apuro o de sorpresa.

Mamá nos mira a mí y a él, a mí y a él, con cara de estar evaluando un examen complejo. Le advierto que el hombre viene conmigo, que no se asuste. Ella, lejos de hacerlo solo lo observa en silencio, lo somete a rayos equis, y parece decidir que el desconocido ha pasado la prueba. Algunas veces creo que sus reacciones son anticipables, y otras, que provienen de Marte.

Se saludan con un gesto, casi no median presentaciones. Mamá escucha que vive en el mirador y enseguida le cuenta que leyó sobre el lugar en

internet, pero que desde que llegamos estamos intentando encontrarlo sin éxito. Él se desentiende del reclamo, sonríe y contesta que de noche es fácil perderse.

—¿Y a qué otra hora va a venir la gente a mirar las estrellas?—, pregunta mamá, que nunca se da por vencida. Es una conversación de sordos o de locos. Él contesta que la vista es hermosa, hermosa. Después se ofrece a llevarnos hasta allá.

Mamá y yo nos miramos, en silencio, considerando y descartando opciones. Antes de que alguna abra la boca, el hombre empieza a caminar. Por un momento creí que mamá estaba a punto de decirme algo, pero movió la cabeza como sacándose de encima un pensamiento, y caminó detrás de él.

- —En el bosque vi tres pichones de lechuza—, le digo para romper el silencio. Ella no parece escucharme, va haciendo malabares para que no se le vuele el vestido. Supongo que ahora le preocupa porque no estamos solas. Me pide que no me enoje mientras saca el paquete de cigarrillos otra vez. Desde adelante, el hombre silba para que no nos quedemos atrás.
- —Encima tiene apuro—, dice mientras enciende uno.
- —Cuando me lo encontré pensé en el tipo de la entrevista, el de las estrellas. Me hizo acordar a él—.
- —¿Qué entrevista?—.
- —La que escuchábamos—.
- —¿Cuál?—.
- —La del hombre que vivía sin electricidad—.

- —¿Este viejo?—, me contesta en voz tan baja que casi no la escucho. «Con razón tenés esa cara. Antes tampoco te gustaba. A veces me pedías volver a escucharlo y a la noche no podías dormir».
- -¿Qué? Te estás acordando al revés. Me encantaba-.
- —Cuando te quería retar por algo, tu papá te decía que te iba a mandar un día entero a vivir con el viejo de la grabadora, y vos te ponías a llorar. Me hiciste prometerte que si te llevaba yo te iba a ir a buscar, ¿no te acordás?—.
- —Algo—, miento, pero nada de eso me resulta familiar, como si una parte de nuestra historia permaneciera inexplorada. O desordenada. Una constelación hecha de puntos lejanos e inconexos. Igual que nuestros planes de venir esta noche hasta acá.
- —Pensé que era por eso que habías querido venir—.
- —¿Por esa entrevista?—.
- -Sí, no sé, se me ocurrió-.

Mamá me mira en silencio. Su gesto me hace pensar que ella también intenta dar con algo que no logra atrapar. Una huella, un rastro lejano. Hace algunos meses atendí el teléfono distraída y confundí su voz con la de mi abuela. Fue un segundo, pero alcanzó para descolocarme. Mientras veo el humo de su cigarrillo dibujar ondas suaves sobre su cabeza, tengo la sensación de que el tiempo alrededor nuestro se arremolina, se congela y se expande respondiendo a motivos subterráneos que nunca llegamos a entender.

- —¿Qué me dijiste de las lechuzas?—, pregunta.
- —Que vi tres. Es temporada de cría—.

—Son de buena suerte—, me cuenta. También, me dice que en alguna parte del mundo debe haber alguna constelación en forma de lechuza. Que, después de todo, las constelaciones no son otra cosa que las estrellas haciendo un dibujo en el que cada una ve lo que quiere. O lo que puede. Acá Géminis, allá Aries, y más allá, ¿por qué no?, los ojos y las alas de una lechuza imaginaria. Después se queda pensando, observa la espalda del sereno, y agrega: —Capaz que sí sea él el de la entrevista. Ahora que me fijo, parece que tuviera como cien años—. —Nos va a escuchar, mamá—, le advierto yo, pero su carcajada ahogada me hace reír a mí también.

182

